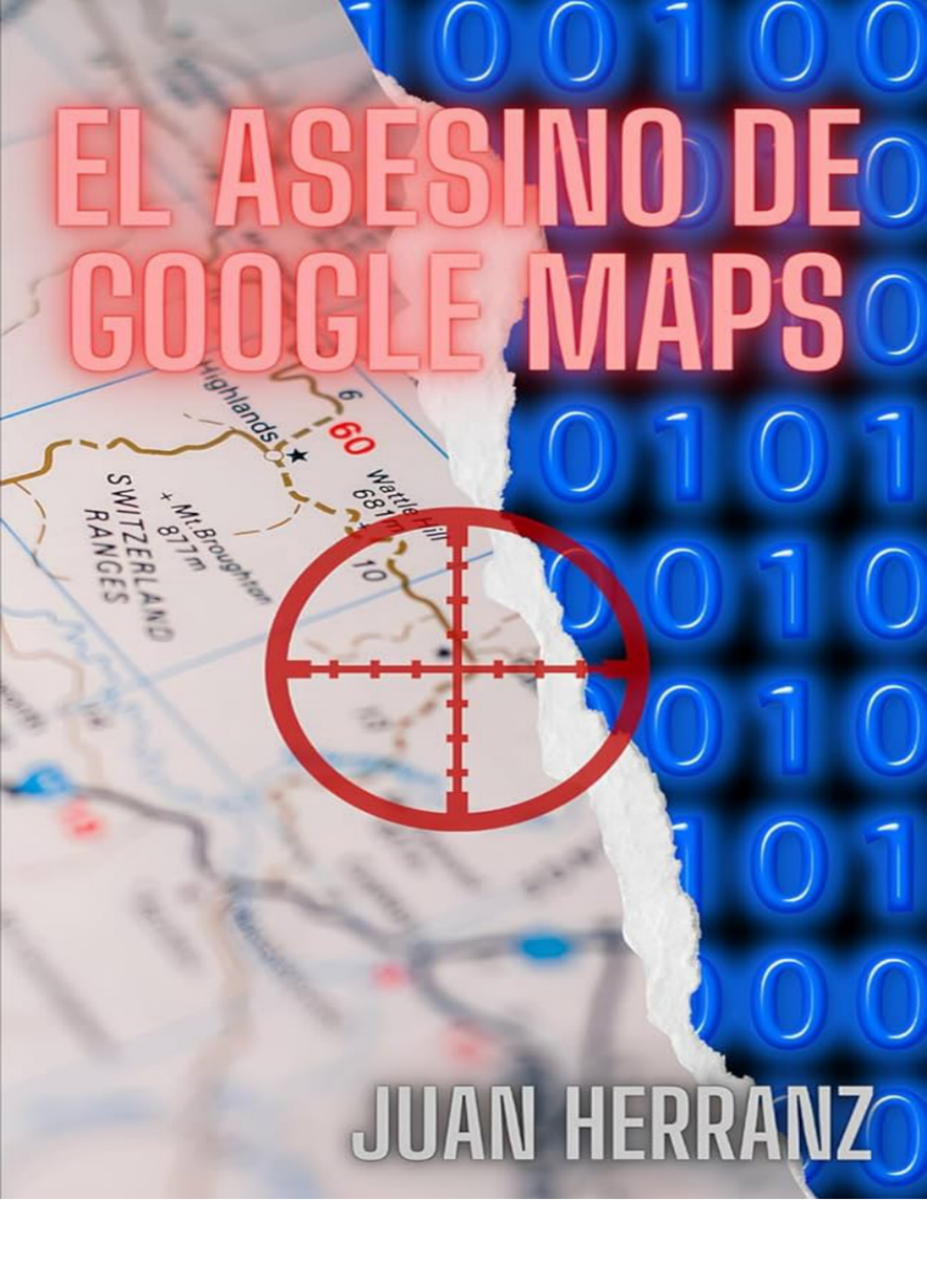

EL ASESINO DE GOOGLE MAPS
Highlands
6
60
Wattle Hill
681m
Mt.Broughton
877m
SWITZERLAND
RANGES
10
JUAN HERRANZ

El asesino de Google Maps

Por Juan Herranz ®

A Sandra, Jaime y Pablo,

A mis padres

DOMINGO 10 DE MARZO

Capítulo I

No se puede decir que fuera una entera casualidad. Porque… ¿Hasta qué punto puede ser azaroso descubrir un cadáver dentro de un coche?

Más aún si te lo encuentras mientras te desplazas a golpe de ratón por el Street view de Google.

El asunto requiere de un punto de dedicación intensiva hasta dar con el siniestro hallazgo. Como ocurre con los acertantes de 15 en la quiniela o con el pleno que corresponda en el juego de turno. Tiempo y fortuna, posibilidades y acierto final.

Así que solo alguien como Carlos podría descubrir aquel muerto en un coche, porque solo Carlos dedicaba más horas al Street view que sus propios creadores. Incluso pagaba su cuota para echar sus partiditas al GeoGuessr. Y ya era un friki absoluto de este juego, capaz de reconocer cualquier lugar del mundo en menos de un minuto. Una pericia con la que Carlos había conseguido el campeonato GeoGuessr España 2022.

Formación exhaustiva frente al ordenador, durante sus turnos de vigilancia de la fábrica de conservas donde trabajaba. Incontables horas dedicadas a recorrer calles de lugares muy remotos. Por un lado, para conocer mundo. Por otro lado, para ganar destreza en aquello de tomar referencias con las que geoposicionarse cuanto antes.

En sus largas horas en diferentes lugares del mundo vía pantalla de ordenador, Carlos había encontrado desde la cómica escena de dos perros en pleno coito en alguna ciudad de Australia, hasta aquel tipo haciendo un calvo a la cámara, desde el asiento trasero de un descapotable en marcha.

La cosa es que esos hallazgos solían ser muy fugaces. Porque alguien en Google (o quizás una avispada Inteligencia Artificial) se solía encargar de pixelar, cuando no borrar, cualquier imagen sospechosa de anomalía, vulgaridad, indiscreción o excentricidad.

Pero siempre se podían escapar detalles. Un muerto en un coche solo se descubre cuando un tipo como Carlos hace zoom y se queda absorto con semejante hallazgo, mientras potenciales ladrones podrían haber limpiado por completo la fábrica en su turno de guardia.

Aquella noche sus periplos digitales lo habían llevado hasta Blind River. Un punto de Canadá sobre el que detenerse entre los lagos que forman frontera natural con Estados Unidos, moviéndose

caprichosamente unos cientos de kilómetros al noroeste desde las cataratas del Niágara.

Allí, entre las casitas de madera pintadas de blanco apareció el coche con el tipo muerto en la parte trasera. Porque eso era un finado de manual, atado de piernas y brazos y recogido a los pies del asiento trasero. Por más que acercaba y entornaba sus claros ojos castaños, de felino acostumbrado a la oscuridad de su trabajo, le seguía pareciendo un muerto. Para mayor sorpresa e inquietud, la captura de la imagen era completamente reciente. Al pie del mapa se podía leer, como fecha de captura, marzo 2024.

Carlos cogió su móvil, dispuesto a llamar a la policía para avisar de aquello. Pero la sensación de desconcierto e irrealidad lo mantuvo en cautela. Podía esperar a mañana y hablarlo con el madero, como solía llamar Carlos a su amigo Alberto, no sin cierta envidia desde su paso de guardia de seguridad a poli.

Volvió a centrarse en la imagen. El conductor y por tanto el más que posible asesino (salvo que el tipo se atreviera a explicar a su señoría que el muerto se lo habían metido sin él enterarse) lo habría dejado un minutillo ahí aparcado mientras entraba en casa a por la pala, algo de cal viva quizás, sosa caustica o una lata de gasolina…, sin olvidarse del mechero.

Una cosa llevó a la otra. Carlos empezó a buscar con ahínco asuntos turbios de aquel remoto lugar llamado Blind River, la imagen era reciente y podía encontrar crónicas de asesinatos en periódicos locales, noticias de desapariciones, algo similar.

Entre tanto lago de esa zona, el tipo encogido bajo los asientos de atrás podría haber servido de alimento para voraces peces sin que nadie se enterara. Unos peces que, como todo lo propio de Norteamérica, serían tan grandes como tiburones aclimatados al agua dulce.

El asunto se oscurecía por momentos. La falta de información de ese caso en periódicos digitales le llevó a pensar que se trataría de un viajero de paso por Blind River, un completo desconocido que nadie echará de menos en ese mismo lugar donde acabó muerto.

Con un deje cómico que aliviaba la carga del descubrimiento Carlos encontró sus metáforas al respecto de esa posibilidad del viajero de paso asesinado. Nunca te pones a buscar un calcetín perdido en la nevera, ni a tu prima la del pueblo en Bangkok ¿no era así?

Seguramente eso mismo suponía una buena premisa hacia un posible asesinato perfecto. Te llevas a tu víctima a un lugar muy alejado de su entorno. Y si nadie te sigue hasta allí, jamás nadie se molestará

tampoco en buscar sus huesos y las pistas en ese rincón del mundo.

Podrías drogar y raptar a tu compañero de trabajo. Sí, el trepa al que tanta manía le habías cogido. Luego conducir con él ya debidamente atado unos cuantos cientos de kilómetros. Y ahí deshacerte de su cuerpo en un caudaloso río.

Esto también serviría a tu asesinato perfecto si matabas a un político famoso, pero en sentido contrario. O sea, a fin de que las búsquedas en su entorno más próximo resulten infructuosas. Claro que para acceder a alguien conocido hacen falta contactos y siempre se deja más huella.

Sin darse cuenta, Carlos se había puesto en la piel del asesino del BMW X5 (como lo había denominado a bote pronto) en busca de su justificación y los albores de su modus operandi.

Mientras volvía a mirar el coche con el cuerpo atado en su espacioso habitáculo trasero, pensó que BMW debería replantearse su publicidad. Podía hablar de las muchas posibilidades de tan espacioso vehículo. Sobre todo, para acarrear víctimas sin que sobresaliera ni una extremidad por encima de los asientos.

En la fría garita a la entrada de la fábrica, en aquella noche del domingo 10 de marzo, Carlos sacó su bocadillo de tortilla de patata de su mochila gris, con el logotipo de la marca Umbro apenas ya visible. La pobre mochila había aguantado unas cuantas décadas desde que Carlos jugara, o al menos formara parte de la plantilla, en la Unión Deportiva Logroñés, y lo que le tenía que quedar aún antes de que aquella bolsa pasara a su retiro…

Con el primer bocado de la jugosa tortilla, Carlos volvió a la idea de la frialdad con la que estaba tratando el asunto del muerto en el coche, si es que era muerto. Lo cierto es que gran parte de esa trivialidad se debía a que aún no se creía lo que veía. De nuevo zoom. ¡Qué sí, podía ser tranquilamente un muerto! ¿o sería una broma de carnaval? Otro bocado y un traguito de agua para evitar el ahogamiento…

Dejó el bocadillo, cuidando muy mucho de extender el papel de aluminio para que recogiera todo el bocadillo sin tocar la superficie de una mesa tan vetusta y con tantas inscripciones ilegibles como un sepulcro de un faraón egipcio. Sacó su móvil e hizo una foto al coche y al más que posible muerto. Lo pasó a un grupo de WhatsApp en el que solo estaba él y al que había llamado “Varios”

Comprobó la hora en el móvil y se animó entonces con una pequeña grabación a modo de pie de ilustración:

_ Diez de marzo de 2024. Domingo. Once y diez de la noche. Imagen de Blind River, Canadá. Posición exacta… Victoria Avenue número 33.

Un X5 con un fiambre dentro – sonrió recordándose al primer Clint Eastwood, al de Harry el sucio, probablemente el inventor del término “fiambre” para gloria del cine negro.

Volvió a coger el bocadillo de tortilla. Eran las once y once de aquella noche y le quedaba por delante un largo turno de vigilancia. Y con la cosa del asesinato ya habían pasado más de diez minutos de su habitual primera vuelta por la fábrica.

Incomodado por el flagrante incumplimiento consideró que no le quedaba otra que salir a dar la vuelta con su bocadillo en la mano. Se disponía a hacerlo cuando pensó que cualquier ladrón que lo viera, con su bocata en la mano derecha y la linterna en la izquierda, se lanzaría al robo de inmediato.

¡La apariencia lo es todo en este mundillo, Carlos! – Se encargaba siempre de recordarle David, el encargado. Y eso que su metro noventa y sus otros tantos noventa kilos en canal conformaban la apariencia perfecta con la que asustar a cualquiera. Pero claro, Harry el sucio no llevaba un bocadillo de tortilla cuando se disponía a subirle las bolas a la garganta a cualquier malhechor…

Así que finalmente dio un amplio bocado a su tortilla y salió con las manos libres a la explanada de la fábrica. Tiempo tendría en quince o veinte minutos de terminarlo a placer. Entre sorprendido por la sangre fría con la que estaba llevando su descubrimiento, desconcertado por los pasos a seguir en ese asunto y finalmente imbuido por su deber laboral, continuó con su rutina en espera de postreras decisiones que en frío serían más certeras y oportunas.

Buscando comparaciones básicas con su curro, Carlos pensó que en caso de problemas más graves que los molestos gamberros o raterillos asustadizos, siempre debía contactar con policía o guardia civil. Pero claro, en este caso ir al cuartel para hablares de un posible asesinato en Canadá podría ponerlo en la picota y ser el hazmerreír de todo Logroño y alrededores.

Debía andar con pies de plomo y asegurar sus primeros pasos. Una corriente de viento le provocó un escalofrío. Se subió la cremallera del largo chaquetón hasta cernirse cómodamente en torno a su cuello. Bajo su solapa brillaba el logo de SafeLand. Entrando en calor a duras penas se dirigió a la entrada principal de la fábrica.

Capítulo II

Se despertó pasado mediodía. Algo más de cinco horas después de tumbarse fundido a la cama tras el turno de noche. Como siempre entre semana, estaba solo. Le sorprendía que nadie consiguiera despertarlo a primera hora de la mañana, ni su mujer con idas y venidas a la habitación, ni sus hijos con su creciente bullicio previo a la salida hacia el cole.

En primer lugar se dirigió al baño, bendecido por un gratificante silencio en su devenir zombie por el pasillo. Una vez enfrentado a la taza del WC añoró, tras bajarse los pantalones, una de aquellas regulares erecciones matutinas que lo obligaban a agacharse para poder acertar dentro del inodoro. El asunto había pasado de ser una constante a simple probabilidad.

Después se lavó las manos y la cara, recuperando sus ojos a la vida tras unas legañosas telarañas, extendidas por toda la unión de sus párpados. Se observó entre la somera resignación y el habitual optimismo que lo convencía de que sus cincuenta y tres años podían pasar por alguna década menos.

No había arruga que pudiera enfrentarse a esa sensación. El chico que fue Carlos todavía mantenía ese encanto al que entregó su juventud con fines meramente hedonistas, muy por encima de lo que debiera haberse encomendado a los estudios. Glorias pasadas que no iban a ningún lado.

_A cada momento sus circunstancias -se justificó en voz baja Carlos ante su reflejo. Ciertamente consideraba que ahora era feliz, y que su familia lo colmaba de esa sensación de pertenencia al mundo, de culminación de cualquiera que fuera la misión que lo ubicaba allí.

Al ponerse trascendental recuperó de inmediato el recuerdo de su último viaje vía Google hasta el corazón de Canadá. Otro tipo no podía decir lo mismo que él acerca de la pequeña felicidad de despertar una mañana más. Seguramente yacería, o más bien yació en un momento indefinido de días recientes de marzo, en la trasera de un BMW X5.

Como si todo pudiera haber sido un sueño reciente y sin darse tiempo para desayunar, Carlos se dirigió al ordenador de sobremesa del despacho de Salma. La señora abogada, que entre otras llevaba la causa perdida de su hogar, tenía una gran pantalla conectada al pc. En esta quizás pudiera ver al detalle aquel punto de Canadá.

Recuperó su nota del WhatsApp y en cuanto se encendió el ordenador escribió la dirección en su navegador. De nuevo desplazó el muñequito de Street View hasta el lugar; entre la esperanza de que todo hubiera sido un sueño y el desasosiego que confiere la pertinaz certidumbre.

El X5 seguía ahí, observable perfectamente desde la perspectiva de la cámara del coche de Google. Carlos sintió ahora una extraña sensación de irrealidad. Como si anhelara que en el interior de aquel coche solo hubiera una chaqueta tirada, un paquete de tabaco, un móvil. Algo que provocara su malentendido… Pero no, el cuerpo seguía ahí.

De nuevo zoom, de nuevo la certeza. En esta ocasión algún detalle nuevo, una especie de libro o papel sobre los asientos traseros. Sin poder contenerse, Carlos trató de acercarse más. La imagen accedió a extenderse ligeramente hacia ese punto. Le chocó la resolución tan alta para lo habitual en las imágenes de Google.

Lo que pudo ver ahí anotado, dejó a Carlos sin una pizca de hambre para desayunar. No sabía qué hacer al respecto. Seguramente lo más acertado sería poner aquello en manos de la policía de inmediato. Porque si la cosa iba por donde él imaginaba, el asunto cobraba una dimensión que lo desbordaba.

Carlos pensó rápidamente en su amigo el madero, su excompañero de curro en Safeland y aún hoy su amigo. Alberto había conseguido sacarse la oposición de policía nacional aprovechando los ratos muertos en sus turnos de vigilancia de manera más fructífera que él.

Claro está que Alberto tenía bastantes menos años que él. Sacarse plaza de poli con treinta y tantos no era lo mismo que hacerlo entrado ya en la cuarentena larga. O al menos esa era la excusa que utilizó Carlos hacía años, cuando Salma pretendió animarlo hacia otra salida laboral aprovechando el ejemplo de su amigo.

Afortunadamente Alberto tenía el día libre y contestó a su llamada con voz tenue, como de recién levantado. Y le dijo que sí, que podía quedar con él aquella misma mañana. Su viejo amigo accedió a pasar por su casa para visionar su descubrimiento. La enigmática petición de Carlos para que fuera a visitarlo en cuanto pudiera por una urgencia, surtió el resultado deseado.

Mientras esperaba a Alberto, Carlos tomó su café con leche, sin olvidar esas galletas sumergidas que lo hacían sentir como el niño que ya no era. Después se vistió con un vaquero y una de las camisas a cuadros que habitaban el armario.

DÍA ANTERIOR. SÁBADO 9 DE MARZO

Capítulo III

Tarde del sábado. En el interior de un BMW X5. En un pequeño pueblo perdido al sureste de Canadá…

Jacob Laporte no entendía que estaba pasando. Tras la primera sensación de letargo, pasó al desconcierto hasta entrar en una súbita tensión y de inmediato en puro pánico. Sus pies y manos estaban fuertemente atados, sus ojos vendados y su boca amordazada. Se encontraba en un espacio reducido y a cada movimiento que intentaba hacer, estirando piernas o brazos, sus ataduras se aferraban más a su cuello en un entramado ingeniosamente creado para el dolor.

Cuando descubrió que sus esfuerzos lo llevaban a la asfixia, se encogió de nuevo para tomar aire. Trató de respirar pausadamente para tranquilizarse en la medida de lo posible. Su mente fue a su último recuerdo previo a la actual situación, en busca de algún fundamento para su estado. Evocó un instante brumoso de mareo y desfallecimiento.

Podía haber sucedido hacía horas o solo minutos. Se disponía a tomar un café en su casita en Blind River. Un lugar de asueto entre casos y casos de su selecta y creciente cartera de clientes. Mientras leía el periódico empezó a sentirse mareado hasta que perdió la consciencia.

_ No te preocupes, amigo, en poco rato todo esto habrá acabado – Jacob detectó un acento extranjero en aquella voz. Sus movimientos de intento de liberación habrían puesto alerta a su captor.

La voz llegaba de algún lugar cercano. Jacob apostó entonces a que estaba en un coche, tumbado en la parte trasera. El sonido de aquella voz y un primer y ligero tanteo manual. La alfombrilla, el carril de desplazamiento del asiento delantero, la tapicería…, más el olor típico a sintéticos y ácaros apuntaba a ello.

Su corazón acelerado lo empujó a gritar bajo la mordaza aplacada sobre su boca. Pero pronto comprobó que todo lo que conseguía era un sonido apagado, sordo.

_No es nada personal, amigo. Tú sabrás quién ha podido llevarte hasta aquí – El tipo al volante hizo caso omiso a sus intentos de queja bajo la mordaza -. ¿Sabes? Siempre hay alguien que nos odia. Alguien capaz de pensar en asesinarnos. Pero en lo que estrictamente nos une en estos desconcertantes momentos para ti, sábete que lo mío son solo negocios…

El tipo al volante resopló con cierta impaciencia después de su breve

exposición de motivos para justificar el hecho de mantenerlo atado en la parte trasera de su coche.

_ Ahí está, por fin -aseguró el conductor pulsando el botón para quitar temporalmente el tintado de las lunas traseras.

Jacob no entendía a qué se refería. Pero de inmediato su raptor salió del coche y una helada corriente penetró hasta que la puerta se cerró de nuevo. Apenas pasarían unos extraños, alienantes minutos.

Al abrirse de nuevo la puerta del vehículo y sentarse de nuevo el conductor, el coche arrancó y se puso en marcha. Destino, el fondo del lago Wanapitei, al noreste de Sudbury. Según dicen los lugareños uno de los mejores lugares para disfrutar del ocaso del sol. En el caso de Jacob el ocaso de todo.

LUNES 11 DE MARZO

Capítulo IV

Alberto no fue del todo preciso con su amigo Carlos. No se disponía a salir de inmediato hacia su casa para descubrir sabe Dios qué misteriosa gilipollez. Antes tenía que cumplir con el tercer envite que no pudo culminar la noche anterior.

Diana, la inspectora jefa de su comisaría y él, compartían un secreto reciente. Algo así como una terapia conjunta para liberar el estrés de vez en cuando. Alberto dejó su móvil sobre la mesilla y se acercó peligrosamente por detrás a Diana.

_¿Rematamos, jefa? -Diana, de costado hacia el exterior de la cama, suspiró con un deje de somnolienta pereza.

_ Anoche me lo pedía. No se haga hoy la remolona… - Alberto tiraba de oficialidad, de ese trato de usted que Diana siempre exigía en los momentos de mayor excitación.

Alberto siguió a lo suyo, besuqueando la espalda de Diana, deslizando sus manos bajo las sábanas hasta colarlas bajo sus brazos en busca de sus pechos, allí donde unos pezones capaces de la turgencia más extrema esperaban el estímulo preciso. En otro frente bélico-erótico, más abajo de su cadera, Alberto aproximó su arma no oficial hasta apretarla entre las nalgas de Diana.

Poco a poco el tono de los suspiros de Diana fue incrementándose. Alberto pensó en una locomotora poniéndose en marcha. Se ocupó minuciosamente de que la máquina fuera cobrando vida, aplicando su tacto propulsor en diversas zonas del cuerpo de Diana.

_ ¡Más madera! -exteriorizó sus pensamientos Alberto mientras realizaba una maniobra en busca del cuerpo a cuerpo en posición frontal. Una vez encima esperaba que todo fluyera. Por su parte podía precipitarse de inmediato. Porque era tener a Diana frente a frente, más aún en posición horizontal y entrar en modo frenesí…

Con una sonrisa creciente y maliciosa que se desplegaba en ella conforme abría los ojos, Diana atrajo a Alberto hacia sí. El calor fue derritiendo ambos cuerpos en ese crisol de ardor desesperado, de fusión descontrolada que amenaza explosión e implosión, todo en uno.

Normalmente Diana solía llevar la iniciativa. Pero por una vez se dejó llevar por una placentera sensación de adormecimiento muscular bajo su piel excitada al máximo. Sensaciones contrapuestas que le permitían focalizar todo en el creciente ardor, en una excitación genital que disparaba su respiración y sus latidos en exclusiva para las

pulsiones sexuales. Su orgasmo se precipitó así más rápido que nunca. Podía empezar a cogerle el punto a los polvos mañaneros.

Acabado el fuego amigo, Diana se duchó. El piso de Alberto era ya como su segunda casa. Cuando regresó de la ducha comentó con Alberto…

_ ¿Con quién hablabas antes por teléfono?

_ Na, he quedado con un amigo para ir a su casa. Bueno, tú sabes quién es ¿Te acuerdas de Carlos el segurata? Ese que nos cortó el rollo el otro día llamando a la puerta – Alberto hablaba mientras contemplaba desfilando a Diana en ropa interior y con su cabello mojado. Se le hacía inverosímil lo que estaba ocurriendo entre ambos.

Porque su relación con Diana no es que apuntara a romance cuando estaban en comisaría. De hecho, si no se hubieran liado, habrían acabado en alguna trifulca laboral rollo acusación de mobbing por un lado; o de dejación de funciones por el otro. Gracias a Dios el sexo podía arreglar cualquier conato de enfrentamiento. Alberto pensó en aquello de follar más para discutir menos.

_ Si, claro que me acuerdo de él -respondió Diana mientras se ponía los pantalones-. Pero al final su visita estuvo bien. Eso de esconderme en el armario me puso de un caliente que no veas -replicó sonriéndole mientras se apartaba su pelo mojado tras la oreja.

_ No te vengas arriba con él, que yo no soy de tríos -sonrió para sí Alberto.

_ No, tranquilo. Jamás me entrometeré en vuestras cosas. Por mi podéis seguir jugando con vuestros lubricantes – se burló ella.

Alberto estalló en una risotada.

_ Pues eso, que he quedado con él porque quiere contarme algo muy importante.

_ Lo dicho, te va a proponer tema…

_ Es un buen amigo – cortó finalmente Alberto la broma que ya le empezaba a molestar.

_ Ok, aprovecha tu último día libre. Mañana en la Comisaría tendrás que ponerte al día con muchas cosas pendientes – Diana se abrochó su camisa azul - Espero que no tenga que salir esta semana en alguna comisión de servicio.

__ Sí, jefa, mañana a tope -gesticuló Alberto desde la cama ejecutando una burlesca palma a la vista – Respecto a tus comisiones de servicio, y sin ánimo de entrometerme como simple amante, ¿no estas sobrecargándote de trabajo?

_ Lo de la jefatura puede llegar a ser algo tedioso. A mí lo que me gustaría es ser como uno de esos policías de las pelis que se la pasan viajando de un lado a otro buscando asesinos – aseguró Diana desde el baño.

_ Qué personaje de novela se perdió Agatha Christie – comentó Alberto-. "La más hermosa y atractiva de las mujeres policía del mundo" terminó por pensar a punto de verbalizarlo. Estaba perdidamente enamorado de ella.

Capítulo V

_ Joder, madero, ya te ha costado venir – comentó Carlos conforme abría la puerta de su casa y dejaba entrada libre a su amigo mientras él se dirigía al ordenador de Salma – Cierra la puerta y ven, anda.

_ El tráfico, Carlos, está la ciudad infernal – bromeó Alberto que solía moverse siempre caminando, más aún para ir a casa de su amigo en el barrio logroñés de Cascajos, a apenas a diez minutos a paso ligero desde su piso en el centro –. Todo sea por ese fascinante secreto que tenías que desvelarme. Supongo que lo de no contármelo por teléfono era por si tienes tu móvil pinchado por la INTERPOL ¿no?

Mientras bromeaba, Alberto se dirigió hasta el despacho de Salma, la mujer de su amigo. Hacía donde este había ido nada más abrirle la puerta.

Al llegar al despacho Alberto se quitó su abrigo y lo dejó sobre uno de los altos brazos de una de las dos elegantes sillas de invitados, opuestas al sillón que presidía la elegante mesa de madera oscura. Un conjunto de composición sinuosa, barroca y elegante que te transportaba a otra época. Y que quedaba rematada con un gran armario del mismo estilo y cargado, en sus diferentes niveles, con interminables volúmenes de aspecto legal.

_ Mira, tío. A esto me refería…

En la gran pantalla del ordenador de Salma, que los traía de nuevo al presente desde una sensación ambiental de siglo XVIII, Alberto descubrió lo que parecía una imagen del Street view. Una casita de dos plantas de madera blanca. No muy grande pero muy coqueta con su amplia zona ajardinada. Junto a la acera un elegante monovolumen azul.

_ Guay, Carlos, os habéis pillado una casita en Noruega ¿no?

_ No es Noruega, es Canadá, concretamente Blind River, un pequeño pueblo entre lagos – Carlos cogió el ratón y se acercó al coche -. Ahora muy atento…

Frente a los dos amigos la pantalla fue centrándose en el cochazo hasta tenerlo justo en su vista lateral con una perspectiva de mayor altura que el capó del coche. Lo normal para la cámara 360 de Google, pensó Alberto.

_ Hay algo dentro del coche – Alberto se acercó a la pantalla mientras Carlos se anticipaba a sus deseos e hizo zoom al interior.

Sus miradas se encontraron de repente. La sorpresa de Alberto y la inquietud de Carlos cruzadas en un instante que desubicaba a ambos por completo. Carlos compartía su extrañeza, lo que anoche le había parecido discutible, hoy se le aparentaba indudable.

_ Tiene que ser un muñeco o algo así – afirmó Alberto.

_ Claro, y por eso está atado, agente -ironizó Carlos-. Además de taparlo casi por completo salvo los espacios en los que sobresalen piernas y algo de sus brazos…, quizás porque la víctima estuviera aún viva y en sus intentos por escapar los destapara.

Jamás, desde que se conocían hacía ya más de veinte años, se habían visto en un momento tan incómodo. Carlos esperaba respuestas, reacciones inmediatas en un amigo en su versión más oficial.

Pero es que Alberto permanecía absorto. Se encontraba completamente desnortado o eso aparentaba con su vista perdida en la imagen. Sentía como si sus dos mundos el de policía y el de civil se hubieran cruzado de manera anómala.

_ A ver, Carlos. Si matas a alguien lo metes en el maletero, no en el asiento de atrás de tu coche. Tiene que ser otra cosa, un maniquí o algo así.

_ Bueno, no le cabría el fiambre en su maletero y tuvo que recurrir a los asientos de atrás -argumentó Carlos agradeciendo que su amigo Alberto empezara a actuar como un poli, aunque fuera para llevarle la contraria en detalles que él no había siquiera pensado.

_ Claro, claro, Carlitos. En el maletero de un X5 cabe todo lo que te quieras llevar a la playa, incluso la suegra.

_ Que sí, tío. Que lo normal es pensar que estamos en un error y que eso de ahí dentro no es un muerto. Pero es que hay más cosas. Fíjate ahí – Carlos se movió con el ratón hasta el centro de los asientos traseros. Acercándose hasta el máximo de la imagen un papel indicaba unos números.

_ Joder, qué bien se ve ¿no? – consideró en voz alta Alberto. Esa nitidez no le sonaba que fuera habitual en el Street View-. ¿Qué son esos números?

_ Ya puestos en mapas y demás, yo sospeché desde el principio, por formato, que se trataba de coordenadas. Latitud 46.72820 y Longitud -80.79121. Trasladadas a Google Maps se corresponden con… - Carlos abrió una nueva pestaña del navegador e introdujo las referencias cartográficas.

Alberto pensó que mientras Diana y él echaban el polvete, Carlos había estado preparando al detalle su presentación del caso. Algo así

como el asesino de Google Maps.

__ ¡Voila! Wanapitei Lake, a unos 200 kilómetros de Blind River – Ante los ojos de los dos amigos se presentaba una bucólica imagen versión norteamericana.

_ Muy bien, Watson. La cosa es que ahí ya no hay nada, ni otro X5 ni otro muerto ni la reencarnación de Michael Jackson.

_ Y entonces ¿qué pueden ser esos números? – Volvió Carlos a la pestaña anterior con la casita de Blind River y el siniestro monovolumen a sus puertas.

_ Pueden ser cualesquiera anotaciones. Números de teléfono o algo así. – Alberto empezaba a barajar alguna hipótesis al respecto. Pero también empezaba a considerar que aquello quizás no fuera asunto para tratar con un amigo vigilante de seguridad sino con sus superiores. Así que decidió cambiar el tono de sus intervenciones.

_ Y ya lo que me chirría completamente – continuó Carlos -. Es que tanto el cuerpo como el papel con la nota se vean tan bien. Ni siquiera están pixelados tal como hace Google con matrículas y caras de la gente en muchos casos – Es todo tan macabramente casual.

_ No sé, Carlos, todo esto parece más una broma o algo así – trató de darle una apariencia trivial al sin duda singular descubrimiento de su amigo. Realmente temía por la gravedad y trascendencia de aquello. Tanto por la seguridad de Carlos como por el alcance de lo que estaban viendo. Pero claro, de cara a Carlos tiró de la opción más improbable como si fuera la más segura, una simple broma.

_ Puedo comentarlo con compañeros especialistas en tecnología y demás y ver si le ven algún sentido. Mejor será que lo dejemos en sus manos. Venga, cámbiate y vamos a tomar un café para despejarnos.

_ Ok, pues pásaselo a quien sea porque esto es muy raro, tío.

Mientras Carlos apagaba el ordenador, aceptando tácitamente la propuesta del café de su amigo, Alberto pensó en esa rareza como una más de las rarezas del mundo. Rarezas que acaban emergiendo como anécdotas, para acabar traspasando todas las fronteras imaginables del mal.

Un muerto en la parte trasera de un coche y un cartel con unas coordenadas… Todo demasiado pensado, una composición orquestada meticulosamente como un mensaje a transmitir nada menos que desde los mapas de Google, para todo el mundo… Su imaginación se disparaba y para nada bueno.

Capítulo VI

Carlos y Alberto tomaban su café en La Matea, un bar de Logroño. Por la tele, en una voz queda propia de los dos puntos de volumen del aparato, unos contertulios debatían sobre el reciente asesinato de un reconocido empresario del sector textil.

El fallecido era Francisco Lamusa. Su caso llegó hasta los medios y corrió por las redes sociales como la pólvora por las inevitables filtraciones. El tipo había aparecido muerto en Ejea, Zaragoza, apenas horas después de denunciar su desaparición en Cádiz.

La presentadora del magazín matutino exponía a cámara su rostro más estudiado de solemnidad ante los hechos, mientras pasaba la palabra de unos a otros. Intervenían unas veces sus colaboradores habituales, pasando también por algún otro ayudante puntual, un experto policía ya retirado. De vez en cuando un video recurrente de policías cerrando el paso a un pantano. Al pie de las imágenes se leía: "Embalse de Laverné. Ejea de los Caballeros".

_ Salma anda muy liada, tío. Le dais demasiado trabajo los maderos – replicaba en ese momento Carlos a su amigo, que le preguntaba por su mujer.

_ Los picapleitos velan por sus intereses. Engatusan a los jueces y sueltan a los delincuentes en dos días. En cuanto delinquen de nuevo, vuelve el trabajo a sus despachos – Bromeó Alberto.

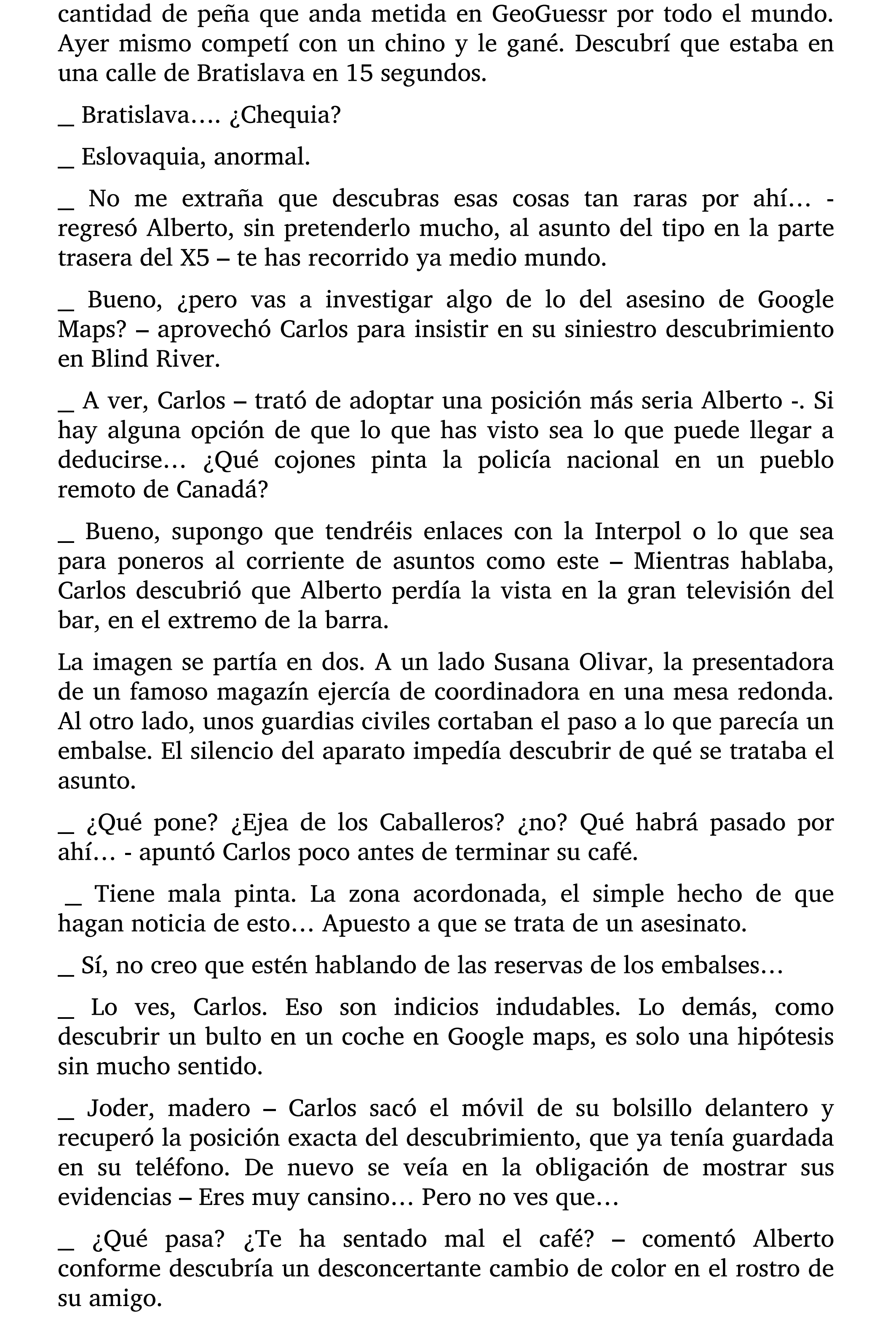
_ Bueno, los clientes de Salma no suelen ser reincidentes. Con una vez aprenden. Cambian de paraíso fiscal y enturbian más aún sus movimientos. – justificó Carlos a su mujer, entre la broma y una remota certidumbre.

_ Sí, claro – bebió un trago Alberto de su café – Nada como un buen bufete para que te enseñen las reglas del buen defraudador… Es broma, tío -apostilló Alberto al descubrir un gesto de incomodidad en su viejo amigo-.

_ Bueno, ¿y cuándo te vas a animar con el GeoGuessr? – salió del fango Carlos.

_ Tu famoso jueguecito. Me metí el otro día y no está mal. Pero vamos, solo probé con un acceso temporal gratuito, no me di de alta ni nada. Tú lo que quieres es darme una paliza, con eso de que quedaste campeón de España. El rey de los frikis.

_ Ya no es tan exclusivo de frikis. No te puedes ni imaginar la


cantidad de peña que anda metida en GeoGuessr por todo el mundo. Ayer mismo competí con un chino y le gané. Descubrí que estaba en una calle de Bratislava en 15 segundos.

_ Bratislava…. ¿Chequia?

_ Eslovaquia, anormal.

_ No me extraña que descubras esas cosas tan raras por ahí… - regresó Alberto, sin pretenderlo mucho, al asunto del tipo en la parte trasera del X5 – te has recorrido ya medio mundo.

_ Bueno, ¿pero vas a investigar algo de lo del asesino de Google Maps? – aprovechó Carlos para insistir en su siniestro descubrimiento en Blind River.

_ A ver, Carlos – trató de adoptar una posición más seria Alberto -. Si hay alguna opción de que lo que has visto sea lo que puede llegar a deducirse… ¿Qué cojones pinta la policía nacional en un pueblo remoto de Canadá?

_ Bueno, supongo que tendréis enlaces con la Interpol o lo que sea para poneros al corriente de asuntos como este – Mientras hablaba, Carlos descubrió que Alberto perdía la vista en la gran televisión del bar, en el extremo de la barra.

La imagen se partía en dos. A un lado Susana Olivar, la presentadora de un famoso magazín ejercía de coordinadora en una mesa redonda. Al otro lado, unos guardias civiles cortaban el paso a lo que parecía un embalse. El silencio del aparato impedía descubrir de qué se trataba el asunto.

_ ¿Qué pone? ¿Ejea de los Caballeros? ¿no? Qué habrá pasado por ahí… - apuntó Carlos poco antes de terminar su café.

_ Tiene mala pinta. La zona acordonada, el simple hecho de que hagan noticia de esto… Apuesto a que se trata de un asesinato.

_ Sí, no creo que estén hablando de las reservas de los embalses…

_ Lo ves, Carlos. Eso son indicios indudables. Lo demás, como descubrir un bulto en un coche en Google maps, es solo una hipótesis sin mucho sentido.

_ Joder, madero – Carlos sacó el móvil de su bolsillo delantero y recuperó la posición exacta del descubrimiento, que ya tenía guardada en su teléfono. De nuevo se veía en la obligación de mostrar sus evidencias – Eres muy cansino… Pero no ves que…

_ ¿Qué pasa? ¿Te ha sentado mal el café? – comentó Alberto conforme descubría un desconcertante cambio de color en el rostro de su amigo.

_ No está. Ha desaparecido. El puto X5, el muerto… No están.

Ese fue el momento en el que Alberto lo tuvo claro. Ahí pasaba algo. Hasta ese instante todo eran evasivas con su amigo. Y una somera idea de investigar un poco al día siguiente cuando regresara a la comisaría, para descartar el asunto más que nada.

Ahora todo cobraba otra dimensión. Dos casualidades suman siempre una desconcertante certidumbre en la matemática de cualquier caso. Que Carlos se hubiese encontrado con un posible rapto o asesinato a bordo de un coche podía ser algo peregrino, un efecto óptico, algo así.

Pero que la imagen hubiera desaparecido suponía que alguien se había encargado de eliminar aquella "pista" por decirlo de alguna manera.

_ Fíjate, la fecha al pie del mapa sigue siendo marzo 2024. Conforme el coche de Google renueva las rutas se va actualizando el registro. Eso lo sabe cualquier novato de GeoGuessr – A Carlos le entró una creciente risa floja. La gente, en las otras mesas del bar, empezaron a mirarlos – El putísimo Google ha renovado la imagen o la ha borrado. No sé qué opción huele peor. Ahora resulta que aparece la casa sin el coche aparcado. Y aquí no ha pasado nada. Circulen, señores.

Alberto sonrió como respuesta a la mirada desencajada de su amigo. En el fondo lo observaba con inquietud. Pensó en Salma, en los dos hijos de ambos. Una especie de sexto sentido le avisaba de que ahí podía haber un peligro. Algo que los superaba y los desbordaba por todos lados.

_ Por favor, Carlos, sal de esa ubicación y bórrala de tu móvil – Alberto habló con una firmeza que nunca había empleado con su viejo amigo.

Estaba pensando en actuar cuanto antes. En primer lugar, retirarle su terminal y bloquear su línea. Después tendría que hacer lo propio con la red de su casa. E incluso pensaba en hablar con la empresa donde trabajaba para tomar medidas similares. Tenía que borrar a toda costa el rastro digital de su amigo.

Capítulo VII

Una mezcla de satisfacción y la inesperada sensación de remordimientos. Eso es lo que sentía Miguel Salaverri mientras se anudaba la corbata frente al espejo, dispuesto a emprender un nuevo día a los mandos de su empresa.

Antaño fueron socios. Poco a poco se convirtieron en enemigos acérrimos. *No eran más que negocios*, *querido Francisco*, pensó Miguel recordando al ya finado. Tras ponerse su americana y su abrigo, salió de su casa en La Moraleja. A las puertas le esperaba su chofer, apoyado en el capó del Audi A7 al servicio de don Miguel.

Mientras recorrían las calles, hacia el Business Area de Madrid, Miguel aprovechó para hablar con su operador en Panamá.

_ Buenos días, Frank – saludó en cuanto se escuchó el clic tras el primer tono. Había respirado hondo justo antes, calmando una liviana sensación de inquietud. La línea era segura, o al menos eso le decían siempre desde su equipo de telecomunicaciones. Pero uno nunca podía saber hasta qué punto sus conversaciones estaban libres de rastreo. Por mucho que le explicaran acerca de IPs que se mueven, de cdns o de proxys que saltaban de nube en nube…

_ Hola, Miguel. Por aquí buenas noches. – Una amigable voz al otro lado se mostró de inmediato receptiva.

_ Ya está pagado el pedido DG2 ¿cierto?

_ Sí. Todo está en orden. No te preocupes.

Podía ser una temeridad llamar por teléfono para asegurarse del encargo para quitar de en medio al desconocido que fuera, a cambio de su propio muerto. Pero Miguel quería estar seguro de no deber nada a nadie. Si el proveedor último del servicio era capaz de matar por dinero, también podría ser capaz de matarlo a él si no realizaba el pago. De eso no le cabía la menor duda.

_ De acuerdo, Frank. Era solo para asegurarme de que dispondremos del pedido a tiempo – desvió el asunto Miguel como si trataran de insumos para alguna de sus fábricas – Ya hablaremos, adiós. – Miguel cortó la conversación sin más dilación.

De inmediato lo invadió esa reciente, ligera, pero recurrente, sensación de culpa. Carolina no habría estado conforme con aquello. Ella era esa alma que lo compensaba, que lo traía hacia la luz desde su carácter oscuro.

En su ausencia, desde hacía ya tres años, sus escrúpulos solo se movían al compás de su dinero. Y una traición como la de Francisco, no podía pasarla por alto. Que un juez tras otro, en la escala de recursos planteados, hubieran decidido que las burdas copias de Francisco no conculcaran su derecho a la patente, no significaba que eso fuera así. En momentos como ese, uno debía tomar la justicia por su mano. Medidas drásticas cuando ya se han perdido todos los principios.

Lo más curioso de habitar el lado oscuro es que acababas encontrándote con otros como tú. Todo surge como una corriente, como tentación del diablo. Y empuja en la misma dirección a quienes se quieren dejar llevar. Entre vanaglorias y egos del mundo empresarial, se siente más la corriente, se escucha más claro el susurro del diablo.

Miguel recordó el día en que ventiló en el lugar oportuno su enfrentamiento con Francisco. Fue en alguna reunión de la federación de industriales del textil. En aquella reunión todo el mundo le daba la razón ante semejante competencia desleal de Francisco. Hasta que aquel tipo lo había convencido para charlar tranquilamente en un aparte.

La gracia es que quizás hoy no recordara su cara si se lo volviera a encontrar. Y en cierta forma tenía que ser ese extraño quien debía cargar con la culpa sobre lo ocurrido con Francisco. Porque había sido él quien le había propuesto recurrir a esa otra justicia. La justicia del Administrador.

A Miguel la idea del Administrador que había creado ese sistema del crimen se le hacía muy parecida a aquella vieja novela de Patricia Highsmith que encumbró en la gran pantalla Alfred Hitchcock, Extraños en un tren. Una propuesta para que cada uno se encargara de los problemas del otro. Yo mato a tu enemigo, tú liquidas al mío.

El asesinato perfecto es aquel en el que preparas la coartada perfecta. Y la coartada perfecta tiene dos bases:

1 No estar en la escena del crimen

2 No encargar el asesinato

Algo fácil cuando un tercero, *quid pro quo*, se encarga de hacerlo por ti. No hay relación con la víctima, entonces no hay motivo, ni hilo del que tirar.

Miguel había pagado para que alguien se encargara de liquidar a otro. Mientras que su “mecenas” se había encargado de Francisco sin que Miguel supiera absolutamente nada del cómo, cuándo ni dónde. Hasta que recibió un reporte. Un mensaje en una consola MSDOS que

aparecía por arte de magia en su ordenador: Coordenadas 36.59613 -6.27110.

El grado de detalle en la certificación del servicio cruzado resultaba espeluznante. Miguel no se imaginaba que tras esas coordenadas iba a poder encontrar en Google Maps un coche cargando con el cuerpo de Francisco Lamusa. En las mismísimas puertas de su casa en la calle Mar Caspio de El puerto de Santa María. Ahí mismo, sobre el cuerpo oculto de Francisco, unas nuevas coordenadas que poco después cobrarían pleno sentido.

Cuando el cuerpo de Francisco fue encontrado y poco después identificado en algún lago de Zaragoza, Miguel comprobó que era donde las coordenadas indicadas dentro del coche, a las puertas de la casa de Francisco, marcaban fielmente.

Sin duda le molestaba que la tele lo anunciara a bombo y platillo como el suceso del año. Y quizás tanta publicidad apuntaba a que algo no había salido del todo bien. Pero eso ya era cosa del sicario que contratara su mecenas, su desconocido compañero de viaje en ese extraño tren de la venganza.

A través de la ventana trasera de su Audi, Miguel perdió la vista entre los paseantes de La Castellana. Al fondo se presentaban las cuatro torres que convertían Madrid norte en otra ciudad diferente a la suya. Nada que ver con sus días de juventud por la vieja Castellana. La mano caliente de Carolina aferrándose a la suya en los días de noviazgo por aquel otro Madrid. Ninguna injusticia peor que su marcha.

Lo siento mucho, Carolina. Apenas murmuró Miguel mientras retiraba unos amagos de lágrimas de sus ojos.

Capítulo VIII

Salma esperaba ansiosa la salida de sus hijos del cole. La tensión del curro era otra cosa. Solía solventar con destreza cualquier complicación de un caso. Lo que la convertía en una de las mejores penalistas de Logroño. Pero lo de tener que dejar el coche en doble fila en Vara de Rey, frente a Escolapias, la superaba.

Más de una vez las había tenido con algún policía empeñado en fastidiarle la tarde. Y con esos no había negociación posible. Llegaban con su bloc de notas y su gesto estreñido, encantados de dejarte sus notitas de amor sin atender a ninguna consideración.

Así que si tenía tiempo dejaba el coche en el garaje para ir andando en busca de Martín y Laura, siempre que le era posible. Pero ese tipo de posibles en su bufete eran completas anomalías. El tiempo siempre volaba.

La otra opción era que Carlos fuera a buscarlos. Y de hecho muchos días lo hacía y ahí se juntaban los dos. Y él se quedaba en el coche. Aun así, ella sentía, como obligación irrenunciable, que tenía que recoger a sus hijos para enterarse de inmediato cómo había ido todo.

Carlos no estaba ese día. Algo le habría surgido. Y Salma entre conversación furtiva y saludos rápidos con otros padres, se ponía de puntillas y oteaba entre las cabecitas del rebaño saliendo del corral. Para hacerse cuanto antes con sus pequeños y huir de la potencial multa.

Por suerte Martín y Laura salían prácticamente emparejados, cada cual con sus amigos. Los llamo de inmediato y ambos se dirigieron a ella sin detectar la premura de su tono.

Ya en el coche los dos se precipitaron a responder la típica pregunta sobre cómo les había ido el día. Para evitar trifulcas, Salma aclaró que aquel día le tocaba a Laura empezar con su repaso.

Demasiados deberes, algún enfado con Rebeca, la comida del comedor que había sido horrorosa, niños que le habían molestado en el recreo, los zapatos que eran muy duros, unos bolis que le habían desaparecido.

Desde el colegio hasta aparcar en el garaje todo habían sido quejas ante las que Salma apenas podía disimular la risa mientras que Martín había decidido desconectar tarareando alguna de esas canciones que se inventaba sobre la marcha. Hasta que citó en alguna estrofa a su hermana y su posible novio Manuel y la pelea había vuelto.

Entró en casa y de inmediato llamó a Carlos. Ya había tenido suficiente de niños por hoy. Siempre sucedía lo mismo. Se moría por verlos y a la media hora ya los vendería a precio de saldo.

Normalmente Carlos la recibía calurosamente. En ocasiones demasiado para su gusto. Por eso echó de menos alguno de sus abrazos o pellizcos en el trasero nada más entrar por la puerta.

_ ¿Qué haces, Carlos? – inquirió evidenciando su extrañeza.

_ Salma, ven un momento al despacho. Tenemos que hablar.

_ ¿Me vas a pedir el divorcio por fin? – bromeó Salma – Te quedas con los niños ¿no?

_ Ven porfa un momento – ni un ápice de broma en su marido.

_ Tenemos que cambiar de compañía de Internet y del teléfono – le soltó en cuanto se asomó al despacho con el bolso aún en el hombro.

_ A ver, Carlos. Tú te crees que estoy ahora para pensar en tarifas de Internet.

_ Es muy en serio, he estado hablando con Alberto. Me ha dicho que han descubierto unos problemas de seguridad en nuestra compañía – mintió Carlos con la versión que más creíble le parecía.

_ Pues me parece genial. Lo miramos cuando estén los críos en la cama ¿no crees?

Entonces sí, Carlos se acercó y la abrazó fuerte. Nada que ver con sus típicos y joviales acercamientos versión ritual de apareamiento. Salma sólo pudo detectar inseguridad y miedo. En lugar de reconfortarla, ese abrazo inesperado la puso en alerta.

_ ¿Qué pasa, Carlos? – preguntó Salma desde el hombro de su marido.

Capítulo IX

El cierzo, ese viento intenso criado con mimo entre Moncayo y Ebro, azotaba con fuerza sobre aquella presa. El efecto final multiplicaba el frío despertando temblores en el cuerpo de Diana. La jefa de la policía nacional de Logroño se había desplazado hasta el embalse de Laverné, en Ejea, en comisión de servicio.

Había sido requerida por su alto grado de cualificación formativa y por su desempeño. “Reconocimiento al mérito en investigación criminológica”, como rezaba uno de sus galardones guardados en el cajón. Y aunque esas particulares encomiendas, fuera de su labor ordinaria, suponían más trabajo, Diana accedía sin problema. Quizás para tapar huecos de su vida privada. Los mismos que ahora empezaba a cubrir con Alberto.

_ ¿Por qué no hundirlo para dejar que se convierta en un fósil? -Diana perdía la vista sobre unas aguas turquesa del embalse que se movían en absoluta sincronía dirigidas por el viento incesante. Diana incrustó su cuello dentro del nórdico y cerró más su gorro para cubrir cabeza y rostro.

_ Bueno, quizá las prisas… -replicó Roberto, el jefe de la policía judicial de la zona, levantando la voz para vencer al viento – No siempre te cargas a alguien de un disparo. Y puede tocar improvisar.

_ No creo – lo miró desconcertada Diana, sus intimidantes ojos negros atravesaron a aquel tipo rechoncho y completamente calvo que la acompañaba en todos sus movimientos -. No vienes hasta un lugar tan alejado del entorno de la víctima para tirarlo sin más a este embalse. O es un mensaje para alguien de aquí. O es un mensaje para alguien de ahí. Algo así como… “te puede pasar a ti”.

_Por lo que sabemos hasta ahora, Francisco Lamusa era un empresario ejemplar, sin enemigos conocidos ni problemas más allá de los propios de un empresario.

_Si no le encuentras enemigos, búscalos entre sus amigos -concluyó Diana mientras abandonaba la altura de la presa para ir revisando los accesos a la misma.

El cadáver ya había sido levantado por el forense y el juez. Su cuerpo estaba en estudio en esos momentos en Zaragoza. El asesino había ejecutado de un disparo a Francisco y lo había tirado al embalse. Diana se había empeñado en visitar de nuevo el lugar del crimen. O más bien el lugar donde había aparecido la víctima.

_Roberto ¿Dónde establecieron el cordón ayer, cuando apareció la víctima? – siguió dándole conversación Diana a su compañero.

_ Cerramos ahí adelante, en el único paso para vehículos antes del montículo que da acceso al embalse.

Diana se agachó entonces para ver, entre multitud de pisadas, unas huellas de neumático. Entre las tropecientas preguntas que había hecho ya a unos y a otros, recordaba que los gestores de la comunidad de riegos del embalse le habían indicado que la revisión de instalaciones y de la presa en sí se hacía los miércoles. Afortunadamente habían pasado cinco días sin que un vehículo ascendiera por aquella rampa de arena.

En un simple vistazo, Diana comprobó que la huella más visible de neumático se marcaba con gran amplitud sobre una zona húmeda por alguna lluvia reciente. El viento había secado rápido, pero la huella seguía ahí.

_Roberto, no entiendo mucho de motor. Pero esto parece una rueda de un gran coche ¿no? – Diana sabía que su duda, formulada con el tono adecuado, se convertía en un oportuno examen para lucimiento del policía judicial. Roberto se agachó de inmediato, todo lo que le permitió su barriga.

_ Esto tiene que ser de un vehículo grande. Con un neumático de 245 o parecido.

_ Tractor no, pero un gran todoterreno sí que será entonces – continuó ella buscando ampliar detalles aparentando completo desconocimiento.

_ Pues yo diría que sí. Además, creo que este dibujo es de un pirelli. Ruedas para bolsillos con mucho fondo.

_ Bueno, eso ya – guiño un ojo Diana a su compañero- lo contrastaremos oficialmente, Roberto.

Después de hacer fotos a las marcas, que ascendían hasta la cadena que cortaba el paso a la parte alta del embalse, Diana decidió que ya había visto bastante. Había echado un ojo a la zona desde la que habían sacado el cuerpo. En ese punto la policía científica se había empleado a fondo y no quedaba ni un solo resto que mereciera la pena rescatar.

_ Por aquí debió ser donde Cristo perdió la sandalia ¿no crees? – bromeó finalmente Diana, echando un vistazo en derredor conforme se acercaban al coche de la Guardia Civil. Hacia todos lados se extendía la planicie, apenas rota por una zona arbolada al noroeste y por la silueta de algún castillo derruido al sureste.

_ Por aquí sobran parajes donde perderse y donde encontrarse –afirmó enigmático Roberto. Diana sonrió con un deje de desconcierto.

Capítulo X

Mientras su jefa había salido de viaje para dar cobertura en el asesinato del empresario de Cádiz, Alberto aprovechaba sus recientes privilegios para entregarse a tareas administrativas en comisaría. Nadie sabía de lo suyo con Diana, pero sus amoríos le habían asegurado un poco más de tranquilidad. De la calle al despacho en unos asaltos en la cama.

Llevaba toda la mañana tirando de contactos. Y no había sido fácil conseguir colaboración de la Brigada Central de Investigación Tecnológica. Tenía que conseguir limitar el rastreo y el histórico del móvil de Carlos y de su red doméstica. Realmente no se trataba de implantar Pegasus ni de otros tipos de maniobras tecnológicas de espionaje. Tenía que conseguirlo por seguridad de su amigo.

La verdad es que estaba entre asustado y sorprendido. Se había planteado que todo pudiera ser una broma de Carlos. Pero un día después no le había llamado para decirle “madero, que estaba de coña”. Además, su amigo estaba francamente asustado.

Lo que habían visto no era normal. Un coche con alguien detrás cubierto por una manta que a las horas desaparece del Street view. Contactar con Google no era nada descabellado a esas alturas. Y si la cosa no se aclaraba de alguna extraordinaria manera en Google, tocaría investigar por otros lados.

La cuestión era tener pruebas o al menos indicios convincentes. El hecho de que no apareciera noticia alguna de desaparición o asesinato en Blind River enrarecía el asunto. Le quitaba más que credibilidad, sustancia. Hasta el punto de que cualquier superior al que le comentara el tema podría tomárselo a guasa. Y entonces él podía llegar a ser conocido como el sargento Google de por vida.

Alberto se estiró en su silla. Desde la punta de sus pies hasta sus manos tocando la pared a su espalda. Que Diana hubiera salido aquella mañana hacia Ejea tampoco le ayudaba. Porque, en el fondo estaba deseando hablar del tema con ella en persona. Pero el deber la llamaba. Porque a este lado del océano también ocurrían cosas siniestras.

Aquel pobre empresario… Francisco Lamusa. Traído desde Cádiz hasta Ejea sabe Dios por qué motivo. Quizás algún negocio salió mal y alguien decidió cobrar sus deudas y hundirlo en ese pequeño lago.

En ese momento la voz interior de Alberto propició el singular diálogo

que suele nacer desde la idea repentina: “*¿Cómo se llamaba ese otro lago? El del asesinato de Google Maps*”

_ Uauu, eres bueno, amigo – aseguró Alberto ya levantando la voz. Alberto sabía que nunca estaba de más premiarse a uno mismo, reconocer las pocas virtudes intelectuales y elevarlas alegremente al nivel de genialidad. En su mente se estaba abriendo un nuevo escenario y empezó a componerlo como un puzzle.

Alberto activó su teléfono móvil y rescató las capturas, fotos, audios, apuntes y demás que Carlos había ido guardando y que le había pasado por WhatsApp. El punto que señalaban las coordenadas dentro del coche de Blind River apuntaban finalmente a Wanapitei Lake.

Comprobó de nuevo que ambos lugares dentro de Ontario distaban sobre 200 kilómetros. No era lo mismo que las diferencias entre Zaragoza y Cádiz, pero era una distancia considerable. Suficiente para despistar y apartar el foco.

Wanapitei Lake era realmente un cráter relleno de agua. Dependía de la ciudad de Gran Sudbury. Y allí, en la zona de Sudbury sí que habían pasado cosas últimamente. Nuevas coincidencias que daban sentido a las coordenadas y a la idea de que el paquete detrás del coche fuera una víctima.

De inmediato tradujo una de las páginas que reportaban el suceso, con su cabecera indicando meridianamente: “Murder in Wanapitei Lake” El cadáver de Wanapitei era el de un tal Jacob Laporte, un prestigioso abogado de Toronto. El resto de información rescataba los detalles de ubicación y hora en el descubrimiento del cuerpo, sondeaba entre las sensaciones de desconcierto de la población, transmitía el pésame a familiares. Lo habitual en esos casos.

Descubiertos estos detalles escalofriantes. La cuestión, por otro lado, y realizando el viaje en sentido contrario, era que el asesinato de Lamusa parecía guardar similitudes con ese otro asunto tan lejano. Las coincidencias podían estar siendo alucinaciones, o simplemente lo de tirar víctimas al agua era tendencia entre los asesinos de medio mundo.

Capítulo XI

_ ¿No han vuelto a pedir un servicio los de la cámara, pisha? – preguntó jocoso Fernando a Marta, la administrativa de Taxidiz. El día anterior le tocó dar vueltas cómodamente por la zona. Al doble de la tarifa habitual, nada menos.

_ No me digas, Fer. Qué cosa más rara. Un pastizal por dar unas vueltas por la ciudad y alrededores con una camarita en el capó. Algo para una web turística, rollo Street View – La joven, perfectamente uniformada con camisa a rayas y el logo de Taxidiz miró a Fernando sonriendo entre su kit de auriculares y micro.

_ Bueno, si vuelven a llamar los del striviu ese me dices ¡eh! Eso sí que es un servicio urgente.

Marta levantó el dedo pulgar mientras daba los buenos días a una llamada entrante.

Fernando dejó la oficina, cogió su taxi y salió de la base con destino a la estación de autobuses. Hoy tocaba recoger viajeros de medio pelo, de esos que incluso se atreven a regatear por un mísero viaje.

Nada que ver con aquel servicio de película policíaca. Porque solo era dar vueltas por la ciudad, pero con pautas bien claras sobre horarios de paso por ciertos puntos.

De Cádiz a Puerto Real y El Puerto de Santa María. Con paradas en diferentes calles sin recoger a nadie. Solo grabando la ruta. Por un lado, le apetecía ponerse en verde para aprovechar el viaje y sacar aún más tajada al asunto. Pero con los horarios tan predefinidos de paso, las detenciones y demás, podía llegar a cagarla y decidió ceñirse a las pautas.

Capítulo XII

Conforme el médico forense al cargo de la autopsia de Francisco Lamusa se acercaba por el pasillo al encuentro con Diana y Roberto, a ella se le aparentó el mismísimo doctor Frankenstein. Un tipo que rondaría los dos metros, ligeramente encorvado por su propia constitución o por algún complejo trasladado a su movilidad.

Al llegar hasta ellos y estrecharles la mano, Diana no pudo dejar de pensar en lo que habría estado tocando recientemente.

_ Como dirían en CSI, lo de este asesinato ha sido un trabajo de profesionales – bromeó ligeramente el doctor Gutiérrez, transmitiendo en su ligera sonrisa una extraña amabilidad para las circunstancias.

Roberto, el policía judicial convertido en sombra de Diana desde que llegara por la mañana a Ejea no parecía tener mucho interés en intervenir, de momento.

_ Profesionales salvo por lo de dejar a su víctima visible en un pantano – apuntó Diana al hecho de que el cuerpo prácticamente se abandonara sobre el agua.

_ Quizás alguien los estaba viendo y huyeron rápidamente.

_ Hágame caso, doctor Gutiérrez. He estado ahí. Por el embalse de Laverné pasara una persona cada 300 siglos ¿no, Roberto?

_ ¿Quieren un café? – ofreció el doctor sin esperar la intervención del policía judicial. Asumió el sí también de Diana y se dirigió a una salita de aquel centro de autopsias de Zaragoza.

Mientras preparaba un descafeinado para Diana, tal como le acabó solicitando, y antes de proceder con el suyo y el de Roberto, empezó a darles la preciada información que esperaban de él.

_ La víctima llevaba muerta algunas horas antes de ser lanzada al agua. Normal cuando se trata de un disparo en la cabeza ¿no creen?

La exposición del doctor Gutiérrez parecía que iba a ser un tanto *sui generis*. Perdonable para quienes se tienen que enfrentar a un trabajo así.

_ Pero también se ha podido evidenciar que Francisco Lamusa permaneció en vida con alguna forma de sujeción que lo había dejado marcado en muñecas, piernas y cuello. – acercó el café a Diana - En sus uñas hemos encontrado restos de tejido, cuero de semianilina, típico de algunos coches.

_ Cuando se refiere a algunos coches, ¿quiere decir que podríamos establecer alguna marca?

_ Volvo – señaló Roberto- De neumáticos no sé tanto. Pero ese tipo de cuero me suena mucho del Volvo de mi cuñado. Rollo sintético.

_ Bueno, no del todo sintético, son materiales híbridos. De hecho suele ser cuero natural y capa de cuero pigmentado. No pretenda desmerecer las prestaciones del coche de su cuñado – apuntó de nuevo el doctor Gutiérrez.

_ Un cochazo para tipos profesionales -sintetizó Diana – Lo que puede venir siendo crimen organizado, mafias o sicarios de talonario.

_ Pues no me toca a mí sacar ese tipo de conclusiones – retomó la palabra el doctor ofreciendo su café a Roberto -. Pero si añadimos un arma con algún tipo de silenciador que atravesó el cráneo de la víctima con absoluta precisión. Todo apunta a que no se trató de un vecino de linde enfadado con su escopeta de caza.

En aquel momento Diana sintió la vibración de su móvil en el bolsillo. Lo sacó y comprobó que era Alberto.

_ Perdón, será un segundo -pese a las circunstancias, Diana sintió ese hormigueo que se le despertaba con él.

Desde que se divorciara hacía un par de años, Diana se había centrado en el trabajo con esa intensidad de la frustración reconducida. Formación y trabajo a fondo perdido para convertirse en una de las mejores policías de España. Y gracias a sus reconocimientos, recurso habitual de diferentes unidades de la policía nacional para muchas investigaciones criminales.

Pero ahora volvía a sentirse viva en su parcela más personal. Esa que había abandonado a su suerte en espera, precisamente, de algún nuevo y azaroso viento favorable.

Salió de la salita y atendió a Alberto.

_ Dime, Alberto

_ Diana, cuando vengas quiero hablar contigo. Hay un asunto del curro que me tiene mosqueado.

_ Ok, Alberto. En cuanto llegue te llamo y quedamos. No te preocupes. Hasta luego.

Diana cortó rápidamente, aunque parecía que la llamada quería dar pie a más detalle. De alguna forma agradeció que se tratara de algo estrictamente laboral. No era el momento para insinuaciones y chistes verdes. Miró su reloj, eran las ocho de la tarde. En cuanto terminara con el doctor Gutiérrez y con Roberto pediría un taxi para volver a


Logroño.

MARTES 12 DE MARZO

Capítulo XIII

La mañana del martes 12 de marzo, un taxi recorría las calles de Sydney sin un destino fijo. En su capó una cámara se ocupaba de grabar entre las amplias y pulcras avenidas, bajo un monorraíl atestado de gente disfrutando del aspecto futurista de la zona entre Darling Harbour, el casco histórico y el centro de la ciudad.

Michael Dunnigan llevaba apenas meses a los mandos de su taxi. Desde central pensaron en él para aquel servicio tan particular. Era un buen chico, metódico, buen conductor y de trato exquisito con los clientes. Toda una recompensa y un estímulo.

Y Michael disfrutaba de una mañana de apacible conducción por la ciudad. Se detenía en los puntos que se le indicaban en la ruta pregrabada en su controlador y mantenía una velocidad fija de veinte kilómetros por hora. Merecía la pena conducir así por lo bien pagado que estaba ese servicio.

En uno de los puntos marcados, en McRaes Avenue, frente a la casa del reputado juez McCarthy, aunque eso no lo podía saber un simple taxita, Michael comprobó que tenía que permanecer durante cinco minutos. Y decidió salir a fumar el que sería su último cigarro. Y no porque tuviera intención de dejar el tabaco.

Se trataba de una zona residencial al sur de la ciudad. Un lugar muy tranquilo donde Michael no podía ni soñar con comprarse una de esas casas con jardín que el soleado día se encargaba de transformar en lugar de ensueño. Viviendas nada ostentosas en espacio, pero muy estilosas en su estilo constructivo completamente dispar unas con otras, para no ser identificadas como simples adosados.

Mientras buscaba sus cigarrillos en la guantera observó al que debía ser el único vecino que aún no había salido a trabajar aquella mañana. En ese mismo momento había dejado el coche aparcado y se alejaba ligeramente de él no sin las cautelas propias de todo propietario de un gran vehículo como aquel, todo un Tesla.

Seguramente los destellos del sol radiante le impidieron descubrir a aquel tipo que Michael lo observaba mientras manejaba, desde el mando, alguna opción que transformó las lunas traseras tintadas en cristales normales.

Michael consideró normal que aquel tipo no tuviera un horario tan implacable como los demás vecinos que ya habían dejado sus casitas para ir a la mina. Quien tiene un Tesla X puede ir a trabajar cuando le

salga de las pelotas.

Aprovechando que su dueño se había marchado, Michael salió, encendió su cigarro y se acercó un poco más para echar un ojo. Y lo que encontró hizo que se le cayera su Winston del susto. En la parte trasera del coche parecía que una manta cubría a una persona. Pudo incluso escuchar un mortecino lamento. En el lado más próximo a la puerta izquierda, bajo la manta, asomaban unos brillantes zapatos con sus pies atados.

Michael corrió hacia el taxi dispuesto a comunicar su hallazgo. Pero apenas se disponía a abrir la puerta alguien llegó por detrás. En una simple y efectiva maniobra Michael se descubrió tumbado entre los asientos delanteros. Su atacante lo aferró con manos firmes. De inmediato cerró sus brazos sobre el cuello de Michael para aplicarle una llave durmiente cerrando su carótida. Ahora, el tipo del Tesla tenía no uno sino dos problemas.

Capítulo XIV

_ ¿Para qué iba un asesino a dejar a su víctima en un asiento trasero visible a todo el mundo? – afirmó Diana.

_ No sé, Diana – resopló Alberto ante la que ahora se había transformado en su jefa– Eso ya lo pensé desde el principio.

Los dos estaban en el despacho de Diana. La mejor opción para abordar el asunto que Alberto le quería transmitir. Uno a cada lado de la mesa para circunscribir los hechos a lo estrictamente profesional.

Porque nada más llegar Diana de Zaragoza el día anterior habían consensuado desde el primer beso que aquella noche sólo estaba para un reencuentro fogoso que los condujo al sueño de manera fulminante.

_ Nadie se dedica a raptar dejando semejantes evidencias. Eso es exponerse a que los detenga a la vuelta de la esquina.

_ Por ese lado todo esto parece una gilipollez – empezó a querer componer Alberto ese mismo absurdo en su fuero interno.

Diana bajó de nuevo la vista a los folios en los que Alberto había impreso las fotos del antes y el después en esa lejana ubicación de un pueblo con casitas en Canadá.

_ No sé, Alberto. Me da cierta pereza elevar esto – levantó los folios Diana como si se tratara de un juego de detectives de lo más pueril – Carlos es un friki de todo esto ¿no? Se pega horas jugando a ese juego que me enseñaste un día.

_ Geoguessr se llama el juego, sí. Y Carlos es el campeón de España de no sé qué año.

_ Bastante tengo ahora con lo del asesinato en Ejea. Como para meterme con esto de las fotos y las coordenadas.

No siempre era fácil desconectar de la parte emocional. Al menos para Alberto. Y mientras Diana recogía su melena oscura, estirando a la vez su cuello y perdiendo la vista sobre su cabeza, sintió ese cabalgar atropellado de la sangre. Estar enamorado se le hacía extraño a su edad. Conminándose a la contención, prosiguió con el tema.

_ Bueno, lo de las coordenadas, no obstante… No es solo cosa de Carlos – Alberto siguió con su exposición. Diana lo miró ya con su pelo recogido – Ayer comprobé la ubicación correspondiente en Google Maps. El sitio al que apuntaba la nota en el coche se llama… -recuperó uno de los folios con sus notas que tenía Diana en los

dominios de su mesa y deletreó con torpeza - Wanapitei Lake. Y buscando en periódicos de ese lugar descubrí que habían encontrado a un picapleitos en ese mismo lago.

_ Joder, el lago Wana lo qué sea y Ejea de los Caballeros – Apuntó Diana. Las coincidencias me abruman, bromeó por fin, con esa extraña comicidad que en ocasiones explota frente a lo más ominoso.

_ Sí, eso mismo pensé yo. Simples coincidencias ¿no?

_ Resumiendo, Alberto. Si atamos todo, quieres decir que alguien raptó al abogado en… - Diana fue la que recuperó los folios ahora para leer – Blind River y las coordenadas que se indicaban en el coche nos llevan al lago Wana lo que sea. Justo donde apareció un ahogado poco después

_ Tal cual, Diana. Solo que el ahogado había sido asesinado, según indica la prensa de la zona. A que ya no te parece tanta gilipollez… - Alberto disfrutó en su faceta más profesional. Parecía que Diana encontraba una nueva visión del caso de Google Maps. Y eso lo satisfacía. Estaba convenciendo tanto a su amada amiga como a su admirada jefa.

_ Pues ayer mismo te hubiera dicho que sí, que me parecía más bien una gilipollez, algún juego online de frikis del género negro – aseguró mirándolo firmemente Diana – Pero te voy a comentar unos detalles sobre el asesinato de Ejea que te van a parecer curiosillos – Diana se levantó como para ejercer de abogada ante su alegato final. Alberto la observó de arriba abajo con inevitable deleite, en su condición de correspondido enamorado de aquella mujer.

_Francisco Lamusa tenía restos de cuero de tapicería. No hebras del sintético del maletero, no, restos de tapicería. O sea que Francisco estuvo oculto en el asiento trasero del coche. Y esto une el traslado de Francisco Lamusa al embalse de Ejea con la supuesta llevanza de la víctima desde Blind River hasta el lago Wana no sé qué más. ¿Qué te parece?

_ Me parece que esto solo puede ser cosa del puto asesino de Google Maps – Alberto no sabía si reír o llorar. Comentando el asunto con su jefa y conectándolo todo de manera más oficial en un despacho de la base, el asunto tomaba visos de mayor realidad.

_ Hay que elevar todo esto cuanto antes, Alberto – terminó por decir Diana con un firme convencimiento trasladado hasta su ceño fruncido.

Capítulo XV

De alguna manera Carlos se arrepentía de haber puesto al corriente a Salma de sus inquietudes. En el creciente mundillo del GeoGuessr la gente se estaba poniendo cada vez más creativa. Y todo aquello podía ser parte de una nueva vertiente del juego.

Tras una nueva noche de guardia en la fábrica, Carlos había dormido sus 7 buenas horas, con la salvedad del tramo entre las 8 y las 8 y media, momento en que su casa se había convertido en zona de guerra por algún conflicto en los preparativos de los niños para ir al cole. María, la chica que actualmente les echaba una mano trataba de mantenerlos a raya. Pero en ocasiones le despertaba más ella con sus gritos que sus propios hijos.

Todavía en pijama, Carlos introdujo sus datos de acceso para una nueva sesión en el juego. En ocasiones coincidía con conocidos virtuales que el algoritmo se encargaba de ofrecer por proximidad. Ser del mismo país aseguraba mayores condiciones de igualdad en una buena partida de GeoGuessr.

Aunque aquella mañana Carlos pensaba más en buscar respuestas a sus dudas respecto al asesinato de Google Maps que en jugar partiditas de geolocalización.

Lo que tenía claro es que no navegaría más por esa zona de Blind River. Alberto le había dicho que iba a intentar limitar su rastreo. Pero volver al lugar virtual del crimen podía exponerlo demasiado al peligro. Si es que se trataba de algún peligro real.

El juego propuso a Carlos un par de posibles jugadores. Una de ellas era Estíbaliz, de Bilbao y otro Adrián, de Burgos. Recordó de inmediato a Estíbaliz y la seleccionó sin dudar.

Mientras la partida se iniciaba, Carlos empezó a chatear con ella.

_ Buenos días, Estíbaliz. Te quería pedir un favor.

_ Pues de dinero ando escasa ;)

_ Jeje. Se trata del juego en sí. Por si pudieras decirme si hay actualmente algún tipo nuevo de propuesta. O yo qué sé, algún bug declarado por los desarrolladores.

_ Tío, yo me dedico a jugar, no sé a qué te refieres. Si quieres info entra en GitHub, jeje

_Ya, es que estoy viendo cosas raras en Street View de un tiempo a esta parte…

_ Ah, bueno, pero eso no es un problema del juego ¿no te has enterado?

_ ¿De qué?

_ Han reportado algún problema en Google maps. Por lo visto les han hackeado el servicio de Street view. Algo sobre publicaciones de urls modificadas o algo así. Aunque en principio tenía fines artísticos. Algún gracioso se ha dedicado a vaciar las calles de Berlín de coches, una performance virtual.

En esos momentos una pequeña ventana, como de consola msdos emergió de la nada.

Y el cursor sobre ella empezó a escribir. El mensaje final dejó a Carlos al borde del infarto:

“No has visto nada. No has encontrado nada. Recuérdalo. Por tu bien y el de tu familia”

De inmediato Carlos se levantó, cogió su móvil y llamó a Salma.

Capítulo XVI

Salma conducía el Lexus del despacho hacia la sede de Würth en el área metropolitana de Logroño. Desde la multinacional habían solicitado expresamente sus servicios para una algún tipo de reclamación con implicaciones penales. Y hasta ahí podía saber porque los dirigentes de la empresa querían tratar el asunto en persona.

Peces gordos que atender en cualquier horario y con absoluta disponibilidad para moverse. No podía ser de otra manera.

Seguramente aquel martes no era el mejor día para incorporar a la cartera de clientes a un gran cliente. Pero así llegaban los casos importantes, de la manera más inesperada y en el momento más inoportuno.

Inoportuno porque Salma no se quitaba de la cabeza a Carlos. Ayer la había asustado con aquello de darse de baja de sus líneas telefónicas. Como en una puñetera película de suspense. Y aunque al final se había calmado y le había explicado un poco, todo aquello del descubrimiento de un posible muerto en un coche en sabe Dios que lugar de Canadá lo había dejado trastornado.

Salma había intentado relajarlo. Tanto rato perdiendo el tiempo con el jueguito ese de Street View lo tenía con los sesos fritos. Sin duda Carlos era un poco infantil. Y en ocasiones Salma pensaba que tenía tres hijos.

Pero a la vez, por algún insondable motivo, Salma lo amaba con una entrega a prueba de bombas. Carlos era detallista, un gran amante todavía a sus cincuenta y tres años, un estupendo padre en cuyas manos delegar la faceta de conexión más amable con los niños en sus juegos y tareas…

Salma tomó el desvío hacia el polígono El Sequero desde Agoncillo. Recordar a Carlos había acabado aliviándola del estrés ante la reunión que se le venía encima.

Al salir de la rotonda, cuando se disponía a coger la calle hacia la sede de Würth un operario le permitió el paso. Salma bajó la ventanilla y preguntó.

_¿Hay algún desvío o algo?

El tipo del chaleco la observó y le contestó en la distancia, mirando hacia algún otro coche que se aproximaba en la distancia en mismo

sentido.

_No, tranquila, aún puedes pasar.

Salma avanzó y por el retrovisor observó como el operario disponía de nuevo la valla delante de los carriles de entrada y salida.

“Menos mal” pensó, mirando el reloj del frontal del Lexus. Eran las cuatro menos cinco.

Poco más adelante una furgoneta se afanaba en alguna suerte de maniobra torpe que cortaba la circulación. Mitad desconfianza, mitad inquietud por llegar tarde a su cita, Salma se dispuso a maniobrar para tomar camino de vuelta.

En ese momento alguien salió corriendo detrás de la furgoneta. Salma lo vió y se asustó. Se apremió en su maniobra de vuelta. Al meter la marcha atrás aceleró apresuradamente y las ruedas chocaron con el bordillo.

Cuando se disponía a girar para escapar de ahí el tipo de la furgoneta ya había llegado a su altura. Sin más contemplaciones rompió la luna del coche con algo que llevaba en sus manos y se abalanzó dentro del Lexus.

Salma sintió un miedo incontrolable y aceleró mientras giraba al máximo para tratar de escapar. Pero el lateral delantero del Lexus se estampó con la valla metálica que cerraba una nave cercana.

Cuando aquel hombre se abalanzó sobre ella, Salma se defendió como pudo, atravesando con sus uñas la piel del brazo de su captor. Hasta que el mundo se fundió en un fondo oscuro.

En el salpicadero del coche su teléfono empezó a sonar. En la pantalla se leía Carlos.

MIÉRCOLES 13 DE MARZO

Capítulo XVII

Nunca me gustó la imagen preconcebida del hacker como un tipo oculto en su garaje o en algún trastero subterráneo. En mi caso además de hacker soy el Administrador del sistema. Y prefiero tener mi centro de operaciones en el salón de mi casa con vistas directas al Pacífico.

Así puedo salir al jardín y darme un chapuzón en mi piscina infinity para refrescar las ideas. Mientras, puedo perder la vista por la inapreciable vertiente desbordante de la piscina hasta el inmenso océano.

Pero aún no es primavera y por estos lares el calor no llega hasta bien entrado julio. Así que ahora mismo simplemente disfruto de un café calentito haciendo nada. *Il dolce far niente. Yo* solo, contemplando el inmenso azul.

Arriba, en mi cama, se ha quedado Kate. Siempre me ha gustado recordar el nombre de mis variables conquistas de un día para otro. Soy un romántico ¿verdad?

Es lo que nos queda, el amor. Todo lo demás es un crisol de vanidades, envidias y todo tipo de animadversiones. La condición humana es lo que tiene. Poco dejará de legado en este mundo. Cuando el ocaso llegue para todos.

Mientras tanto tenemos que seguir entregándonos al amor. Y es que me niego a ser rotundamente pesimista. Quizás podamos aún salvarnos. Amemos desde la simple electricidad de lo físico hasta esos salpicones de inmortalidad. Acertaste, me refiero al orgasmo.

A mí es que el amor me lo ha dado todo. Porque el odio y el amor son la misma cosa ¿sabes? Me amo tanto a mí mismo, amo tanto cada piel ajena que compro, que en ocasiones lloro de emoción.

Por eso, entre otros motivos menos relevantes, soy el Administrador del sistema, para que cualquiera pueda potenciar su amor. Por eso doy la oportunidad a tanta gente para que se libere de sus cadenas y pueda entregarse al amor que le quede después, vencidos los remordimientos y las culpas.

Porque… seamos sinceros, los demás no disfrutan viéndonos plenos de amor. Lo que tú quieres los demás anhelan destruirlo. Lo que tú construyes con paciencia y amor, mucho amor, otros querrán apropiárselo.

De ahí la idea de mi red. Y cada día más clientes satisfechos. Cada vez más volumen de negocio.

No cabe duda de que las ingentes cantidades de dinero deben tener su tapadera y su lavadora, según el caso. Porque no solo es cuestión de guardar los millones en paraísos fiscales. Algo siempre hay que dejar para cubrir gastos ordinarios.

Oficialmente soy un influencer. En mi caso uno de esos nuevos gurús de lo espiritual, el mejor de todos. El amor puede vencer, entrégate por completo al amor. El amor nos hace libres. Desde que Dios ya no es nadie, barra libre para la nueva espiritualidad. Esa espiritualidad que busca placebos para calmar la mala conciencia, la culpa y el pecado.

Mis videos son vistos por millones de seguidores. Mi buen dinero me costó despegar y conseguir una gran porción del nicho para los desalmados en busca de guías espirituales.

Pero mi negocio fundamental es otro. Soy el mantenedor de un entramado de networking muy especial. Tan solo hay que saber encontrar a quienes tengan un problema en sus negocios que les impida retomar el camino del amor y proponerles mi alternativa. Para ellos, la solución a sus problemas. Para mí un lucrativo juego.

La propuesta hay que trasladarla como si surgiera de encuentros enteramente casuales. A nadie le gusta que le investiguen para conocer de sus problemas. Pero la vida de grandes empresarios, abogados o hasta políticos deambula siempre por ahí en redes públicas, en la Deep o en la dark web, en sus IPs sin secretos para mí. Lo sé todo.

Tengo a mis colaboradores bien enseñados. Provocamos el encuentro pintándolo de casualidad y se ofrece la posibilidad de quitar de en medio a quien sea que nos odia tanto como para procurar nuestra infelicidad, para truncar nuestra autorrealización. Los primeros y necesarios escalones para el amor.

El competidor que te roba tu producto, el abogado que te destruye la vida, el juez que no acierta a ver la realidad tal y como es. Cualquiera de ellos son candidatos para acabar entrando en la cadena del networking.

Hoy por ti mañana por mí. Los clientes se encargan de mover el asesinato del socio solicitante. En cualquier otro momento uno de los socios hará lo mismo por ti. Los recursos corren de mi cuenta. Que para eso estoy en lo más alto de la pirámide, con alternativas para todos los problemas.

En cuanto al modus operandi, en ocasiones me parece un tanto

frívolo. Pero no deja de tener su gracia lo de exponer a las víctimas en Internet para todo el mundo. Antaño era la exhibición del delincuente en la picota, ahora, gracias a mi sistema, recurrimos al Street view. Todo el mundo podría ver al ajusticiado, si se diera la oportunidad. Aunque se trata más de la mera posibilidad, del morbo latente.

Porque cuando acaba ocurriendo siempre hay que tomar medidas. Tengo mis recelos cuando alguna IP que no sea de un cliente llega hasta la posición en el mapa dónde mostramos a las víctimas. Por eso rastreo todas las visitas a las urls solapadas en el Street view. Controlo las ubicaciones donde actuamos. Y Google no tiene ni idea de cómo le metemos mano.

Pero lo más ingenioso del método, mi método, el método del Administrador, es a la vez lo más frívolo y caprichoso. Nuestros clientes pueden ver en el Street view a sus víctimas antes de ser transportadas a algún otro punto lejano para ser finalmente ejecutadas y abandonadas. Y lo pueden hacer, pueden ver a quienes tantos problemas les causaron tan solo asomándose con el zoom a la ventana trasera de cualquiera de nuestros coches.

Ingenioso ¿no, crees? La entrega va con una notita, como las flores que se llevan a domicilio. Ahí ponemos las coordenadas donde nos vamos a deshacer del cuerpo.

Creativo ¿verdad? Pues todo eso es cosa mía. Antojos de hacker. Porque sí, además de Administrador del sistema me queda algo del joven hacker que fui. La vida como un juego, como ese juego actual basado en el Street view, el GeoGuessr.

Coches con lunas de tintado automatizado para que el cliente pueda ver el interior. Y que vuelven a la oscuridad cuando se termina la misión de la certificación para cliente. Sí, es mi *frivolité* más particular. Pero me encanta. Ya te digo que soy un romántico en todos los detalles.

Como siempre digo en mis videos, “el amor nos hace libres”.

Capítulo XVIII

La cosa había ido demasiado lejos. El secuestro de la mujer de Carlos el día anterior, evidenciaba que ahí pasaba algo muy grave. Y lo que era peor, lo podían haber evitado si hubieran actuado con mayor rapidez.

La búsqueda de Salma, en el contexto general de los hechos, suponía que Logroño pasaba a ser el epicentro de una investigación que aún no tenía muy claro su horizonte. La jefatura de la policía nacional era el nuevo punto 0 absoluto.

Diana tenía frente a ella a un desencajado Alberto tratando de mantener la compostura. Los dos se encontraban en la vía de servicio que conducía hasta el museo Würth, en Agoncillo.

Estaban a punto de entrar en la fábrica de embutidos contra cuya valla había chocado el Lexus de Salma. Pero el aviso en una artificial voz femenina, de una inminente llamada del director general de la policía retrasó la diligencia. Diana conocía de ese proceder de los jefes de alto rango dentro de la policía nacional. Sus llamadas siempre eran avisadas con anterioridad por alguna secretaria, no fuera que les desgastaran los dedos al marcar.

_ Buenos días, señor Alcácer – sonrió ligeramente Diana para transmitir en su voz el grado necesario de primera afabilidad.

_ Tenemos cabos sueltos todavía. Pero hay indicios suficientes como para considerar… - Cuando le cortó, Diana descubrió en el tono de voz del jefe supremo de la policía un cierto acento que no supo bien determinar.

_ No me cabe la menor duda. La Interpol puede que tenga ya antecedentes de algo similar – Diana ganaba en seguridad conforme hablaba.

_ Eso está controlado. No hay nada de ruido exterior. El marido de la secuestrada entiende de la conveniencia de una discreción absoluta. La pareja tiene dos hijos y hemos decidido ponerles protección veinticuatro horas a él y a los niños – en ese momento Diana miró a Alberto. Él había sido el primero en solicitarlo.

_ Claro, sin problema - Diana transmitió un pleno convencimiento en voz y en gestos.

_ Por cierto, señor Alcácer, ya me han informado de que se ha pensado en centralizar aquí el operativo, dadas las singularidades que

enlazan el secuestro de Salma con las primeras pistas del caso. Sepa que contamos con instalaciones e infraestructuras como para dar cobertura a la Interpol, si es necesario.

Una llamada breve pero eficiente. Pensó Diana tras despedirse y colgar. El director general de la policía sabía cómo moverse a la hora de desplegar un operativo como el que esa situación requería. Y eso la alegraba.

_ ¿Qué te ha dicho? – se atrevió a preguntar Alberto despojándose de cualquier atisbo de jerarquización. Le hablaba a Diana, no a su jefa.

_ Van a crear un operativo en Logroño – En primer lugar, para encontrar a Salma, pero también para buscar enlaces con Interpol – No sé qué tal estará Carlos, pero quizá necesitemos su colaboración para todo eso del Street view.

_ He hablado hace un momento con él – sin mediar palabra, Diana y Alberto se dirigieron a la entrada de la fábrica. El aroma de los embuchados los invadió como una corriente repentina – No está para colaborar ahora mismo. Pero seguro que querrá echar una mano, por su mujer y para ayudar a desentrañar todo esto.

La puerta de las oficinas se abrió antes de que llegaran. Un tipo de unos cuarenta y tantos los esperaba con cara de circunstancias. Sabía que iban a pasar por ahí por el asunto del choque del vehículo con la valla de su fábrica.

_ Buenos días, agentes. Soy David Clavijo, gerente de Delicias Pork. Tengo los videos de la cámara de seguridad preparados – intervino el anfitrión de la singular visita aportando la información diligentemente, como en un juicio. Ya sabía que la policía vendría a por los videos en cuanto tuvieran la autorización. El día anterior ya había estado con Alberto a pie del incidente.

_ Muchas gracias – respondió Diana atravesando el umbral aprovechando el paso franco que le ofrecía el tal David Clavijo. Le siguió Alberto y cerró la comitiva el gerente.

Subieron por una escalera que se presentaba al frente. En la primera planta unas oficinas con al menos dos empleados y amplios ventanales hacia la vía de servicio donde ocurrió el accidente.

_ ¿Ellos vieron algo? – señaló Diana cuando dejaban esa planta para ascender otro nivel.

_ No. Ellos trabajan de 8 a 3. Y yo directamente tampoco me enteré. Como verán ahora mi despacho está orientado hacia la planta. Oí el ruido, eso sí, pero cuando bajé para ver qué pasaba, la furgoneta ya se había llevado a la mujer.

_ Entiendo que eso es lo que se ve en los videos, una furgoneta que se marcha – siguió llevando la voz cantante Diana.

_ Sí. La verdad es que cuando lo ví me asusté. Pensé en un accidente, o un intento de robo. Pero lo que ví… Por eso llamé de inmediato a la policía. -David Clavijo accedió a su despacho. En ese momento ya no cedió el paso a sus invitados. Se dirigió rápidamente a su ordenador y preparó el video. Giró la pantalla hacia ellos. Diana y Alberto contemplaron sorprendidos el suceso.

La cámara parecía estar ubicada sobre uno de los pilares de la puerta. En su ángulo completo se observó el golpe del coche. Inmediatamente entró en escena un hombre a la carrera que se abalanzó sobre el coche y rompió la luna delantera. En segundos el tipo estaba dentro. Poco después salió de nuevo y se dirigió a la puerta del conductor.

La furgoneta llegó en ese momento y el asaltante aprovechó para cargar el cuerpo de Salma, inerte, por la puerta lateral.

_ ¿Se oyó algún disparo? – preguntó Diana aterrada pero firme en su voz. La cosa no apuntaba a asesinato porque se habían llevado a Salma. Más allá de los claros indicios de un rapto, no podía descartar nada.

_ No. Solo el impacto del vehículo contra la valla y la rotura del cristal del coche.

_ Está bien, señor Clavijo. Entiendo que estos videos no han salido de aquí – en ese momento extrajo la orden judicial para la retirada de las imágenes – Ruego nos facilite el disco o la unidad donde se almacenen los videos. Desde el lunes hasta ayer martes, si dispone de esa franja.

_ De acuerdo. ¿Qué tal está él? – se atrevió a preguntar el dueño de la fábrica mirando a Alberto. Los tres sabían que se refería a Carlos, el marido de Salma, que había llegado allí el día anterior un poco antes que la policía, descubriendo el coche accidentado. El propio David Clavijo lo había tratado de calmar cuando no dejaba de preguntar a gritos por su mujer. Hasta que llegó la policía a los pocos minutos.

_ Carlos está bien – respondió Alberto –. Es fuerte y sabe que vamos a encontrar a su mujer más pronto que tarde.

Capítulo XIX

No había podido dormir. Cuando le llamó el jefe desde SafeLand para abroncarle por no cubrir su turno, le explicó someramente. "*Lo siento, he tenido un imprevisto muy grave*", y colgó.

Repasaba frenéticamente los hechos del día anterior. Después del extraño aviso en su ordenador y la llamada no contestada, Carlos ya se había puesto en lo peor. La había ido a buscar al despacho. Había solicitado a unos amigos que recogieran a los niños. Había llamado a una compañera de Salma que finalmente le indicó sobre su reunión prevista en Würth.

Cuando contestó la llamada entrante de Alberto, Carlos estaba a punto de llegar al fatídico lugar del rapto de su mujer. Desde que descubrió el coche contra la valla de la fábrica sin rastro de su mujer, hasta que Alberto lo había intentado calmar ligeramente a pie de escena, habían pasado varios minutos en los que estuvo a punto de perder la cabeza. Ahora podía actuar con una extraña pero necesaria frialdad.

Alberto lo llamaba cada dos por tres. La investigación estaba en marcha. Le aseguraba que todo apuntaba a un rapto. Y que en esos casos la policía sabía perfectamente como actuar. Él no lo dudaba. Aunque su imaginación oscurecida se proyectaba a los peores escenarios. ¿hasta dónde estaban dispuestos a llegar sus captores?

El problema había sido él. Y los remordimientos lo estaban acercando a la desesperación como un horizonte muy accesible desde su forzada contención. Gracias a Dios había mantenido el tipo con Martín y Laura. Ambos se encontraban a salvo en casa de sus abuelos, con vigilancia especial, según le había asegurado Alberto.

Como causante del gran problema, Carlos necesitaba buscar una solución, un origen para esta siniestra situación que su cerebro parecía ser incapaz de procesar. Irrealidad absoluta, como de habitar un thriller extraño, un guion que lo ensombrecía todo.

Entró de nuevo en Geoguessr con otra cuenta secundaria y se metió en el chat más multitudinario que conocía. Tecleó de inmediato:

_ *¿Alguien sabe qué es lo que ha pasado con el Street view? Me han dicho que han hackeado a Google* – Carlos sabía que todo había empezado ahí, por descubrir cosas que no debía…

El silencio, un silencio extendido como esos segundos que pesan como losas. El primer cabo suelto que consideró Carlos era lo que le comentó Estíbaliz, una jugadora con la que estuvo ayer antes del

desquiciante mensaje y el rapto de Salma. Google Maps podía estar siendo hackeado.

Debía andar con pies de plomo. Cambiar de cuenta en el Geoguessr no era la más sofisticada de las medidas, pero podía servir para soslayar su rastreo. Del resto ya se estaba ocupando la policía.

Mientras miraba al teclado con sus manos sobre las sienes, sonó el aviso de un nuevo mensaje.

_*Hola, Frank* – intervino alguien en el chat apelando a su improvisado avatar - *Sí, deben andar mosqueados en Google. Lo de la firma para el cambio en las directrices de uso que nos llegó el mes pasado como nuevas condiciones para jugar era por eso. Sospechan de todos. Incluidos nosotros, unos pobres frikis jugadores.*

_ Madre mía. Es verdad, firmé algo en ese sentido –. comentó Carlos en voz queda mientras se preparaba a interactuar con ese alguien que se hacía llamar Cherokee. Recordaba haber firmado esas condiciones de manera automatizada, como quien da permiso a las cookies para adentrarse en tus valiosos datos.

_ *Ya. Lo recuerdo sí. Pero ¿Sabes cómo se diferencia una sección manipulada? Y ¿Cómo cojones consiguen hacerlo?*

_ *Ni idea. Yo creo que nunca me ha tocado una sección manipulada. O al menos no he sido consciente. Pero vamos no puede ser tan difícil. Google tiene su planning para ir sacando el coche a grabar las calles. Pero más allá del procesado posterior sobre lo grabado en esas salidas, no pueden estar encima de kilómetros y kilómetros de rutas todos los días.*

_ *Ok, gracias* – empezó a dar por cerrado el chat Carlos.

_ *De hecho, se sabe de casos en los que Google incluso permite cierta intervención sobre sus rutas grabadas.*

_ *¿Cómo?* – preguntó Carlos con una simple apelación para que Cherokee se explayara.

_ *Sí, hace poco un creador hizo una especie de performance virtual. Consiguió dejar algunas calles de Berlín vacías. Claro que el hackeo tenía una intención artística y Google se lo tomó a bien. Supongo que en esa búsqueda de la interacción de los usuarios para que el monstruo se retroalimente, esas intrusiones les parecerán interesantes.*

_ Sí, eso ya lo tengo oído – Carlos necesitaba algo más que un hackeo artístico -. Y claro, nosotros como usuarios no podemos diferenciar cuando estamos viendo una ruta real y cuando algo manipulado…

_ *Supongo* – apuntó Cherokee de inmediato -. *La cosa es que, si la intrusión de ese hacker no hubiera sido tan evidente, quizás hasta podía*

haber manipulado algo para algún otro fin. La gente le da mucho al coco para sacar tajada.

Alberto pensó que por ahí sí que podía ir la cosa. Visto lo visto lo de Blind River no era para tanto a nivel técnico. Unas horas en las que se cambia las imágenes. Un coche que aparece y después desaparece. Como las pelis en las que cambian las grabaciones de seguridad mientras se perpetúa el atraco…

Solo que… si se conoce alguno de los puntos manipulados y su tiempo de manipulación, quizás se pudiera rastrear alguna IP o algo de donde pudiera provenir la intrusión.

Carlos se sorprendía al mantener esa lucidez. No sabía cuánto le podía durar ese estado de alerta antes de desmoronarse del todo si no aparecía Salma…

Capítulo XX

Ha llegado el momento de que yo, como Administrador del sistema, empiece también a pasármelo bien. El juego por fin arranca y los diferentes usuarios entran en liza. La policía ha empezado a buscar pistas que los condujeran hasta mí. Curiosamente todo había empezado en España. Y ya me he ocupado de asaltar sus redes más privadas para acceder hasta el primer punto de investigación.

Una mujer a los mandos, Diana Silvera. ¿Podía ser más excitante el juego? La he buscado en redes y bases de datos y la chica es un bombón. Algo madurita para mí, pero la erótica del poder también tiene su magnetismo. Y su voz… su voz es cautivadora…

Mientras las pistas se van ofreciendo para dinamizar el juego, en mi puesto de operación en el salón de mi casa, voy repasando algunos de los contratos más recientes. Encargos diversos desde Estados Unidos hasta Australia; de Inglaterra a Colombia y hasta Francia. Clientes satisfechos en Argentina, Sudáfrica, China o España. Casi todos los contratos al corriente de pago. Salvo algún servicio pendiente al que tendré que buscar solución cuanto antes. No me gusta que me descuadren los balances.

Como para no pagarme, servicio eficiente y clientes temerosos, dispuestos a soltar la pasta e intentar pasar página. Pero eso es solo dinero. Mi modus vivendi. Lo importante llega a partir de ahora.

Noto un cálido beso en mi cuello. Un escalofrío eriza toda mi piel. Un atisbo de miedo. Pero solo es un beso. Salvo en el caso de Judas, nadie descubre a nadie con un beso.

Ha llegado Patricia por detrás y no me he dado cuenta. Estoy tan seguro de estar a salvo que relajo todos mis sentidos.

_ ¿Qué haces? ¿Trabajo?

_ Sí, bonita. Por aquí repasando unas cuentas. – Giro el cuello y la descubro mirando la pantalla con curiosidad. Sus preciosos ojos negros parecen moverse entre líneas. Nada que temer. Me entra la risa floja…

_ Eres una curiosilla ¡eh! – Me levanto, le devuelvo el beso, en este caso en la boca y me aprieto a ella aferrando mis manos a sus nalgas. La suavidad de sus braguitas me despierta esa sensación fetichista de amor loco que tanto me gusta. Por un momento pienso que Patricia podría ser la mujer, esa con la que detener la cuenta.

Hay quienes lo consiguen y no tengo nada en contra. Se puede amar solo a una persona, moral mediante. Pero por ahí asoma un punto de egoísmo, de propiedad privada. Ya lo sabían bien los hippies. Pero no solo ellos. Aún hay culturas remotas en las que el poliamor no es un invento *cool* sino una inveterada práctica endémica.

Patricia tampoco se anda con remilgos y en cuanto detecta sobre su pubis mi creciente amor hace hueco para su hábil mano derecha y empieza a masajear sobre mi pijama. Y yo, que soy un romántico, me podría deshacer ahí mismo si la dejo continuar.

Pero insisto que no soy nada egoísta. Si yo recibo amor, lo repercuto en su misma medida. Conduzco a Patricia como en un vals encendido hacia el cercano sofá, mientras desabrocho esa camisa mía que ella tomó para la ocasión.

La tiendo sobre el sofá. Ella pone carita de niña tímida. El contraste de sus piernas abiertas desdice esa fingida inocencia. Decido hacer hueco entre sus braguitas. Simularemos algo salvaje para esa niña tímida que desconoce lo que le espera.

Amor versión más lúdica. Con las emociones crecientes por la nueva fase del juego, amo a Patricia como si fuera la última vez, como si la *petit mort* fuera lo más cierto que me espera en cuanto mi ser fluya en un nuevo salto al abismo.

El amor nos hace libres. Patricia y yo vamos a liberarnos a fondo.

JUEVES 14 DE MARZO

Capítulo XXI

La jefatura superior de policía de Logroño se había transformado en un centro neurálgico de operaciones para cubrir el caso del asesino de Google Maps. El nombre creado oficiosamente entre Carlos y Alberto, parecía haber cuajado oficialmente.

En la segunda planta, en un amplio salón de actos, Diana estaba reunida con los encargados de distintas unidades de la Comisaría General de la Policía Judicial. Unidades de crimen organizado, investigación tecnológica, inteligencia criminal y hasta cooperación internacional.

Todos ellos estaban al corriente de la investigación desplegada desde el asesinato de Francisco Lamusa, su conexión con Canadá y con el rapto de Salma Tobajas. Diana pensó para sí, aligerando la carga del momento, que allí había más medallas que en las Olimpiadas.

Entre todos ellos intentaban poner más luz en una coordinación ya lanzada con policías de otros países, vía Interpol o a través de convenios. Interesaba en esos momentos, sobre todo, la información compartida con policía de Canadá sobre el asesinato de Jacob Laporte. Las siniestras coincidencias se seguían produciendo entre ese caso y el de Francisco Lamusa.

En aquellos momentos tomaba la voz Miguel Ceamanos, de la Unidad de Inteligencia Criminal, también conocido como Jefe Wiggum por sus coincidencias con el personaje de los Simpson, tanto en barriga como en el punto gangoso de su voz.

_ Desde Ontario nos han aclarado que, efectivamente, el tal Jacob Laporte tenía una segunda residencia en Blind River. Nosotros les hemos puesto al corriente del descubrimiento que apunta a esa ubicación como punto de partida del rapto antes de ser llevada la víctima al lago Wana… - Miguel Ceamanos revisó la documentación – Wanapitei. Por ahí solo nos queda esperar noticias, e ir aportando nuestras novedades conforme sepamos.

_ Hay cosas que me chirrían en todo esto – apuntó de inmediato Marisa Paje, la jefa de la Unidad de Investigación Tecnológica. Al contrario que en el caso de Miguel Ceamos alias Wiggum, Marisa tenía esa delgadez que parecía transmitir la severidad y autoridad de una profesora de colegio-

_Se han podido sacar conclusiones gracias a que se nos ha puesto todo en bandeja – prosiguió Marisa-. Un punto del Street view donde se

puede ver al tal Jacob recién raptado, y unas coordenadas para que sepamos que lo iban a tirar al lago Wanapitei– Diana se sorprendió al comprobar que la jefa de la Científica se hubiera aprendido el nombre tan rápido.

_ Bueno - se vio de alguna forma interpelada Diana. Su agraciada fisonomía se veía en aquellos días ensombrecida por unas pujantes ojeras –. Es que en el fondo puede haber un interés exhibicionista en todo esto.

Lo buscaban y lo han conseguido. Alguien los ha visto – Diana recordó a Carlos y las terribles consecuencias de su descubrimiento -. Que los casos de Jacob Laporte y Francisco Lamusa se hayan vinculado de manera tan deliberada no quita realidad al asunto. Y da qué pensar en otras posibles víctimas en cualesquiera otros países del mundo.

El hecho de que el asesinato de Blind River se haya podido ver en Google maps para un usuario como Carlos Lafarga ya constata ese extraño interés o gusto por la exhibición de los asesinos.

Pero que sea tan evidente no quiere decir que no sea una excepcional forma de asesinar. De momento todo es muy obvio, pero no tenemos ningún detenido para Lamusa. Ni tampoco lo tienen en Canadá para el tal Jacob Laporte.

_ Organizados y además arrogantes. La verdad es que pone los pelos de punta – apuntó el jefe Wiggum – El tal Carlos descubre al muerto en el asiento trasero de un coche en un pueblo perdido de Canadá. Los asesinos rastrean su IP hasta la puerta misma de su casa. En cosa de dos días son capaces de preparar el rapto de su mujer.

_Lo primero es lo primero. Tenemos que encontrar a Salma Tobajas. Pero la cosa puede tener algún componente sociopolítico. Una mafia criminal operando aquí y allá. La coincidencia puede conllevar algo más que se nos escapa – remató María Levadas en su condición de jefa de Cooperación Internacional.

_ No podemos descartar nada -admitió Diana- Ciertas pistas nos orientan a algún posible interés soterrado. Jacob Laporte era un importante abogado y Francisco Lamusa un notable empresario. Ambos fueron trasladados en los asientos traseros de coches de gama alta hasta sus respectivos lagos.

En el caso de Jacob lo atestiguan las imágenes de Google. En el caso de Francisco Lamusa todo apunta a ello. Las huellas del vehículo que lo llevó hasta el embalse…, los restos de un cuero de tapicería muy especial encontrados en el interior en sus uñas.

_ Además de las policías de todo el mundo, tendríamos que hablar con Google – añadió el jefe Wigun – Ellos tienen que saber qué está

pasando con su herramienta para visualizar las calles. O los están hackeando o tienen alguien dentro que colabora con estos grupos criminales.

_ Sin duda hay que pedir su colaboración. Pero de la manera más discreta posible. Por si tienen algún topo. Mientras buscamos a Salma, en paralelo podemos centrar el origen de todo en Cádiz. No podemos ir a Blind River, pero podemos hacer nuestras pesquisas aquí. Si no he entendido mal, para ser lo mismo que Jacob Laporte, alguien tuvo que grabar el rapto de Francisco Lamusa antes de ser asesinado – aportó Marisa Paje.

_ ¡O ambas cosas! – se sorprendió a sí misma Diana con su alto tono de voz – Podemos pedir a Google que analice algún hackeo reciente. Se lo ponemos más fácil. Acotamos a modificaciones de sus registros de Street view desde el rapto y hasta el día anterior al asesinato de Lamusa en Cádiz, seguramente a las puertas de la casa de Francisco Lamusa o saliendo de su trabajo. Y también deberíamos preguntar si alguien ha visto por ahí algún coche grabando, cerca del domicilio de Lamusa o de alguna otra vivienda que tenga.

Capítulo XXII

Desde la planta 42 de la madrileña Torre de cristal, Miguel Salaverri observaba las sombras del atardecer devorando la ciudad de este a oeste. Al fondo ya se veían luces en la zona del aeropuerto mientras que al oeste varias zonas próximas a los montes de El Pardo aún confiaban en la menguante luz natural.

Como la luz sobre la ciudad, las noticias sobre el caso de Francisco Lamusa también iban menguando. Miguel pensó en que somos ese plazo corto entre el duelo y el necesario regreso a la realidad. Incluida su amada y desaparecida Carolina. Cuánto echaba de menos a su mujer. Con más motivo tenía que olvidar a Francisco Lamusa, viejo amigo y socio sin escrúpulos.

Todos pasamos y el olvido es tan ingrato como podía ser el desinterés para el público en el caso del asesinato de Francisco Lamusa. Aunque Miguel estaba seguro de que la policía seguiría intentando encontrar pistas.

Frente a esa idea, el convencimiento firme de estar a salvo. Quienes mataran a Francisco Lamusa no le conocían a él de nada. Sicarios contratados por algún otro socio, dentro de la cadena de favores más inaccesible. Porque nadie sabía quién era quién.

Apartándose de la ventana, Miguel regresó a su ordenador con un atisbo de curiosidad malsana. Volvió al lugar de Street view que se le reportó en su momento. Coordenadas coincidentes con el domicilio de Francisco. Del elegante Volvo donde yacía Francisco no quedaba nada. Se había esfumado.

Quien quiera que se encargara de todo aquello era realmente un genio. Tan sólo cabía esperar que por ser genio no acabara cayendo en la excentricidad. La repentina idea le sentó fatal a Miguel, que notó su garganta cerrándose por uno segundos. Siempre estamos en manos de alguien y toca confiar…

Lo más curioso de todo era que, por mucho que lo obviara, Miguel sentía remordimientos por Francisco, mientras que no tenía el más mínimo pesar por un tipo que había fallecido gracias a su dinero. En algún otro lugar del mundo y casi a la vez que Francisco. Miguel se había encargado de pagar por el asesinato de ese pobre diablo. Seguramente alguien de la misma calaña que Francisco, empeñado en arruinar la vida de otros. Justicia paralela para malas personas.

En ese momento, una especie de consola tipo MSDOS había surgido,

como una ventana emergente, en su ordenador. Encargo DG2 pendiente de pago. Por favor, póngase al corriente para dar por cerrado el servicio realizado.

Miguel se asustó al leer en esa ventana que de inmediato desapareció. Había hablado con Frank y éste le había asegurado que la deuda había quedado saldada.

Miguel llamó a Frank, su socio en Panamá. Pero este no contestó. En Panamá serían en ese momento las 13 horas. Imposible que Frank no estuviera disponible.

El primer conato de miedo se transformó en pánico. ¿Y si Frank hubiera desaparecido con el dinero? 2 millones de dólares era una cantidad tentadora, suficiente para buscarse la vida para Frank. Siempre se había fiado de él para sus cuentas B, pero aquello era demasiada pasta.

Si Frank había desaparecido, Miguel tenía un gran problema. Mover semejante cantidad de dinero para saldar su deuda no iba a ser tarea fácil. Y no tenía forma de contactar con el Administrador para indicarle quién tenía la culpa de que el pago no se hubiera realizado.

Capítulo XXIII

Alberto pensaba que aquello era una locura. Pero no le quedaba otra que ayudar a Carlos en su búsqueda de Salma. De cualquier forma, él lo hacía como amigo. Y no estaba faltando a su desempeño como policía por apoyar a Carlos en eso del GeoGuessr para dar con su mujer.

Tenía más seguridad en la investigación oficial. La Interpol se estaba encargando de cerrar el círculo en torno a los asesinatos. Pero se debía a su amigo y sabía que al menos aquello lo mantenía ocupado.

_Si yo me encontré casualmente con el caso de Google Maps, otros jugadores como yo quizás hayan encontrado algo que case con el secuestro de Salma.

_ La desaparición de Salma, afortunadamente, no tiene nada que ver en su mecánica con los casos de Google Maps. Alguien tenía algo contra esos tipos, Francisco Lamusa y el tipo de Blind River. Nada que ver con Salma. Solo quieren asustarnos temporalmente. Luego quizá pidan un rescate y asunto cerrado.

Alberto esperaba que sus mensajes calaran en la imaginación desbocada de Carlos. No había conseguido sacarlo de casa para tomar aire. Le había ayudado con el permiso en su trabajo en SafeLand. La empresa había entendido la situación.

Pero Carlos seguía allí, aferrado al ordenador en el despacho de su mujer, persiguiendo fantasmas en el Street view, preguntando a jugadores de medio mundo, sondeando qué podía ser aquello de las imágenes intercaladas por algún hacker capaz de entrometerse en el mismísimo Google.

_ Pueden ser ellos. Puede ser el mismo Google quien esté en el ajo – afirmó Carlos mientras seguía esperando respuestas a sus comentarios en los chats.

_ Eso se está investigando por parte de las unidades especializadas de la policía, Carlos. Yo no estoy dentro del equipo, pero te aseguro que el movimiento que se ven en la jefatura actualmente no tendría nada que envidiar a cualquier investigación de lo más sofisticado.

_ Alberto – se dirigió a él Carlos. Su mirada vidriosa impresionaba. Entre sus ojos cansados se ramificaban multitud de vasos sanguíneos. Pequeñas venas que transformaban su globo ocular en un mapa de erráticas carreteras sanguinolentas – Si le ha pasado algo a Salma no me lo podré perdonar. Por mis hijos y por mí. Y si es así tendré que

pedirte un arma. Alguien tendrá que rendir cuentas.

_ Va a aparecer, Carlos. Estoy seguro de que la tienen escondida para tratar de asustarnos. Salma va a regresar sana y salva y todo volverá a la normalidad.

Los amigos se fundieron en un abrazo. Alberto trató de que sus palabras de confianza también calaran en él mismo. Porque se encontraban frente a un caso de magnitud insospechada. Tras consolar a su amigo hasta donde le fue posible, Alberto se marchó.

Cuando Carlos se quedó solo, sonó el aviso de un mensaje entrante como contestación a alguno de sus mensajes enviados a incontables chats. Un tal Admin 15464

_ No te preocupes, Carlos. Salma está bien.

Capítulo XXIV

_ Tenemos varios hilos de los que tirar – aseguró Diana cabalgando una fatiga considerable en la soledad de su despacho. En su reloj de sobremesa descubrió que eran las nueve de la noche de aquel jueves 14 de marzo.

Al teléfono tenía a don Pedro Alcácer, director general de la policía nacional. Ya podía decir que eran íntimos. Tras varios casos en los que Diana había colaborado con diferentes unidades, este asunto de Google Maps se llevaba la palma y desde la cúpula de la policía estaban contando con ella.

Diana se sentía como una interlocutora oficiosa para tener a don Pedro Alcácer al corriente de todo. Tras su puerta cerrada varios policías al teléfono o en conversación componían una estampa de inusual actividad para aquella jefatura de Logroño.

_ Por un lado hemos recabados expedientes de asesinatos recientes que cumplieran algunas similitudes observadas por características de las víctimas, por el modus operandi o vía autopsia – Diana comprobó entre esos expedientes sobre su mesa – Nos han llegado casos de Buenos Aires, Dublín, Sydney… Todos ellos de personalidades sobresalientes del mundo empresarial, de la política o de la justicia incluso.

_ Por supuesto – replicó Diana – Lo de Cádiz es prioridad absoluta. Ya tenemos a nuestra gente por ahí buscando cabos sueltos.

_ Lo cierto es que el caso de Sydney es el que más me ha extrañado. Ocurrió este martes – continuó Diana tras un nuevo silencio en espera de réplica de Pedro Alcácer –. Digo extraño porque en la misma puerta de la casa del juez desaparecido encontraron un taxi abandonado. Era el de un taxista del que también se denunció su desaparición el día siguiente.

La conversación se detuvo por unos segundos…

_Perdón, sí, sigo aquí – prosiguió Diana. Se había quedado pensando boquiabierta hasta que vocalizó sus ideas – ¡Lo hacen con taxis! ¡Contratan a taxis para que graben sus videos!... Ahora mismo reúno a todos. Tenemos que contactar con las empresas de taxis de Cádiz. Algo encontraremos.

"*Esa es mi chica*" repitió Diana para sí. Embargada por la excitación, había pasado por alto la última frase de don Pedro Alcácer. Le sonaba como si el jefe máximo de la policía le hubiera dado una palmadita en


el culo.

Capítulo XXV

Acababan de dejarla atada en aquel lugar. Por la puerta abierta se filtraban corrientes de aire que amenazaban con cerrar la puerta y sumirla de nuevo en la oscuridad. El recuerdo de sus hijos mantenía a Salma justo sobre el mínimo para no sucumbir al horror de lo incierto. Calculaba que llevaba ya dos días en manos de su raptor. Aquello del traslado se le antojaba como un último paso hacia lo que fuera que hubieran decidido hacer con ella.

Porque la cosa parecía ir a peor. En su anterior ubicación la había liberado de pies y manos. Incluso la había dejado sin venda. Pero la oscuridad de la estancia le impidió estimar el paso del tiempo. Sobre dos o tres días.

El temor por la muerte o la violación se atenuaba ligeramente cuando el captor desaparecía de su presencia. El tipo la acompañaba en algunas ocasiones, nunca hablaba. Se dedicaba a traerle algún bocadillo, agua y poco más. En aquellos momentos parecía como si la hubiera abandonado, llevaba mucho rato sin escuchar sus pasos, sin su tos de fondo.

El atardecer de ese segundo o tercer día fue llegando. Entre la luz menguante Salma aún divisaba la mesa con herramientas, las tuberías gruesas que salían por uno de los laterales de la caseta. Un armario de chapa entreabierto dejaba ver unas parpadeantes luces led.

La cadencia de aquellas luces donde perdía la vista en varias ocasiones acompasaba los segundos de su secuestro, como un macabro contador del tiempo que le podía quedar por vivir.

Sobre su cabeza el techo acompañaba la estructura de un tejado a dos aguas. Una construcción sencilla para controlar el agua de una piscina o un embalse. Salma no sabría diferenciar bien.

Le dolían las muñecas, afirmadas con fuerza con una rugosa cuerda a la gruesa tubería que también le servía de respaldo. Salma se levantaba en ocasiones ejercitando sus muslos. Sus pies atados no le daban mucho margen para desenvolverse más cómoda en busca de alguna forma de escapar de ahí.

Lloró desesperada cuando la noche llegó. Más allá de la puerta, que en la oscuridad gemía al son del viento como una bestia herida, podía atisbar remotas luces. Conforme la puerta se movía, entre las bisagras que realizaban su juego pesarosamente, las luces lejanas centellaban sobre el suelo. Quizás no estuviera tan lejos de la civilización.

Había pensado mucho en los motivos que la podían haber llevado hasta allí. En la oscuridad volvía de nuevo a la carga con sus asuntos pendientes, con los casos en los que había conseguido librar de la cárcel a unos y llevarlos directos a otros.

Un abogado siempre puede tener enemigos… Pero en el fondo de sus pensamientos también aparecía Carlos y su extraño comportamiento del otro día. No le había terminado de explicar cuáles eran sus miedos, qué era aquello de algún tipo de fallo de seguridad en su compañía de Internet.

Regresando imaginariamente a los brazos de Carlos, Salma entró en una duermevela. Su mente se rindió o buscó cualquier resquicio para alcanzar el necesario reposo, la huida onírica de esa situación para mantenerse cuerda.

VIERNES 15 DE MARZO

Capítulo XXVI

La policía había revuelto Roma con Santiago… y con Cádiz. Hasta allí había decidido ir Diana, acompañada por miembros de varias unidades de la policía, en un vuelo desde Bilbao.

Con tanto trajín, Diana echaba de menos sus encuentros con Alberto. Durante el trayecto había cerrado los ojos y en la duermevela se intercalaban recuerdos de sus encuentros en el piso de Alberto con trazas de la investigación en marcha.

El resto del viaje, como la media hora última, Marisa Paje, de la Unidad de Investigación Tecnológica se había acercado a ella para preguntarle acerca de aquello del GeoGuessr, el juego desde el que el marido de la desaparecida había descubierto el caso de Blind River.

Ya desde el aeropuerto de Cádiz, los tres descubrieron que les esperaba un sol a quince grados. Les pareció paradisíaco en comparación con las nieblas y los fríos de aquellos días en el norte de España. Marisa, Diana y Miguel Ceamanos "Wiggum" se desplazaron de inmediato hasta la sede de Taxidiz.

Allí les esperaba el gerente de la cooperativa de taxis, junto a Marta, una de las administrativas y Fer, como llamaron en todo momento al taxista que realizó el viaje con la cámara instalada en el coche.

La primera entrevista fue con el propio Fer. El estereotipo de taxista con barriga y mirada fugaz, como quien observa a ratos desde el otro lado del retrovisor.

_ Realizó esa ruta el lunes 11 de marzo. Según nos han indicado la misión era dar vueltas por la ciudad y detenerse en algunas ubicaciones concretas a unas horas determinadas.

_ Así es – Fer estaba nervioso. En parte porque la sobretarifa que cobró quizás lo ubicaba en alguna posición de ilegalidad. Decidió empezar todo lo escueto que su personalidad extrovertida le permitía.

_ ¿Puede ser que se detuviera en la calle Mar Caspio? Una zona residencial de El Puerto de Santa María.

_ Sí, claro, conozco la zona. También pasé por ahí, sí.

_ Adosados y algún que otro casoplón ¿no? – Diana sacó algunos papeles. Había impreso una foto con la ubicación exacta de la vivienda de Francisco Lamusa – Como por ejemplo esta.

_ Sí, allí mismo hice una de las paradas.

_ ¿Observó algo extraño en ese momento? Necesitaríamos que tratara de recordar algún detalle más – Diana analizaba las reacciones de Fer. Considerando lo ocurrido con el taxista de Sydney, desaparecido en el caso del tal MacCarthy, el juez australiano asesinado, el bueno de Fer había estado en franco riesgo sin saberlo.

_ Bueno, es una zona poco transitada – Fer se iba animando a charlar -. La típica urbanización de ricos que solo salen de sus piscinas para ir a comprar marisco – rió el taxista su propia broma.

_ Si la zona suele ser poco transitada y estuvo detenido algunos minutos, quizás pudo ver algo que le llamara la atención, algún coche de alta gama que le hubiera gustado cambiar por su taxi – intentó seguir en el tono de broma Diana. Quizás saliéndose demasiado de su posición. Junto a ella Marisa permanecía callada, pero Miguel Ceamanos, alias jefe Wiggum, quiso reconducir el tema.

_ Estamos buscando un vehículo de alta gama, un Volvo XC 90 o similar ¿conoce usted de marcas de coche?

_ Bueno, yo sé más de Seat o Volkswagen a lo sumo. Pero sí, puede ser que cerca de esa ubicación estuviera un Volvo de ese estilo. No podría decirles con exactitud.

_ Está bien. Remató finalmente Marisa Paje. Por favor, puede marcharse. Y si nos hace el favor de llamar a Marta, la administrativa…

El taxista salió de inmediato.

_ No hace falta forzar para que el taxista nos asegure lo que queremos oír. – apuntó Marisa- Está claro que no recuerda si había un Volvo frente a la casa de Lamusa o un Ferrari. La cuestión es que ya sabemos que estuvo ahí para que quedara grabado el rapto del empresario. – La cuestión ahora es conseguir que Marta nos diga quién cojones pagó por ese servicio.

Diana se quedó descolocada con el taco de Marisa. No la conocía, pero hasta ese momento su expresión había sido comedida, enteramente profesional. La confianza empezaba a dar pie a la camaradería entre ellos. Y eso le gustaba a Diana.

Marta entró dubitativa en la sala que la empresa había preparado para recibir a la policía. Rondaría los veinte años y un creciente rubor cubría sus mejillas.

_ Hola, Marta. Solo queríamos hacerte un par de preguntas. Estate completamente tranquila porque solo intentamos saber sobre ese misterioso servicio que os contrataron para salir a grabar por Cádiz.

_ A ver – empezó Marta sin atender a pregunta inicial alguna - Yo le

pregunté al jefe si podíamos sacar a grabar un taxi con una cámara. El cliente nos aseguró que era para una web turística y que durante el proceso de edición eliminarían imágenes privadas.

_ No te preocupes, Marta – intervino Marisa de nuevo, considerando que la chica ya estaba a la defensiva – No tienes por qué saber que, para grabaciones de ese tipo, hace falta un permiso. De hecho, estamos tan acostumbrados a que Google lo haga… Pero ¿quién encargó ese trabajo?

_ Llamaron de una empresa que se llamaba Digi imagen o algo así – la chica empezó a ponerse más y más roja.

_ ¿O algo así? – tomó Marisa sus propias palabras.

_ Sí, es que ya no sale.

_ ¿Dónde no sale?

_ En Internet. Cuando hicieron el pedido los busqué y tenían su web y tal. Pero ahora ya no los encuentro. Es muy raro. El señor que vino a montar las cámaras tenía hasta el logotipo de la empresa en su chaqueta.

_ Y entonces ¿cómo pagaron el servicio?

_ El que puso las cámaras pagó en metálico.

Capítulo XXVII

De buena mañana, Raúl Buil, el encargado de mantenimiento del embalse de Laverné, en Ejea, llegó hasta la caseta de control del embalse. Desde que el cuerpo de aquel tipo apareciera muerto, los protocolos habían cambiado. Y ahora tenía que dar una vuelta todos los días. Nada más ascender la rampa hacia el embalse, descubrió la puerta forzada y de inmediato pensó en un robo. Pero aún le quedaba otro susto mayor.

Dentro había una mujer atada a una de las tuberías, amordazada. De inmediato ella intentó gritar bajo su boca tapada.

_ ¿Qué está pasando aquí? -preguntó Raúl movido por su adrenalina, entre el miedo y la máxima alerta. Aquello era demasiado. Primero un ahogado y ahora esto. Segundos después reaccionó con mayor diligencia y se dispuso a retirar la mordaza a la mujer. Salma solo podía llorar, mientras balbuceaba explicaciones ininteligibles sobre su rapto y su encierro ahí durante toda la noche.

_ Me llamo Raúl y trabajo en la comunidad de riegos. No te asustes – El joven fue hasta una rudimentaria mesa para coger una tijera y cortar las cuerdas que ataban a la mujer.

Salma movió sus muñecas entumecidas en cuanto fue liberada. Con la respiración entrecortada rogó a su joven liberador que le dejara usar el móvil.

_ Primero voy a llamar a la policía. Creo que es lo mejor en su caso. Y no vamos a salir de aquí hasta que vengan – pese a la desconcertante situación, Raúl entendió que aquello guardaría alguna relación con el muerto del lunes y respirando hondo actuó como parecía más seguro para la mujer y para él.

Cuando hubo llamado, poniendo en alerta a la policía local para que acudieran hasta allí y actuaran como procediera, ofreció a Salma agua de su mochila. Ella bebió con ansia. No quiso el bocadillo que le ofreció el chico.

Salma permanecía en silencio. Mantenía sus reservas sobre las intenciones del joven. Lo miraba aún desconcertada, en una distancia prudencial. El miedo aún la gobernaba por completo. Le parecía haber oído una voz al otro lado en la llamada de Raúl. Porque en aquellos instantes sospechaba de todo y de todos.

¿Y si aquel tipo fuera uno de ellos? El shock había sido tan fuerte que le estaba costando liberarse del miedo.

_ No se preocupe. La policía ya estará saliendo -Raúl percibió el miedo de Salma y trató de transmitir confianza. Se trasladó hasta el otro lado de la pequeña caseta y se apoyó en la pared.

_ ¿Cómo ha acabado aquí? Estoy seguro de que la poli encontrará a quien le ha hecho esto. La pena es que todavía no se han puesto las cámaras nuevas que solicitamos desde el lunes, a raíz de…

Raúl pensó que estaba hablando demasiado. Recordar lo del muerto del lunes igual no era lo más conveniente con una persona en estado de shock. Quizás el muerto fuera su marido. Ese tipo de coincidencias nunca eran casualidades.

Pese a lo pesado de aquellos instantes, el tiempo pasó rápido y la policía llegó hasta allí en tiempo record. Y cuando llegaron no dejaron de llegar… policías, guardias civiles. Solo faltaban los GEOS, pensó Raúl.

Las atenciones de la policía, que ya conocían a Raúl como vecino del pueblo y empleado de la comunidad de riegos, se centraron en Salma. Ellos ya sí le facilitaron un móvil. Envuelta en lágrimas avisó a su marido de que estaba sana y salva.

Capítulo XXVIII

Había sido demasiado arriesgado. Lo de volver al lugar del crimen venía descartado en el capítulo I del primer curso para sicarios. Pero quien fuera que fuese el Administrador pagaba bien. Encargos a precio de magnicidio. Ni la cabeza del mismísimo Putin podría tener esos precios fuera de mercado.

Por suerte todo había salido bien. Había mantenido encerrada a la mujer los días que se le había solicitado. Después la había dejado en el mismo embalse de Laverné donde había echado a nadar, sin suerte, a Francisco Lamusa.

En aquellos momentos Besnik Ademi, sicario, y desde hacía unos días también secuestrador, se disponía a devolver el Volvo en el punto de entrega en la estación Delicias, Zaragoza. Se ceñía estrictamente a las pautas que iban llegando a su móvil. Directrices que llegaban directamente del Administrador en una especie de aplicación que emergía de repente cuando su pagador necesitaba indicarle algo.

El viento soplaba en aquella ciudad como si se tratara de una planicie en Júpiter. A Besnik le costó abrir la puerta del Volvo a las puertas del punto de entrega. Como si se tratara de un turista a punto de volver a casa, Besnik se acercó después a la ventanilla de EliteCar y dejó las llaves del coche.

El amable administrativo se mostró dialogante mientras tramitaba la recogida del coche.

_ ¿Qué tal ha ido, señor Fernández?

_ Muy bien – aseguró Besnik sin entrar en más detalles. El Administrador era un cachondo. Lo de Fernández con su acento balcánico resultaba absolutamente cómico.

_ ¿Qué es lo que más le ha gustado de nuestro coche? – El joven al otro lado de la ventanilla sonrió. Aquella pregunta parecía formulada desde algún requerimiento empresarial para con sus empleados.

_ Me parece genial lo de las lunas tintadas automáticas – contestó Besnik despacio, tratando de que su acento pareciera más algún tipo de problema fisiológico. Se agachó para ubicarse a la altura de la ventanilla, demasiado baja para su más de metro noventa. Con su mano derecha, de manera prácticamente mecánica, ocultó su cicatriz sobre el pómulo derecho. Marca de otras batallas.

_ Sí, verdad – respondió el joven sorprendido. Él espera que destacara

la navegación automática, el arranque o la comodidad del habitáculo del Volvo.

_ Por curiosidad… - se animó Besnik a proseguir con la conversación. Quizás fuera el momento de dar rienda suelta a alguna duda -. Trabajo para varios clientes en España. Y llega un momento en que uno no sabe ni quién le ha facilitado el transporte.

_ Uauu. Yo también querría que me pusieran un carro de 2.000 euros al día sin saber quién paga – bromeó el chico.

Besnik sacó su mejor mueca de complicidad.

_ Tiene sus ventajas, sí. La cuestión es que me gustaría devolver el favor al cliente. Ya no sé si fue cosa de Repsol o de Indra lo del pago. Si es una le tengo que invitar a una buena cena a mi amigo Rafael, si es la otra me tocará pagarle unos hoyos a Javier en el club de campo.

_ Pues ya no puedo decirle. Pagaron por adelantado 5 días, según consta aquí en la ficha. Por cierto, aún le queda uno si quiere terminar de aprovechar el alquiler.

_ ¿En metálico? Eso tiene que ser cosa de Javier -continuó dando pie a la conversación Besnik.

_ No creo que fuera en metálico, amigo. Si así fuera teníamos a Hacienda encima al día siguiente – se aventuró a decir el chico sin tener ni idea. Simplemente estaba disfrutando de la conversación con aquel tipo de acento extranjero y a todas luces rico de cojones.

_ Ya, entonces lo pagarían por tarjeta de crédito. Las famosas tarjetas black se mueven entre esa gente…

_ No sea duro con ellos – miró el joven a la pantalla – Fue una transferencia de la Western Union.

_ Ahhh – se hizo el sorprendido Besnik – entonces no hay problema, no tendremos a Hacienda encima, ni a la policía tampoco – guiñó un ojo al chaval, quien no pudo contener la risa.

Capítulo XXIX

Acababan de terminar el segundo asalto poco después de las once de la noche. Diana no podía sospechar que aún le quedaran fuerzas después de un día tan largo con viaje de ida y vuelta de Bilbao a Cádiz incluido.

También era cierto que la noticia de la liberación de Salma le había servido como estímulo positivo. Con todo, fue llegar a casa de Alberto y lanzarse el uno contra el otro con la violencia del desenfreno.

Era cuestión de necesidad. Todo su ser clamaba por esa liberación física que actualmente solo Alberto le podía procurar. Necesitaba estar con él para volver a confiar en lo humano, para hacer el amor y sentir que ese prójimo, al que tanto citaban las religiones, no estaba ahí para buscar el daño de los demás con animadversión de maldición bíblica.

_El amor nos salva, Alberto.

_Cada día me sorprendes más, Diana – Alberto se giró hacia ella hasta besar su cara. Un gesto instintivo que tampoco Alberto habría pensado hacer después del sexo -. Podía ser que el amor los salvara.

_Lo digo en serio, Alberto – Diana también se acercó al rostro de Alberto. Le gustaba perderse en sus fascinantes ojos azules. Siempre le había parecido que los ojos claros ofrecían un vistazo a ese resquicio donde se esconden ideas y pensamientos. En el caso de Alberto encontraba un remanso cristalino de amor azul.

_ ¿Por qué lo dices, jefa?

_ Fíjate lo que estamos viendo con todo esto de los asesinatos en diferentes lugares del mundo. Todo como orquestado por alguien, o por una mafia, que por momentos parece actuar con el único fin de la muerte como trofeo.

_ La verdad es que parece de película. El típico sicópata que va dejando pistas a la policía. Solo que aquí es de verdad y aún peor. Porque esto va salpicando de un lugar a otro.

_ Y no hay forma de dar con ellos, Alberto. No hay forma de saber quién o quiénes están matando bajo esas pautas. Matar, exhibir a la presa en Street View y después abandonarla en un lago o dónde sea en tantos otros asesinatos que pueden estar maquinando.

_ Bueno, a parte de ese gusto exhibicionista – retomó Alberto la palabra –, el método evidencia autosuficiencia, confianza. Y luego también está la cosa de la naturaleza de las víctimas. Todos son

personajes de relevancia social. Exhiben a sus víctimas como escarnio para ellas o para disfrute de algún tipo de vengador.

_Sí, también hay algo de eso. Y ahora mismo estamos buscando entre los mejores amigos de Francisco Lamusa para ver quién ha querido matarlo.

_ Querrás decir que estáis buscando entre sus enemigos.

_ Sí, Alberto. Es solo que, cuando alguien fallece parece que solo deja amigos en el mundo. A eso me refería – acarició Diana a Alberto sonriéndole con su brillo de constelación – Por cierto, hablando de amigos ¿Qué tal está Carlos? Menos mal que Salma está de vuelta sana y salva. Algo ha salido bien en todo esto.

_ Me llamó a media tarde. Ya estaban todos por casa juntos, los niños, Salma y él. Me dijo que quería estar conmigo mañana. Agradeció el trabajo que estábamos haciendo y me dijo que te diera todo su ánimo para atraparlos a todos.

_ No creo que Carlos tenga ánimo para hacer la guerra por su cuenta. Pero sospecho que él puede saber cosas que solo la policía debería saber sobre el asesino de Google Maps. Eso de que quiera estar contigo mañana, con su mujer recién liberada de un rapto, se me hace un poco raro. La aparición de Salma en Laverné le habrá hecho atar cabos entre su descubrimiento del asesinato del tal Jacob Laporte en Blind River y el de Francisco Lamusa en Ejea.

_ Sí. No sé qué pensar. Parece como si Carlos fuera parte de la trama de estos psicópatas. Bueno, todavía mantenemos su casa vigilada. Igual quiere hablar conmigo sobre eso. Me imagino que lo de la seguridad para él estos días debe tenerlo bastante obsesionado.

_La cosa es que no creo que corra ningún peligro, Alberto – Diana se levantó de la cama y anduvo desnuda hacia el baño. Su cuerpo ya no tenía secretos para él. O eso pensaba Diana. Porque Alberto la observó como si ocultara entre sus piernas el mayor de los tesoros – Han devuelto a Salma sana y salva sin pedir un rescate ni nada por el estilo.

_ Tienes razón – ratificó Alberto apartando su lívido – Nada de dinero ni recompensa. Solo la ostentación, la exhibición que ante comentábamos. ¡Hola! Soy el puto asesino de Google Maps y puedo hacer lo que me salga de las pelotas.

_¡Joder! No me alteres, ya tengo suficientes ganas de coger a ese cabrón -La voz de Diana provenía del baño, tras cuya puerta ya había desaparecido -. Por cierto, si conseguimos dar con pistas y poder detener a alguien, voy a pedirte que me eches una mano con interrogatorios y demás. Eres de plena confianza y sabes de qué va

todo esto a la perfección.

_Cuenta con ello, Diana – Todo lo que te haga falta.

El agua de la ducha empezó a correr. Alberto salió de la cama completamente desnudo con una mueca pícara. Una ducha compartida era el mejor de los planes.

SÁBADO 16 DE MARZO

SÁBADO 16 DE MARZO

Capítulo XXX

_ Deberías estar plenamente satisfecho con haber recuperado sana y salva a Salma. Cualquier otra persona daría esto por terminado como un desagradable recuerdo con final feliz– aseguró Alberto a Carlos.

_ Madero, quién sea que ha intentado joderme de una manera tan salvaje se ha convertido en mi enemigo. No es solo Salma. Hay muertos a las espaldas de ese cabrón. Además no puedo olvidar que tengo a Salma aquí de milagro. El asesino de Google Maps Se aburrió y decidió abandonarla en ese embalse de Ejea. Justo donde días antes apareció el empresario ese, Francisco Lamusa. No es para quedarme completamente satisfecho.

_ No es tu guerra, Carlos – continuó Alberto. Su amigo estaba cargado de razones. Pero no podía siquiera insinuar el peligro en el que podía incurrir. El asesino de Google Maps parecía como si quisiera que Carlos también participara en su búsqueda. De su descubrimiento del muerto en Blind River lo había dirigido al asesinato de Francisco Lamusa – Deja esto en manos de la policía y vuelve a disfrutar de tu familia.

_ He creado un grupo de Geoguessrs para intentar cazar al asesino de Google Maps – prosiguió Carlos en sus trece. Su metro noventa se encorvaba frente al ordenador del despacho de su mujer -. Y no pararemos hasta que lo consigamos. Por sus víctimas, por mis hijos y por Salma. Nadie puede salir seguro a la calle con ese hijo de puta libre.

Pero no te preocupes, los colaboradores del juego lo están tomando como una ramificación del propio juego. Todo lo que saben es una escenificación. Hasta he establecido un premio y todo para el que sepa ayudarme.

_ Carlos, no sabemos a qué nos enfrentamos. El asesino de Google Maps puede ser desde una organización mafiosa hasta un grupo elitista encargado de alguna misión solo para iluminados como ellos.

Lo único que tenemos claro es que no es un tipo que va por ahí matando gente sin ton ni son – Alberto ya hablaba de más. Pero se sentía en la necesidad de asustar a Carlos. O de intentarlo al menos - Y siento tener que decírtelo, Carlos. A ti ya te ha perdonado una vez.

_ ¿Me ha perdonado o me ha avisado, Alberto? Si se trata de una organización tan poderosa, podrían deshacerse de los polis que nos habéis puesto como seguridad en cualquier momento. Y después

asaltar mi casa y hacer lo que quieran con mi familia. Si lo que pretendes es que me quede escondido como una rata esperando no ser pisoteado, te equivocas.

Tengo a esos polis ahí fuera por seguridad. No estoy libre de que algo más pueda pasarles a mis hijos o a Salma – Los ojos de Carlos empezaban a inundarse entre la desesperación y la rabia – No estoy seguro. Tú puedes estar conmigo o quitarte del medio, como quieras.

_ ¿Qué es eso del grupo de Geoguessrs? – preguntó sin más Alberto. Se sobreentendía que se ponía de su lado sin más pegas.

_ Usuarios del juego a los que les he contado lo de mi descubrimiento de Blind River.

_ Empezamos mal, amigo. Eso es una investigación policial.

_ Te equivocas, madero. Al asesino de Google Maps lo descubrí yo. Entre usuarios del juego comentamos particularidades del juego. Y son ya muchos los que están entrando a mi grupo para esta nueva versión del Geoguessr.

_ ¡Tío! ¿Qué estás haciendo? No puedes ir por ahí comentando con otros frikis como…

_ Como yo – completó la frase Carlos mientras seguía accediendo al juego- Ninguno de estos sabe qué cojones es Blind River. He construido una ficción sobre la realidad. Desde ahí jugamos. Esa es la propuesta.

_ Pero pueden atar cabos fácilmente con la realidad.

_ Y eso nos convertiría a todos los de grupo en investigadores de primera mano.

_ No, no puedes, no podéis – Carlos estaba aterrorizado. Se sentía entre la espada y la pared.

_ ¡Querido amigo madero! – sonrió por fin Carlos con una mueca de inquietante frialdad – Creo que esto es un juego para todos, incluido el asesino de Google Maps. Si no ¿Por qué Salma está viva? Nos ha invitado a jugar y eso es lo que vamos a hacer.

“No te preocupes, Carlos. Salma está bien” – evocó Carlos de memoria – Aún no le había comentado a Alberto lo del mensaje en el chat del tal Admin 15464 – Presiento que él está ahí, entre los usuarios de Geoguessr, espiándome a cobijo de algún proxy remoto.

_ No sé si el asesino de Google Maps estará para juegos – aseguró Alberto -. Pero bueno, espero no tener que verme forzado a hablar de esto a mis superiores.

En esos momentos Salma entró en el despacho.

_He recordado algo – pese a su notorio desgaste, Salma se introdujo en la sala con energías renovadas – Sobre el momento del rapto – Salma se acercó a ellos acariciándose la muñeca izquierda, aún dolorida -. Cuando la policía me preguntó en busca de pistas estaba muy ofuscada. Lo he recordado esta mañana entre sueños. El tipo que me atacó tenía una cicatriz bajo en su pómulo derecho.

_ Ufff, madero – se sorprendió Carlos levantándose para ir a abrazar a Salma. Cuando la tuvo entre sus brazos continuó su frase para Alberto, con una incipiente lágrima escapándose hacia su mejilla – Eso sí que se lo tienes que trasladar a tus superiores.

Capítulo XXXI

Solicitar una entrevista con algún directivo de Google España era como pedir una cita con el Papa. Daba igual que fueras la policía. Solo faltó que los remitieran al foro especializado de Internet en busca de respuestas antes de asumir que les tocaba atender a la pasma. Eso sí, finalmente la Directora General había accedido a quedar ese mismo sábado dada la urgencia marcada por la policía al máximo nivel.

_Nos están haciendo un favor al recibirnos el sábado – comentó Marisa a Diana antes de entrar en la torre Picasso, en el corazón de Madrid –. Lo de recibirnos en fin de semana cambia nuestra posición. De reclamarles su intervención, a que ellos accedan a atendernos excepcionalmente.

_Lo pillo -aseguró Diana-. Pero aún así vamos a exprimirles bien para que nos digan qué puede estar pasando.

Una vez dentro del rascacielos, ascendieron hasta la planta 36. Amancio Ortega, propietario del rascacielos, alquilaba 5 plantas a Google para que sus cientos de empleados tuvieran ahí el aparente paraíso laboral que tanto se exportaba a los pobres currelas de 8 a 3.

Diana y Marisa asistieron a la cita, ya sin el jefe Wiggum, que tenía planes para el finde. Marisa, como coordinadora de la Unidad de Investigación Tecnológica ya había estado por ahí en otras visitas.

En esa ocasión le tocó a Diana quedarse fascinada por la singularidad de los espacios, cafeterías con vistas, salas de juegos, biblioteca, cabinas, comedores… Lo de trabajo era algo prácticamente camuflado entre tantos servicios. Aquello tendría su truco y al final irían todos apretados por objetivos en sus proyectos.

Después de atravesar varios de esos espacios conducidas por una recepcionista, La joven llamó a una puerta al fondo de un pasillo flanqueado por zonas administrativas acristaladas. Accedieron a un despacho nada ostentoso con vistas a la sierra tras el amplio ventanal.

Su anfitriona se presentó como Lucía Soldevilla, directora de Google España. Conforme Diana y Marisa correspondía en sus presentaciones, Lucía las invitó a sentarse al otro lado del escritorio donde ella se dispuso a presidir la reunión.

_Bueno, pues soy todo oídos. ¿Qué es eso tan urgente que quería trasladarnos la policía? – Lucía cruzo sus manos sobre la mesa del escritorio.

_ Algo está pasando con el Street view – Marisa comenzó el asalto. Si Lucía esperaba una petición de perdón por atracarla un sábado, lo tenía claro-. Hemos encontrado rutas que han podido ser hackeadas.

_ ¿Hablamos de hackeos con total seguridad o queremos decir colaboraciones? Actualmente el servicio de Google para la geolocalización también se nutre de participaciones de particulares. Digamos que Street View ya tiene diferentes fuentes.

_ No tiene que ver con fotos que alguien sube a su cuenta de Google para compartir con otros usuarios según su ubicación. Esto es algo más complejo.

_Ejemplos. ¿Podemos concretar? – simplificó Lucía. Ella sabía que se habían detectado algunos hackeos que habían obligado a retocar condiciones generales de uso en varias plataformas. Todo en busca de detener a los intrusos.

Diana estuvo a punto de intervenir, aclarándole a Lucía que había “ejemplos” en diferentes partes del mundo. Pero subir a ese nivel internacional no convenía en ese momento.

_ Pues, por ejemplo – siguió Marisa – sería preciso comprobar alguna anomalía el domingo 10 de marzo entre las 10 y las 12 de la mañana. Entre Cádiz, Puerto Real y Puerto de Santa María.

_ Bien – Lucia Soldevilla se levantó de su sillón – vamos a ver qué podemos encontrar con algún técnico. Síganme.

Marisa y Diana se levantaron simultáneamente. Parecía que Lucía no esperaba ese grado de precisión.

Se movieron por la planta 36 con laberíntico deambular. Hasta llegar a una gran sala donde unos pocos trabajadores se ubican en una especie de puestos de operación, semejantes a los de un centro de operación de la policía.

Cuando observó que las tres se acercaban a él, Marcos se puso tenso como el soldado a la llegada del General. Él ocupaba uno de los puestos de control de Stret View. Sus tres monitores ofrecían diversas composiciones entre sinópticos y rejillas.

_ Buenos días, Marcos.

Pese a lo aparentemente casual de su llegada, Diana consideró curioso que Lucía conociera al joven ingeniero de apariencia desaliñada, profusa barba negra y prominentes entradas prematuras. Aquello parecía pactado de antemano. Era difícil que un director general conociera a un empleado raso

_ Desde policía nacional necesitan saber si ha podido haber alguna

intrusión en el sistema de Street View.

_ Bueno, ya sabrán que las herramientas de Street View cada vez son más compartidas con el usuario. Con una cuenta en Google cualquiera es capaz de complementar las vistas con sus fotos, de añadir reseñas – Aún no se había interesado por la información solicitada y el tal Marcos hablaba como en un anuncio publicitario mientras Lucía afirmaba a su lado.

_ Me parece perfecto – cortó Marisa. Parecía que ella también compartía esa sensación de Diana. Todo aquello estaba preparado – Necesitaríamos saber si pudo haber un hackeo en la visualización de rutas en la zona de Cádiz con Puerto Real y Puerto de Santa María. Entre las 10 y las 12.

Seguramente habrá registros de los accesos de usuarios o algo que pueda determinar picos de uso en una zona tan turística y consultada. O, mejor todavía, quizás se pudiera comprobar qué tipos de vistas se ofrecieron en esa zona durante esas horas.

Marcos miró a Lucía con cara de perrillo en espera de instrucciones.

_ Claro, Marcos. Podemos mirar los logs de esas visitas en ese día y a esas horas. Comparado con otros días de jornadas similares.

El operador intervino de inmediato. Después de acceder al directorio oportuno y maniobrar hábilmente entre ficheros, importando registros y trasladándolos a gráficos, dispuso en cuestión de segundos un par de tablas comparativas en dos de sus monitores.

Miró con extrañeza los gráficos. Y trató de explicar lo que veía como el médico frente a una ininteligible radiografía.

_Hay un punto valle de accesos muy marcado justo en ese tramo horario para las zonas comentadas. Al menos en comparación con el mismo día de la semana anterior.

_ Y tan valle - se animó a cumplimentar Marisa, más acostumbrada a aquellas lides técnicas -. Por lo que se puede interpretar de una tabla y otra, en la del día 10 de marzo, la línea se desploma hasta el 0 en el eje horizontal.

Desde una cierta distancia, Diana pudo comprobar que la línea entre ejes descendía y desaparecía en X. Acercándose un poco más descubrió en ese mismo eje de abscisas las marcas entre 10h y 12h con el desplome de la línea entre ellas.

El gesto de Lucía cambió de repente. Ni un ápice de esa soberbia con la que trataba de ocupar posición dominante en aquella reunión extraordinaria.

_ ¿Puede ser que alguien sea capaz de ofrecer acceso al servicio de Street View en paralelo sin que Google se dé cuenta? – Marisa aprovechó la indudable sorpresa para poner en tela de juicio la seguridad de la herramienta.

_ ¿No hubo quejas de usuarios por no poder acceder a Google Maps ese día y en esas horas? – se animó También Diana.

_ No, en absoluto. Habría conocido del asunto – continuó Lucía. Y ahora sí que no mentía. Ella sabía de otro tipo de hackeos. No de algo tan sofisticado como aquello.

_ Entonces no es sólo que alguien haya sido capaz de insertar sus propias rutas – añadió Marisa controlando una mezcla de desconcierto por la magnitud del hackeo, y la más inconfesable satisfacción por haber descolocado a Lucía -. Lo que consiguió es tomar el control absoluto del Street View en esa zona. Su herramienta pudo estar en manos ajenas durante al menos dos horas.

_ Tendremos que elevar esta incidencia a otros departamentos técnicos – Lo que Lucía verdaderamente estaba pensando en ese momento era en llamar al mismísimo George Sanders, el director ejecutivo a nivel mundial.

_ Una cosa más… - se animó a romper el silencio de nuevo Diana con una aparentemente peregrina pero sugerente idea - ¿Se podría rastrear búsquedas de un punto exacto?

O sea…, la gente entra en el buscador y pone una dirección para planificar una ruta. Pero si les damos unas coordenadas X e Y, ¿Se podría localizar quién, o al menos desde qué IP se buscaron esas coordenadas?

DOMINGO 17 DE MARZO

Capítulo XXXII

Que Pedro Alcácer, el Director General de la Policía Nacional se trasladara hasta la jefatura de Logroño, punto 0 para el caso del asesino de Google Maps, evidenciaba el alcance del asunto.

Diana esperaba a las 9 en la gran sala central donde se concitaban con los encargados de las diferentes unidades de la policía. Estaba ansiosa por conocer en persona al mandamás de la policía nacional. Mitad orgullo por encabezar ante él esa investigación, mitad por pura ansia por ponerle al corriente de tanta información con la que intentar cerrar ese caso en el que ya llevaban una semana.

La investigación avanzaba y diferentes operativos estaban ya en marcha, apuntando a pistas muy fiables. Gracias a su reunión con Google, habían podido localizar la ubicación de una búsqueda de unas coordenadas dentro del espacio del embalse de Laverné.

Alguien en Madrid, en la torre de cristal, había hecho una búsqueda de ese punto. Atando cabos habían localizado la sede del grupo que dirigía Miguel Salaverri, con quien Francisco Lamusa había tenido unas intensas disputas judiciales.

Por otro lado la detención del hombre de la cicatriz que había secuestrado a Salma podía ser bastante fácil, si no había salido del país. El tipo podía tener ficha en alguna base de datos policial de España, o de cualquier otro país a tenor de la intensa colaboración que se venía desarrollando.

Así que tenían mucho sobre lo que poner al corriente al jefe. El tal Alcácer infundía un respeto que ya se detectaba antes incluso de su llegada. Pese al trajín de la investigación y el cada vez más menguante espacio de la jefatura de Logroño, se había conseguido recuperar un orden en espera de su llegada.

Sobre la mesa la documentación ordenada facilitaba una rápida visualización de asuntos dentro del caso. Para la intervención y puesta al día del jefe se había establecido una especie de cronología.

La información del asesinato de Francisco Lamusa en un bloque inicial. Los detalles del vehículo en el que pudo ser transportado. Las consideraciones del particular modus operandi del asesino que exhibía a sus víctimas en internet. El enigma de las coordenadas ofrecidas en cada caso para determinar el punto exacto donde aparecían las víctimas…

Otro bloque con los datos sobre el secuestro de Salma. La reciente y

oportunísima información recordada por Salma, sobre detalles fisionómicos del secuestrador. La coincidencia de su lugar de rescate con el punto de encuentro del cuerpo de Lamusa…

El siguiente bloque, más técnico, del que se encargaría Marisa Paje, disponía de la información acerca del alcance digital del caso. Desde los primeros reportes que incluían las capturas de Carlos, el marido de Salma, hasta el informe de Google respecto al hackeo de sus servicios de visualización cartográfica. Contemplando también la red GeoGuessr como otra fuente de donde tirar en la investigación…

El último bloque compendiaba otros casos con modus operandi compartido del asesino de Google Maps. Víctimas en lugares tan remotos como Buenos Aires, Dublín o Sydney. En esta última ciudad el asunto del taxista desaparecido todavía tenía sus flecos porque la policía australiana no estaba del todo receptiva.

A las nueve y veinte la puerta de la sala se reuniones se abrió. Alguien franqueó el paso y Pedro Alcácer atravesó el umbral sin levantar sus manos de su gorra de plato de máximo dirigente.

_ Buenos días, señores – su voz reverberó como una tormenta en aquella sala con vistas a unos lejanos montes, cubiertos de nubes, más allá de la logroñesa zona de PradoViejo. Se fue acercando uno a uno a todos los presentes, que le esperaban prácticamente apostados contra la pared.

Cuando llegó el turno de Diana, el director general quiso dirigirle unas palabras.

_ Doña Diana Silvera – se mostró afable con la jefa de la comisaría-. He oído hablar mucho de usted. Me encanta como trabaja y esperemos que, contando con usted, podamos resolver este caso cuanto antes.

Diana estrechó su mano sin apenas fuerzas y sin decir palabra. Su rostro había pasado a un preocupante blanco nuclear.

_ Está usted bien – Pedro Alcácer detectó de inmediato el anómalo comportamiento de Diana.

_Nos han engañado – en ese momento Diana intentó dar explicaciones sobreponiéndose a una creciente sensación de mareo –. Alguien ha estado suplantando su identidad. El jueves estuve hablando con usted. Incluso el día del secuestro de Salma también recibí su llamada. Pero no era su voz.

Tras poder explicarse someramente, Diana perdió la luz. El propio director general evitó su caída al suelo.

Capitulo XXXIII

Demasiado tiempo libre y demasiados problemas. Por más que lo había intentado, no cabía el arrepentimiento sobre la muerte de Francisco Lamusa que otro había procurado a su cuenta. Pero ahí estaba la culpa. Desde su atalaya de cristal hecha rascacielos en Madrid, Miguel Salaverri se asomaba al abismo de los recuerdos con Madrid apenas despertando al nuevo día.

Su viejo amigo Francisco. Los negocios los habían alejado. Había sido un amigo infiel, el peor. No había tenido miramientos a la hora de atacar a su empresa. Y sin embargo evocaba en esos momentos otros días compartidos. Los dos amigos juntos de crucero. Con ellos sus mujeres: Carolina y Sara.

Bailes al son del Mediterráneo y confidencias maritales entre risas a bordo de aquel barco. Planes de futuro compartidos, deseos de prosperidad. El mundo envilece y los buenos deseos pueden convertirse en rencores insuperables.

Cuánto estaría sufriendo Sara la ausencia de Francisco. En algún momento Miguel pensó en la parte de venganza que se había cobrado con ella, trasladándole una maldad que ahora no reconocía como suya. Él cáncer se había llevado a Carolina. Otro tipo de cáncer, el del odio transmutado desde la amistad, lo había llevado en pensar en la doble venganza. Sobre su amigo y sobre Sara.

Que el encargo paralelo, aquel pago para matar al enemigo de otro, hubiera quedado impagado ya no era motivo para su malestar. Su ansiedad era otra y lo corroía por dentro como una plaga. Por eso, cuando leyó el mensaje de la consola irrumpiendo en su ordenador, la cosa tan solo le sirvió de estímulo añadido para su plan.

“Lo sentimos, no está usted al corriente de pago. No podemos ayudarle” Se había podido leer durante unos segundos.

Ese maldito Administrador estaba siempre al tanto de todo. Su aviso solo podía interpretarse como una premonición del desastre más inmediato.

Cuando accedió a la azotea de la torre recordó la leyenda de los brokers lanzándose al vacío en Wall Street tras el crack del 29. Él había sufrido su propia rotura. Nada que ver con los negocios. Allá arriba hacía frío y Miguel había subido solo con su americana. Mala idea para hacer cumbre en esa particular montaña de cristal donde los vientos congelaban.

Abajo parecían verse unos coches de policía con sus destellantes luces azules y sus zumbidos de emergencia. No iba a hacer falta que subieran a buscarlo hasta la planta 42.

Capitulo XXXIV

Empiezo a divertirme como un niño en el barro. Están cayendo los primeros peones. Toca enrocarme. El rey es siempre el más egoísta de las piezas del ajedrez. Pero incluso el rey también actúa por amor. Defiende esa patria al fondo del tablero. Amor de corazón henchido y bandera. Da igual. La cuestión es amar.

Pobre Miguel Salaverri. Si no te hubieras descuidado en el pago todo habría sido diferente. No te guardaba ningún rencor. Quizás debí enviarle algún último mensaje de esperanza en lugar de ese “Lo sentimos, no está usted al corriente de pago. No podemos ayudarle”. El mensaje que aún tengo abierto en mi sistema de interacción con los clientes. En fin, yo no lo empujé azotea abajo…

Sentado frente a mi puesto de control, nada se me escapa y puedo estar al tanto de las diferentes amenazas que se ciernen sobre mí, como jugadas bien estudiadas de ajedrez. Y es que estoy encontrando contrincantes ávidos por derrotarme.

Lo que ellos no saben es que tengo acceso a cualquier comunicación que me interese. Tan solo es cuestión de controlar bien tu trabajo. Amar lo que haces confiere sabiduría, la mejor forma de conseguir el éxito.

Mi sabiduría…, bueno, no voy a pecar de humilde a estas alturas, diré mejor que mi omnipotencia, se alimenta de la infinitud, de la probabilidad, de la administración de un sistema que ya es el mundo entero entre tantas y tantas IPs. Direcciones desnudas para mí, puertas completamente abiertas para introducirme y descubrir todo lo que hay dentro de cada casa, de cada mente, de cada alma.

Me toca desplegar mi omnipotencia. El juego ha alcanzado una dimensión que ni yo mismo sospechaba. Todos esos jugadores del Geoguessr persiguiendo mi sombra en el ciberespacio. La policía actuando como buena policía y barajando mis pistas o las que ellos consiguen, que también tienen sus méritos.

Hoy estoy solo y puedo moverme con más tranquilidad. He invitado a abandonar mi casa a Maria. No era gran cosa ni en la cama ni conversando. Las apariencias muchas veces engañan. La tomé como una chica interesante. Aun así también la amé, con una frialdad insospechada en mí.

Lo que más me enerva en este mundo es querer amar y no poder llegar a hacerlo enteramente. Todo lo demás es un orgasmo sin eco, un

querer y no poder alcanzar ese punto espiritual que extrañamente nace desde lo genital. Pero es que genital viene de génesis, donde todo empieza.

Por suerte me queda para hoy el juego. Ahí puedo recuperarme de mis recientes frustraciones amatorias… Cuánto me gustaría entregarme a Diana. Esa policía me cautivó desde que entró en juego tras la muerte de Francisco Lamusa. Y cómo ha ido tirando del hilo. Ella fue la que descubrió lo de los taxis para las grabaciones en Cádiz. Genial. Esa es mi chica.

La he acompañado en diferentes ocasiones. He escuchado su voz desde su móvil, la he visto desde su cámara. Los románticos como yo seguimos alimentándonos de esos imposibles que enardecen los sentimientos. Aunque no descarto viajar a España en su busca. Todo dependerá de cómo vaya el juego y de si finalmente soy capaz de provocar el encuentro. Está bien, ese puede ser uno de mis siguientes retos.

Capitulo XXXV

La policía lo detuvo en el aeropuerto poco antes de las 11 de la mañana de aquel domingo 17 de marzo. De nada le sirvió su documentación a nombre de Sergio Fernández. El Administrador le había fallado.

Eso y que en todas las salidas por tierra, mar y aire ya tenían su foto para que detuvieran a todo aquel que pudiera parecérsele.

Porque gracias a que Salma había recordado la cicatriz a lo largo del pómulo, ya se sabía de dónde partir en la búsqueda de todas las bases de datos de criminales del mundo. Así pudieron determinar que se trataba de Besnik Ademi. Con absoluta seguridad cuando desde una foto, la propia Salma confirmó poco después ese rasgo como el de su atacante.

Sus últimos registros de ubicación aparecían en su ciudad natal, Pristina. Sin embargo, según la policía kosovar ni un movimiento en los últimos 15 días. Ni se le había visto ni constaba un triste pago con tarjeta a su nombre.

Podían fiarse de la policía de Kosovo, siempre anhelante de ganarse un sitio en la Interpol. Y muy capaz de seguir a sus ciudadanos dignos de sospecha, sin ningún rubor.

Besnik presentó su documentación en el aeropuerto de Madrid. Pero en la cabina de paso hacia el espacio internacional el policía de turno pronto encontró semejanzas entre ese señor Fernández y el tal Besnik Ademi.

Pulsó disimuladamente el botón de emergencia mientras hablaba con Besnik.

_ ¿Negocios o vacaciones?

_ Vacaciones. Sol y playa – Besnik se acarició el rostro en el lado derecho. Después fingió un picor de ojo. Todo un estudiado repertorio para ocultar su cicatriz.

Poco más pudo decir. En cuestión de segundos tenía a dos policías nacionales pidiéndole que los acompañara. A pocos metros otros dos policías más.

Las órdenes al respecto de Besnik eran, dada la premura por conseguir información, su traslado a dependencias policiales del aeropuerto. Allí mismo tratar de sacarle información sobre el asesinato de Francisco Lamusa.

En aquellos momentos parecía factible que Miguel Salaverri le hubiera pagado a Besnik por quitar de en medio a Francisco. Desavenencias judiciales millonarias entre los dos empresarios.

Desde el centro de control de la operación en Logroño, Alberto se disponía a entrar en aquella salita del aeropuerto por videollamada. Tal y como le había pedido Diana se iba a encargar de interrogatorios y demás.

_Encantado de conocerle, señor Besnik. Soy el agente Alberto Macías. Me gustaría estar por ahí con usted, pero me pilla un poco lejos. No obstante, tengo unas preguntas importantes que hacerle. Voy a tutearle para entendernos mejor.

_No creo que te sea de mucha ayuda – replicó Besnik confiado pese a todo.

_ Yo creo que sí puedes ayudarme y mucho. Todo es cuestión de voluntad. Más aún cuando te haga saber ciertos detalles… Porque ya sabemos lo de Volvo que has utilizado para tus movimientos en España. Sabemos que en tus viajes al embalse de Laverné, en Ejea, te has dedicado a realizar transportes bastantes singulares.

Por suerte en el segundo viaje no hubo víctima. Pero el pobre Francisco Lamusa salió de tu Volvo en la primera ocasión con un disparo de tu arma con silenciador…

_ Dices tú coche y tu arma. Pero no sabes de quién es cada cosa – Besnik entendió que la poli conocía del Volvo y de la pistola.

Alberto sonrió abiertamente. Se la había jugado dando por buenas las pistas del Volvo y había salido bien. En la negativa de Besnik había reconocido tantas cosas… Que efectivamente había llevado un Volvo y que sabía del arma que había matado a Francisco.

Aunque lo del arma un buen abogado lo podría convertir en un conocimiento del suceso vía prensa. Quizás no era tan tonto Besnik. Porque lo del Volvo también era algo que iban a saber más pronto que tarde para unirlo indefectiblemente a él, rastreando desde la identidad falsa de Sergio Fernández…

_ Oye, Besnik ¿Cuánto vale matar a alguien como Francisco Lamusa, un empresario poderoso como él? Eso tiene que pagarse estupendamente, entiendo. Y Miguel Salaverri seguro que te gratificó convenientemente.

_ No sé de qué ni de quién me estás hablando. Ese tal Miguel no me pagó nada por ningún encargo. Y no pienso decir nada más sin un abogado que me represente.

_ Tu abogado llegará. Pero ya sabes que colaborar con la policía

siempre puede ser un atenuante – se atrevió a apuntar Alberto – Respecto al secuestro… porque ¡anda que no estás pringao de delitos!… como para no colaborar. ¿Quién te ayudo?

_ La mujer está perfectamente. Eso fue un error, la confundí con alguien que me debía dinero.

_ Eres muy de tomarte la justicia por tu mano, Besnik – Pero puedes estar seguro que vas a pagar por todo esto. Tú mismo decidirás si te lo comes todo solo o prefieres trasladar la parte que le toque al Administrador.

Ahí si que Besnik entendió que la investigación policial podía alcanzar hasta lo más alto de la pirámide.

Capitulo XXXVI

_ No entiendo cómo no me di cuenta – negó con la cabeza Diana-. Su voz sonaba extraña, con un deje metálico. Y su forma de hablar…, Ahora entiendo perfectamente que no se correspondía con un policía. Pero me llamó siempre por medio de una secretaria. Sabía aparentar oficialidad. Conocía de protocolos de comunicación. Me engañó.

Diana había pasado media mañana en el Hospital San Pedro. En cuanto se sintió bien, pasado el mediodía, insistió en regresar a la jefatura de policía de Logroño.

_ No te preocupes – la calmó Marisa Paje en cuanto Diana reapareció en el edificio de la policía nacional -. Le podría haber pasado a cualquiera. Esto no hace sino acrecentar la magnitud de la situación que estamos enfrentando. La Interpol ya está al corriente de la capacidad del asesino de Google Maps para acceder a comunicaciones a todos los niveles.

_ ¿Hasta qué punto habrá accedido a mis datos? – Diana se encontraba confundida.

_ No lo sabemos. Lo importante es tomar medidas a partir de ahora. Líneas seguras 100% y salir por un tiempo de Internet.

_ La famosa desconexión digital, por imperativo en mi caso.

_ Eso mismo. Se le recomienda a la paciente unas buenas dosis de desintoxicación digital – Bromeó Marisa.

_ ¿Qué tal va la reunión?

_ Pues desde que te has mareado no se ha avanzado mucho en cuanto a coordinación. Pero están llegando noticias importantes. Compañeros en Madrid se disponía a detener a Miguel Salaverri, en sus oficinas de la torre de cristal, el edificio de dónde salía la IP en la búsqueda de las coordenadas del embalse en Ejea. Pero el tipo decidió quitarse de en medio poco antes de llegar.

Eso sí, se han podido comprobar importantes movimientos de dinero imputables a cuentas de Miguel Salaverri en Panamá. Aquí están colaborando hasta los paraísos fiscales. Todos los países tienen el culo prieto con el asesino de Google Maps.

Diana tuvo ese brote de inspiración que parece aclarar las situaciones a las personas confiadas a su ingenio.

_ ¿Dónde está el jefe? – preguntó con urgencia.

_Creo que sigue en la sala de reuniones. Algunos han salido a comer. Pero él está aprovechando la visita a fondo. Pero espera, Diana, hay más noticias… – trató de detenerla Marisa.

Diana se dirigió hasta la sala de reuniones con paso decidido. Entró por la puerta y con gesto intempestivo indicó:

_¡Es una red clientelar cruzada!

El director general de la policía la observó desconcertado. La estaba conociendo en sus momentos más estelares, en pleno vahído y ahora presa de la precipitación. Junto a él se encontraban varios policías, entre ellos Alberto.

_ ¿Qué tal estás, Diana? – se levantó Alberto anhelante de darle un abrazo y colmarla de besos.

_ Bien. Completamente recuperada – lo miró sorprendida de encontrarlo ahí, con el jefe supremo.

_ Mientras los demás han salido a comer, he requerido su presencia a varios agentes en contacto con la investigación – contestó Alcácer desviando la precipitada exposición de Diana-. Alberto Macías me ha puesto al corriente de algunas particularidades del caso. Es curioso que todo surgiera por un simple juego ¿no crees? Quizás pudiéramos recurrir a Carlos y ese juego de localización.

Sin duda Alberto había puesto al día a Pedro Alcácer sobre aspectos que solo estaban incluidos de manera tangencial en los informes. En otro momento Diana se habría enfadado por esa especie de injerencia. Aún habiendo sido requerido por Alcácer. Pero en ese momento pensó que estaba bien tenerlo ahí, encontró fuerzas renovadas en su presencia.

_Sí, lo del juego, el GeoGuessr es otra parte del caso que debemos abordar en paralelo. Pero en cuanto a la sustancia en sí de los asesinatos de Google Maps, solo puede tratarse de una macabra cadena de favores centralizada. No hay relación entre las víctimas, no es una actuación conjunta de mafia u organización criminal alguna. Se mata por dinero y se confirma con los clientes sus encargos vía Street view.

_Hay un punto exhibicionista en ese planteamiento que no encaja con lo de asesinar por dinero. La discreción es una máxima en el mundillo del sicariato.

_No estamos ante un sicario o sicarios al uso.

_Desde luego que no son sicarios al uso – confirmó Pedro Alcácer – Porque el pago realizado a Besnik para matar a Lamusa no tiene nada que ver con Miguel Salaverri ¿Quién encarga qué? Es todo muy

desconcertante, Diana.

Diana entendía que se había perdido algo. No sabía quién era ese Besnik Ademi. Miró a Marisa que había entrado tras de sí azorada.

_ Es la otra noticia que me disponía a contarte – abrió sus manos Marisa Paje como lamentando su aceleración -. Hemos localizado al más que probable asesino de Lamusa y secuestrador de Salma. Se llama Besnik Ademi.

_ Así da gusto. Eficiencia absoluta. – Diana no sabía por dónde seguir. Tras su fulgurante entrada en aquel salón, ahora le costaba dar curso a su argumentario -. Lo que está claro es que los pagos promueven los asesinatos.

_Sin duda – insistió Pedro Alcácer con un tono de impaciencia – Hay un pago a Besnik, pero nada apunta a que sea hecho por Miguel Salaverri. Las pesquisas conducen a una cuenta en Londres, a nombre de un tal William no sé qué, alguien completamente ajeno a Francisco Lamusa. Besnik asegura que es algo así como una donación – Pedro Alcáser se levantó de su silla para seguir con su exposición -.

Diana, no hay relación entre el asesino de Lamusa, el tal Besnik y Miguel. Lo cual además puede convertir el asesinato en simple homicidio. Porque Besnik está argumentando no sé qué de un intento de robo en el que la víctima se defendió y se vio obligado a disparar. Aún con el disparo en la sien que evidencia la ejecución, Besnik podría eludir bastante culpa sin un móvil de por medio.

Porque claro, tampoco podemos vincular la muerte con un intento de robo planificado o algo así. Muy condenadamente casual todo. – Quizás si nos vamos a comer podamos aclarar las ideas.

_ De acuerdo, señor Alcácer. A eso iba. Algo no encaja en el hecho de que Miguel no sea el pagador del servicio – Diana se veía en la obligación de aclarar la situación. Pese a llegar a importunar al jefe – quizás lo tengamos delante y nos hayamos dado cuenta. Hemos dicho que el tipo ese inglés pagó a Besnik. Mientras que también se ha podido observar importantes movimientos de dinero de las cuentas de Miguel Salaverri en Panamá. Acuerdos cruzados que solo tendríamos que descruzar. Como aquella película de extraños en un tren…

_ Para cine estamos… - sonrío con inescrutable gravedad Pedro Alcácer.

_ Solo tendríamos que comprobar a quién pagó Miguel Salaverri. O si el pagador inglés pudo favorecerse de alguna víctima que le fuera oportuna y para cuyo pago encaje el origen del dinero de Salaverri.

_ Puede que Diana tenga razón – Alberto se incorporó a la

conversación como el que da la felicitación en el entierro. Un simple policía interviniendo entre la jefa de la comisaría de Logroño y el jefe máximo de la policía nacional - O sea, la jefa se refiere a que si conseguimos conectar el sistema de asesinatos cruzados en un único punto, los asesinatos se podrían asociar cada cual a su caso. El administrador del sistema del que hemos hablado antes, señor Alcácer, facilita el intercambio y se lucra del negocio.

Todos lo miraron sorprendidos.

_ O sea, en lugar de Extraños en un tren, la película sería Extraños en la red.

Capitulo XXXVII

Aún no era medianoche. Carlos aprovechaba la velada del domingo para conectarse de nuevo al grupo de GeoGuessrs en busca del asesino de Google Maps. La voz se había corrido sobre el nuevo juego y la gente participaba encantada. De alguna forma, su campeonato de España de 2022 había tenido tirón.

El grupo era un hervidero de gente de todo el mundo. Carlos administraba el grupo y seleccionaba las propuestas de los jugadores más interesantes.

Horas y horas de interacción que lo tenían encorvado frente a la pantalla del despacho de Salma, con sus ojos resentidos y una sensación de agotamiento que intentaba superar a base de café.

La gente preguntaba más que resolvía. Claro, andaban en busca de referencias para introducirse en el juego, la nueva variante del GeoGuessr corría como la pólvora.

Así que Carlos tenía que filtrar muchas de las intervenciones de usuarios. Ya estaba cansado de indicar que la primera pista era un mensaje de un tal Admin 15464, sobre el estado de un secuestrado en España. Y que desde ahí se engranaba toda una trama de asesinatos para los cuales había pistas que engarzar.

Entre tantos y tantos mensajes elucubrando alegremente sobre el asesino de Google Maps, un tal TorreznoMagic había lanzado una propuesta hacía un par de horas.

_ Desde el mensaje inicial del asesino de Google Maps, el tal Admin 15464 se podría trazar su IP. Lo he intentado por mi cuenta, pero me he perdido en una tormenta de IPs. El juego está muy bien montado, nunca había visto una cosa parecida. Pero tengo algunas ideas ¿Alguien podría echarme una mano? Estoy dispuesto a compartir el premio 😉

Carlos pensó que aquello sonaba bien, muy bien. Pero había que tener en cuenta que el tal Admin 15464, el cabronazo del mensajito sobre Salma, también podía haber encontrado ese mensaje entre tantos y tantos otros de usuarios incorporados al nuevo juego.

Para no ponerlo sobre aviso, Carlos pensó que solo quedaba una opción. Llegaba el momento de salir de la zona de influencia del asesino de GoogleMaps.

Carlos apagó el ordenador, dejó su móvil en el escritorio y se dispuso

a salir en busca de Alberto. Salma estaba en el salón, absorta en la televisión.

_ Tengo que salir un momento, cariño. He quedado con Alberto. Le voy a decir a la policía esa tan simpática que entre para hacerte compañía, de acuerdo.

_No hace falta, Carlos – aseguró Salma – prefiero estar sola.

Carlos comprobó que Salma aún no había vuelto a ser la misma. Ni rastro de su habitual humor, un rictus más que serio inexpresivo la tenía todavía secuestrada por dentro.

Esperando tener suerte y encontrar a Alberto en su casa, Carlos bajó por Avenida Colón, atravesó la nueva estación intermodal de la ciudad y continuó hasta la calle peatonal Calvo Sotelo. Llamó al portero de su amigo el madero.

_ Sí – la voz de Alberto sonaba entre sorprendida e impacientada. Cuando descubrió a su amigo Carlos, abrió la puerta de inmediato.

_ Vamos a dar una vuelta, Alberto – comentó precipitadamente nada más cerrarse la puerta tras él.

_ ¿A dónde? – preguntó Alberto muy alertado. Su amigo estaba en una situación muy delicada emocionalmente, temía cualquier cosa.

Carlos le hizo un gesto de silencio con el dedo sobre la boca. Parecía paranoico. En un papel le enseñó algo escrito a mano.

"Deja el móvil en casa y acompáñame. Es muy importante"

_Está bien – Algo le dijo que confiara en Carlos. Podía ser que hubiera descubierto algo importante.

Anduvieron al norte de la ciudad. Llegaron a un solitario parque del Ebro en aquella noche de domingo. El frío se hacía mas intenso en la ribera. En cuanto Carlos se sintió seguro, empezó a hablar con Alberto.

_Tenemos que localizar a un usuario del GeoGuessr, un tal TorreznoMagic.

_Joder con el nombre. No parece que sea de una eminencia – se atrevió a bromear sin encontrar réplica en Carlos.

_ Ese tío ha sido capaz de rastrear al usuario Admin 15464. Ha escrito en el foro pidiendo ayuda por no sé qué de una tormenta de IPs bajo la que se oculta el puto Admin. ¡Con su ayuda podríamos localizarlo!

_ Pero ¿Qué usuario Admin 15464?

_ Claro, no te lo había dicho aún – gesticuló con su rictus contraído. Como solicitando perdón.

_ El Administrador, el asesino de Google Maps, contactó conmigo el jueves. Justo después de estar contigo.

_ No me lo habías dicho, Carlos. Semejante pista podría haber sido definitiva. Tu mujer aún estaba secuestrada. Por Dios, ¡estás loco!

_ Estoy demasiado cuerdo, amigo. El Administrador tiene todo controlado salvo esto, el hecho de que estemos tú y yo aquí solos, sin móviles ni nada que nos haga vulnerables a su red. Si lo hubiera comentado a la policía lo habría puesto en alerta de inmediato.

Alberto empezó a vislumbrar el motivo de aquella salida nocturna sin móviles. Forzó a cambiar su enfado y frustración. Visto cómo el Administrador estaba siendo capaz de llegar a cualquier red, le pareció hasta genial cómo lo estaba enfocando su amigo.

Carlos estaba intentando esquivar la influencia del Administrador. Porque el Administrador era capaz de organizar una trama criminal con la seguridad de encontrarse a salvo. Era capaz de acceder a cualquier equipo, era capaz de suplantar al jefe máximo de la policía.

Seguramente esa la única opción que tenían de dar con él, actuar como Carlos, librarse de cualquier intervención digital, escapar de ese mundo digital para ganarle la batalla en el mundo real.

_ Ese usuario de Geoguessr, el que se cree capaz de dar con el Administrador – retomó la palabra Alberto sin abandonar su gesto serio pero abriéndose francamente a la idea de Carlos – Si me das datos supongo que podríamos localizarlo mañana mismo.

_ Claro que sí. He pensado que, una vez que localicemos a este colaborador podría ponerme en contacto de nuevo con Admin 15464 – Carlos se movía nervioso mientras que Alberto se había apoyado en la valla de hormigón frente al río – Con un poco de suerte ese hijo de puta volverá a escribirme.

_ Podría ser, amigo – Alberto estaba cada vez más convencido en lo oportuno de aquella cita desconectados de cualquier sistema de vigilancia en que se podía convertir un simple móvil.

Los amigos regresaron a casa. Mañana se pondrían a ello. Cuando Alberto entró por la puerta escuchó su móvil sonar. lo llama Diana.

_¿Dónde estabas? – no había forma de localizarte.

_ He salido a dar una vuelta. Estoy cansado. Si te parece mañana hablamos.

LUNES 18 DE MARZO

Capitulo XXXVIII

_Hemos encontrado el Volvo. Estaba en Zaragoza, en una empresa de renting de vehículos de lujo – Alberto entró en el despacho de Diana a primera hora de la mañana.

_ Fantástico, Alberto. De verdad agradezco tu ayuda. Tengo a Pedro Alcácer, al verdadero, muy encima.

_ Era un coche de la gama más alta de Volvo. Con lunas de tintado automático y todo.

_ Me gustaría más que hubieran descubierto marcas sobre la tapicería, también te lo digo – observó Diana un tanto desconcertada con el apunte de Alberto.

_ Te veo cansada, Diana ¿Te apetece tomar un café? – En ese momento Alberto enseño a Diana un papel donde se leía: "Deja tu móvil y ven conmigo. Es urgente".

_ De acuerdo, me vendrá bien unas dosis de cafeína.

Salieron de la jefatura de policía y anduvieron hacia el sur por una vía de servicio junto al recinto deportivo de Pradoviejo.

_ Lo de las lunas tintadas tiene más trascendencia de lo que parece.

_ ¿Para eso me has sacado a dar una vuelta? – Diana aún estaba resentida por no haberla recibido en casa la noche anterior.

_ Con esas lunas tintadas podían ocultar a las víctimas después de ser mostradas a los clientes.

Diana se detuvo en seco en ese improvisado y solitario paseo.

_ Tienes razón. Es una solución simple pero eficaz para confirmar el encargo y emprender el último viaje hacia el embalse de Laverné, a Wanapitei Lake o a donde sea.

_ Pero no solo te he invitado a dar una vuelta por eso – Llegaba el momento de exponer a Diana lo que su amigo Carlos estaba proponiendo-. El Administrador es algo así como un omnipotente digital. Ni tan siquiera nosotros escapamos de su capacidad como has podido comprobar tú misma. Solo tenemos un hilillo del que tirar, un mensaje en el chat de GeoGuessr para Carlos donde le aseguraba que Salma estaba bien.

_ Un mensaje del Administrador en el chat del juego ese ¡¿Y no nos lo había dicho?! – Diana preguntaba llevándose las manos a los pómulos, con incontrolable enfado.

_ No, Carlos se lo había guardado para sí. Y creo que ha hecho bien, Diana – aseguró Alberto intentando transmitir su convencimiento – el mensaje le llegó el jueves, el día anterior al rescate. Y decía algo así como que no se preocupara, que Salma estaba a salvo. Para este tipo todo es un juego, una demostración de su poder.

_ Claro, y alejar de pistas a la policía es la mejor idea – Deambuló caóticamente Diana.

_ Piénsalo bien, Diana. El Administrador ha sido capaz de acceder a tu móvil y sabe Dios a cuántas cosas más, ya no solo tuyas sino de la policía en general. Solo ahora, aquí – Alberto abrió las manos en el espacio abierto de aquel camino -, estamos seguros de no tener al Administrador al tanto de cualquier cosa.

_ Tenemos que poner al corriente a todas las unidades, Alberto – Diana seguía empeñada en desbaratar la idea de Carlos.

_ Te ruego que confíes en mí. No podemos entrar como un elefante en una cristalería.

_ Cacharrería, Alberto, no cristalería -aseguró Diana mirando al Alberto entre el enfado, la sorpresa y el más profundo desconcierto.

_ Yo creo que lo mejor es intervenir en el último momento – Alberto sostuvo a Diana por los hombros y la miró a escasos centímetros -. Tenemos que conseguir coordinar a toda la policía cuando Carlos sea capaz de poner el cebo al Administrador. Vamos a ciegas, Diana. El Administrador nos observa. Solo si desconoce el plan podemos cogerlo. Con Carlos podemos recibir el pistoletazo y movilizar a la policía en el último momento para intentar atraparlo allá donde marque su ubicación.

Imagínate que el Administrador contesta al mensaje. Lo que está claro es que si se siente amenazado no lo hará. Pero si no ve peligro puede animarse. Recuerda que tenemos a un exhibicionista de sus víctimas. Un ego retorcido y anhelante de su particular gloria.

_ Si no lo consiguiéramos todos se nos echarían encima, desde el director general de la policía hasta el mismísimo Ministro de Interior.

_ Como no lo vamos a conseguir es intentando atraparlo en su terreno. La puñetera red es su mundo. Él es el Administrador de todo este cotarro. Tan solo tenemos que localizar a otro usuario del GeoGuessr, rastrearlo hasta dar con él.

_ ¿Para qué?

_Ese usuario dice saber cómo localizar al Administrador. Entiendo que será interactuando con él. Pero solo él debe intentarlo porque está libre de la influencia del Administrador. Él es un agente externo que el

Administrador no controla y al que no supervisa – Alberto omitió el alias del usuario TorreznoMagic, restaba credibilidad a la idea.

Capitulo XXXIX

Será como la calma chicha antes de la tormenta... No puede ser que se hayan olvidado de mí. Es más bien la sensación de su incapacidad para rastrearme. Andan perdidos en sus investigaciones *ad hoc* para, al menos, encontrar a los asesinos de las víctimas.

En España tienen a Besnik, pobre matarife, una víctima propicia para el despegue del juego. Habrán deducido el modus operandi de los traslados al localizar el Volvo para el caso de Francisco Lamusa. Ya lo sé, chicos, lo de las lunas tintadas fue un caprichito. Pero ahora ya sabréis que todo era para dejaros buenas pistas.

En Australia también han acorralado al compinche de Besnik. Lo de matar al taxista cuando lo descubría en plena entrega no fue buena idea. Se lo podía haber montado mejor.

Y el caso Jacob Laporte pues ahí anda todavía en análisis. Pensé que Christian sería el primero en caer. Por aquello de las películas yankis donde siempre pillan al malo. Pero el amigo Christian ha sido el más fino de todos. No hay Dios que sepa por dónde anda. Ni tan siquiera yo una vez pagado el encargo.

Salvo Christian, no son tan buenos estos kosovares como me quisieron vender. Pero es que tampoco yo quería contratar a puñeteros espías escurridizos. Está bien así, van cayendo ellos sin saber para qué clientes han trabajo, más allá de mi escurridiza referencia como pagador del encargo.

Me sabe malo por Miguel Salaverri, se podría haber librado de la acusación de asesinato. Veo muy difícil que hubieran podido asociarlo a la muerte de Francisco Lamusa, por muchos vínculos que pudieran encontrar entre ellos.

Anduvieron finos en las pistas de Cádiz, del taxista contratado. Se movieron también en mi busca a través de Google. Pero es que Google es parte de mi herramienta, la uso a mi antojo mientras que el gigante solo se ocupa de generar más y más pasta manejando datos de todo el mundo.

Menos de mí, por supuesto. De mí nadie sabe, soy la sombra, la nube oscura que pone en penumbras la red desde lo más profundo hasta la superficie.

Resulta curioso hasta lo ridículo que sea el tal Carlos quien más me esté sorprendiendo. Por amor a su mujer sigue en sus trece de pillarme. Su jueguecito del GeoGuessr ha concitado a multitud de

usuarios. El pobre está desbordado y no puede atender a tantas ideas en ese rol en vivo que se ha montado.

Carlos es un poco como yo. El amor manda y nos mueve. El amor nos vuelve seres empecinados. Quizás algún día me vea con él. En esa visita pendiente que tengo a España para conocer a Diana.

MARTES 19 DE MARZO

Capitulo XL

TorreznoMagic vivía en Soria. No podía ser de otra manera con ese alias. Y hasta allí fueron Alberto y Diana en visita extraoficial. Desde el día anterior los dos se movían sin móvil en cualquiera de sus desplazamientos. Aquello empezaba a ser una operación analógica rollo años 70, como las viejas historias del detective Pepe Carvalho, del mítico Vázquez Montalbán.

Alberto se había inventado una excusa sobre un posible caso de ciberacoso a un familiar cercano, buscando la complicidad del equipo técnico para rastrear a TorreznoMagic en Geoguessr.

Diana y Alberto se encontraban a la espera de la llegada de alguno de los habitantes de la casa determinada en el rastreo del usuario, un adosado en una zona residencial al noroeste de la ciudad. Habían salido muy temprano de Logroño y antes de las 8 de aquel martes 19 de marzo, ya estaban a la espera de movimiento.

Un joven salió de la casa a las 8 y 20. Un chico alto y atlético que de entrada no daba el perfil que ambos esperaban en sus prejuicios habituales sobre los frikis de la informática. Las gafas al menos sí que cumplían con el estereotipo.

Diana salió del coche a su encuentro. Llegó hasta él por la espalda cuando ya había doblado la esquina de la calle de su casa.

_ Buenos días, Samuel – Diana dibujó su mejor sonrisa.

_ Hola – correspondió el joven de la misma manera.

_ Te parecerá extraño – prosiguió ella – pero me han referido a ti compañeros de la Escuela Universitaria –. Diana empezó a tirar de la información conseguida sobre los habitantes de la casa. Se la habían jugado a que él era el tal Samuel García Jordan, quien se correspondía con TorreznoMagic.

El cabeza de familia, trabajador en un taller, de 55 años, no parecía dar el perfil. Y su madre, enfermera tampoco. Todo apuntaba a que un joven de 21 años, estudiante de informática tenía que ser quien buscaban.

_ Me han dicho que destacas entre su alumnado. Y disponemos de unas becas que quería presentarte.

_ ¿Y teníais que venir a mi casa a buscarme? ¿De dónde vienes, de la NASA? – se burló el joven reconduciendo su extrañeza -.

_ Es en serio. Nos han informado de tus habilidades en programación.

Y hasta nos han dicho que eres un hacha en el GeoGuessr.

_ Yo creo que ya vale con la broma. Esto de qué va - Samuel no salía de su asombro. No sabía cómo podían saber del GeoGuessr. El plan de entrada de Diana y Alberto empezaba a cojear a las primeras de cambio. Por suerte Samuel no había salido directamente corriendo. La curiosidad podía con cualquier posible desconcierto.

_ Vengo de parte de Carlos Lafarga. Has contactado con él en el GeoGuessr. Por el juego de encontrar al Administrador.

_ ¡Joder! Qué susto. Ya pensaba que eras una poli.

Diana también rió.

_ Qué guay ¿no? – preguntó Samuel mientras Diana cabeceaba afirmativamente sin saber por dónde iba a romper el joven-. El mismísimo Carlos Lafarga. Campeón de GeoGuessr España 2022. Aunque… hace días que no sé nada del juego.

Estuve rastreando el mensaje del tal Administrador, pero no había visto una cosa igual en mi vida. Su rastro se movía entre CDNs y se multiplicaba y extendía como un condenado virus. Sin embargo, a mí sí que me has localizado. Si es que no tengo cuidado… y bueno - abrió los ojos con ilusión – ¿qué pasa? ¿He ganado el concurso o algo?

_ Ahora te explico. No sé si podrías hoy viajar a Logroño. Carlos está esperándonos – comentó Diana encantada de la locuacidad y apertura final de Samuel -. Pero si lo ganas finalmente hazme caso y cámbiate el alias, con ese TorreznoMagic no puedes ir muy lejos.

Capitulo XLI

_ La opinión pública se nos echa encima – Diana pensó que la intervención de Pedro Alcácer sonaba a clasicazo de peli de polis -. El ministro pide detalles. Tenemos a un sicario y el coche donde transportó a Francisco Lamusa hasta el embalse ese de Ejea. Tenemos a Miguel Salaverri soltando pasta a espuertas de alguna cuenta de Panamá. Y yo no puedo cerrar este caso porque insistís en que no fue él quien encargó la muerte de Francisco Lamusa.

Como máximo mandatario corporativo de la policía nacional, Alcácer buscaba mayor claridad en las intervenciones de Diana, de Marisa, como jefa de la científica y de Miguel Ceamanos, alias jefe Wiggum, como máximo responsable de Inteligencia Criminal. Estaban reunidos en la sala principal de la jefatura de Logroño.

_ Pero es que es así. De alguna forma lo de los asesinatos cruzados nos hace perdernos en…

_ Diana, has estado fuera toda la mañana. No hemos podido contactar contigo – el tono de Pedro Alcácer iba en aumento – ¡Desapareces en mitad de un operativo de esta envergadura! Por favor, deja que sean Marisa o Miguel quienes me expliquen cómo cerrar esto.

_ Pedro – tomó la palabra Marisa –, es lo que pudimos concluir el otro día. Nadie tiene la culpa de que alguien haya sido capaz de montar una red internacional al estilo de extraños en un…

_ Otra vez con la peliculita no, por favor – Pedro Alcácer afeó a Marisa pero en un tono mucho más suave – Si Miguel Salaverri movió su dinero para que alguien matara a otro me parece que va a resultar intrascendente. Él a quien quería matar era a Francisco Lamusa. Tenemos que conseguir reconducir todo hacia esta conclusión. Porque a fin de cuentas es la verdad última.

_ Ese tipo de verdades les resbalan a los jueces bastante, Pedro – Miguel alias Wiggum aportó una perspectiva bastante clarificadora.

_ Pues nada, entonces quedaremos como unos inútiles. Incapaces todos de descubrir a una red criminal que ha operado sabe Dios hasta qué puntos del mundo.

_ Eso ya no depende de nosotros. – volvió a la carga Wiggum-. Es cuestión de cooperación internacional. Algo así debe considerarse como una amenaza muy cierta en estos días. Y reconocer de alguna forma que esa limitación hay que abordarla abre escenarios nuevos. No es cuestión de inutilidad. Es cuestión de promover la mayor

coordinación en un mundo tan conectado.

_ Lo dicho. Vamos a quedar como inútiles.

_ Por lo menos aquí no tenemos a un asesino suelto – Resolvió el jefe Wiggum. La reunión se había convertido en una partida de tenis entre los dos policías.

_ Claro – respondió Pedro – Como Miguel Saavedra está muerto se nos queda todavía más cara de tontos al verlo libre por ahí – Pero de inmediato pareció alcanzar una luz al fondo -.

Bueno, podemos afrontarlo desde otra toma de la verdad. Salaverri se suicidó cuando se disponía a ser detenido por el asesinato de Lamusa. La opinión pública se calla, el ministro se puede quedar contento y los jueces no tienen a quién juzgar.

Diana pensó que todo se reducía a la fría conclusión de la apariencia, del juego de palabras. Pedro Alcácer tan solo quería dar una rueda de prensa y explicar que el principal sospechoso del asesinato de Lamusa estaba ya muerto. Y quién pudo ser que lo encargara, también.

El resto de su rueda de prensa era más sencilla. El sicario detenido, las pruebas evidentes del asesinato de Lamusa y del rapto de Salma, el modus operandi. Otra medalla fácil…

Capitulo XLII

Después del chaparrón que le había caído encima, a Diana no le quedaba mucho ánimo para afrontar otra reunión. En esta ocasión el título de la reunión podría ser “frikis contra el mal”. Esperaba que de aquello pudieran extraer alguna conclusión. Pero ya no estaba segura de nada. La bronca de Alcácer le había dejado la moral por los suelos.

Para la ocasión se habían reunido todos en casa de Carlos. Salma, Martín y Laura se habían marchado a pasar la tarde a casa de los abuelos. Aunque el edificio del piso de Carlos seguía vigilado era donde el Administrador podía esperar que Carlos se pusiera en contacto con él. Todo debía transcurrir con naturalidad. Junto a Alberto, Diana y Carlos, tenían a Samuel García, un joven de 21 años esperaba su momento para lanzar su ataque a la IP del Administrador.

Diana observaba como Carlos y Samuel charlaban sobre el GeoGuessr, compartiendo sus hitos en el juego, sus records y demás. Diana y Alberto ya habían quedado con Carlos para que diera su versión más amistosa para no acabar espantando a Samuel.

Rondaban las seis de la tarde y por fin decidieron sentarse a la mesa. Llegaba el momento decisivo. La gran traca o el gran bluff.

Carlos abrió sesión en GeoGuessr y se metió en el chat. Buscó la conversación con Admin 15464, todavía allí, el mensaje:

“No te preocupes, Carlos. Salma está bien”

_ Ya he recuperado el chat con el Administrador, Samuel – indicó Carlos a su joven acompañante. Samuel se dispuso a extraer su portátil para colocarse al otro lado de Carlos. Tras Samuel, Diana y Alberto compartían la tensión del momento.

En cuanto Samuel estuvo dispuesto, avisó a Carlos. La idea era que Carlos escribiera un par de frases consensuadas anteriormente con Diana y Alberto: “No te lo perdono. Te atraparé”

Un conjunto que transmitía un ánimo de venganza y un reto. Emociones fuertes para un tipo como el Administrador. Esperaban que con eso fuera suficiente para recibir respuesta.

Lo siguiente sería cosa de Samuel. En el momento exacto de recibir la respuesta, antes de que la tormenta de IPs comenzara a propagarse de manera incontrolable por todo el mundo, tenía que localizar el origen, la fuente.

Como única referencia los checks del chat, el de llegada y el de

lectura. Pero el de lectura no servía para lanzar el ataque. Porque solo significada que el servidor de llegada había constatado la entrega del mensaje a un destino de cuya información saliente aún no tenía necesidad de transmitir.

Todos confiaban en Samuel. Para él era un juego. No se trataba de dar con el asesino de Google Maps real. No iba a enfrentarse a un Administrador del sistema con un plan criminal.

Respirando hondo, finalmente Carlos escribió despacio, al detalle:

“No te lo perdono. Te atraparé”

Un primer check de enviado. El mensaje había salido del equipo de Carlos al ciberespacio

Capitulo XLIII

Dorotha se aferra a mi pecho desde la espalda. Intentando que no me mueva. Se pierde entre mi cabello rubio insinuando amores de intensidad sísmica. Debe ser ya mediodía. Pero la resaca golpea como caballos a galope.

He escuchado un insistente tintineo. Me resulta extraño, pero parece algún mensaje entrante replicado por el altavoz de mi ordenador. Mi máquina sabe cuándo debo leer algo. Así que aparto las manos ardientes de Dorotha que jugueteaban con mis pezones. Le aseguro que en nada volveré por ahí. Me fastidia dejarla así, ronroneando burlescamente mi huida. Un gesto apasionante de amor encelado que se podría llevar por delante a cualquier hombre.

Hace frío en el cosmos más allá de la cama. Más aún en mi situación. Me cuesta incluso ponerme el pijama para bajar hasta el centro de control. Nada más llegar enciendo las pantallas y desbloqueo para comprobar qué es ese mensaje entrante.

Me he quedado alucinado. Intensificándose la sensación con los postreros efectos de un alcohol que aún gobiernan parte de mi cerebro. Observo el mensaje de Carlos con absoluta incredulidad. De alguna forma puede que fuera acertado raptar a su mujer. Ahora tengo a un enemigo con más tesón que la propia policía.

“No te lo perdono. Te atraparé”

El rencor. Siempre empeñado en arrasar con todo. Carlos se podía haber olvidado de mí y amar a su mujer y a sus hijos como si nada más existiera. Seguramente ella andará todavía por ahí herida. Y él dándole duro a su obsesión conmigo.

En primera instancia rapté a Salma por miedo. Carlos era el primero en descubrir mi modus operandi en Street View. Y pese a que eso era algo previsible e incluso esperable para iniciar mi juego, sentí un miedo que me condujo a repercutirlo sobre Carlos.

Averigüé todo sobre él. Me puse al día sobre su trabajo, su familia… Nada que no sepáis ya. Que en el fondo todos somos mucho más interesantes tras nuestra IP. A poco que se abre el túnel de una IP es como tener acceso remoto a todo. La vida de Carlos estaba en su ordenador, en su móvil. Como la de cualquiera de vosotros.

Pero pronto entendí que había dejado a Carlos sin amor, vacío y desesperado. La empatía es también un gran sentimiento. Si no nos ponemos en el lugar del otro jamás puede haber entendimiento.

El amor nos hace libres. Más aún si está de vuelta cuando sospechamos que lo hemos podido perder para siempre. Aprovecha tu oportunidad, Carlos.

Compruebo la IP de salida del mensaje. Carlos está en su casa, seis horas más en España… las seis y veintidós de la tarde.

“No me odies, Carlos. Aprovecha la oportunidad”

Por mi parte nada más que hablar. Regreso de inmediato junto a Dorotha para apaciguar esos ronroneos anhelantes. Para mi desgracia ya está dormida. Normal, la noche anterior tuvimos una fiesta importante.

Mi amigo Carlos ha conseguido robarme mi propio tiempo de amor. Y así suceden las guerras. Quizás mañana suba un nuevo video acerca de todo esto, de las inercias negativas. De la absoluta certeza de que solo el amor nos hará libres.

Capitulo XLIV

Apenas habían pasado veinte minutos y ya lo tenían. Samuel había pillado la IP primigenia al vuelo, como un experto cazador de mariposas. El segundo check de recibido por el remitente llegó a los 5 minutos del envío. Los minutos siguientes pasaron en absoluto silencio, con una sensación de eternidad de quien se dispone a presenciar en directo el apocalipsis o el big bang.

En cuanto llegó el mensaje del Administrador, Carlos avisó a Samuel. Ni siquiera leyó el mensaje: “No me odies, Carlos. Aprovecha la oportunidad”.

Cuando Carlos pasó al otro lado para ver el proceso, Samuel ya tenía la famosa IP. Como si hubiera sido una mosca, la había aplastado contra el mapa a la altura de Santa Mónica, California.

Diana pensó de inmediato en Marisa Paje. Había analizado la forma más rápida de actuar. Y Marisa, como jefa de unidad, pero sobre todo porque confiaría en ella, era lo más efectivo para conseguir atención inmediata y traslado al enlace correspondiente de la Interpol.

Por eso le había pedido un favor a Marisa. Le había solicitado que se mantuviera en alerta, a la espera de alguna novedad suya en jefatura. De entrada, la había dejado mosqueada. Y eso suponía alerta máxima por su parte. De buen gusto la habría llamado en aquel mismo momento para avisarla. Pero lo de no llevar el móvil para evitar injerencias del Administrador suponía en ese momento un contratiempo, que no por previsto dejaba de ser incómodo.

Diana y Alberto salieron corriendo de inmediato, dejando a Carlos con Samuel. Cogieron el coche y salieron rápidamente. Alberto colocó la sirena y encaró rápidamente la vía de servicio de la circunvalación sur para tomar la avenida de Madrid, Sequoias y Serradero. Se abrió paso entre otros vehículos hasta llegar en cuestión de segundos a las puertas de la jefatura.

Diana salió del coche a toda velocidad, entró en el edificio y subió las escaleras de dos en dos hasta alcanzar la segunda planta.

_ Marisa, urgencia máxima – abrió la puerta donde estaban Marisa y Miguel Ceamanos -. ¡Tenemos al Administrador! Se encuentra en Santa Mónica, Roca Chica, 20494. Por favor, moviliza a la Interpol de inmediato.

_ ¿De qué estás, hablando, Diana? – contestó Marisa desarbolada por completo.

En ese momento entró Alberto. Ambos estaban desencajados, al borde de un ataque de nervios.

_ Carlos lo ha conseguido. Los Geoguessrs han localizado un mensaje del Administrador y han rastreado su IP hasta esa dirección.

El aviso llegó al 600 de E Street en Whasington pasadas las doce y media de la mañana. Desde esa central de la Interpol en Estados Unidos se lanzó el operativo que coordinaba a la policía de Santa Mónica con los Federales.

A la una menos cuarto un dispositivo estaba en camino del Roca Chica, 20494 en Santa Mónica.

Desde Logroño toda la Jefatura de la Policía Nacional esperaba noticias del enlace en la Interpol.

Capitulo XLV

Debe ser que Carlos tiene ganas de conversar. Sería mejor dejarlo y meterme en la cama con Dorotha. Pero la curiosidad me puede. Al disponerme a bajar a mi centro de operaciones descubro que no se trata de un mensaje entrante sino de una alarma.

Desbloqueo el equipo primario y descubro una alarma de primer nivel. Alguien me ha localizado.

Corro al armario supletorio me visto con unos vaqueros y una camisa, me pongo mis zapatillas de running. Recojo de un cajón al lado de mi centro de control lo indispensable.

Salgo a la calle cuando empiezo a oír el ruido de sirenas en esta tranquila zona de Santa Mónica.

Cuando estoy a una distancia prudencial activo la señal de emergencia y la casa salta por los aires.

No sé si a Dorotha le habrá dado tiempo de salir. Con las prisas no me he acordado de ella.

MIÉRCOLES 20 DE MARZO

Capitulo XLV

Marisa quería charlar con Carlos Lafarga. Como máxima responsable de la Unidad de Investigación tecnología no podía dejar pasar la oportunidad de conocer a alguien tan sagaz como él. Quizás hasta le ofreciera algún trabajo.

Sin duda se había ganado algo más que un curro de vigilante. Alguien con la inteligencia y la paciencia necesarias como para vencer al Administrador del sistema (o al asesino de Google Maps según se le quiera llamar), merecía oportunidades.

Aunque la victoria no había sido completa porque el Administrador había huido de su casa después de hacerla volar por los aires. Con una pobre chica dentro a la que no avisó de sus intenciones de explosionarlo todo.

La jefatura de policía de Logroño estaba volviendo a su estado natural. Los equipos de las diferentes unidades se estaban marchando, los puestos de operación de todo tipo se estaban desmantelando.

Pero Marisa Paje seguía ahí. Tratando de reenfocar la situación. Con el Administrador a la fuga nadie estaba seguro todavía. Debían aprender de Carlos para ser sigilosos, para buscarlo donde menos se lo espera, para atacarlo en el momento preciso.

En ese momento entró Diana.

_Sigues aquí. Te vamos a tener que hacer un hueco.

_ Me podría instalar en la sala de los cafés.

Diana se sentó. Ya parecía otra persona, más ella, más entera.

_ El hijo de puta salió vivo de esta – aclaró para evidenciar que más allá de la pose, aún seguía herida.

_ No sé cuántos kilos de goma 2 le metería el tío a su casa – aseguró Marisa perdiendo la vista en los lejanos montes al sur de la comisaría – en la tele se veía monstruoso.

_ Siempre hay alguien que está ahí para grabarlo ¿te das cuenta? – Diana se refería al momento de la explosión, transmitido por redes y televisión gracias a un civil que andaba por ahí grabando desde un coche.

_ Lástima que no pillara también al Administrador saliendo a toda velocidad, todo chamuscado – Marisa se giró sonriendo a Diana y se sentó a su lado.

_ Marisa. Ya no sé si esto ha terminado bien o mal.

_ Bueno, al menos las policías de cada país han podido cerrar muchos casos gracias a las investigaciones en paralelo.

_ Ya, pero el Administrador – apuntó vagamente Diana.

_ Bueno, el Administrador de sistemas tendrá que dedicarse a otra cosa, montarse otro negocio negro. Y en la siguiente ocasión nos echaremos encima de él antes.

_ No sé qué decirte. Más allá de los casos resueltos de las víctimas quedaron flecos importantes por ahí. Aún no sabemos cómo se hacía lo de las muertes cruzadas. Yo mato al tuyo, tú matas al mío y así conseguimos el famoso asesinato perfecto.

_ El administrador mediaba. Y algún día tendrá que explicarlo todo. Ante la Justicia o ante mis manos apretando sus pelotas.

Diana explotó en una carcajada, casi a la par que alguien tocaba en la puerta.

_Adelante – Marisa y Diana se levantaron.

Carlos entró en la sala con su sonrisa de tipo bonachón que parecía haber perdido desde las últimas fechas hasta ese día. De un día para otro se había liberado de algo que lo había mantenido ensombrecido. Como le había indicado el Administrador en su mensaje, había dejado de odiarlo para aprovechar la oportunidad. Porque muy en el fondo el Administrador tenía razón.

UN TIEMPO DESPUÉS

De vacaciones

Lo de Diana y Alberto seguía viento en popa llegado el verano. De ahí que decidieran pegarse unas vacaciones por la Europa interior. Ni playa ni montaña, ciudades medio vacías en periodo estival, cerveza y buenas comidas.

Mientras los guiris atestaban las playas españolas, Diana y Alberto recorrían cómodamente el Louvre. Un parlanchín guía explicaba, en un español de acento inclasificable, las diferentes obras a los visitantes. Con sus conocimientos, esmero y gracia tenía a aquella pareja de españoles ganados por completo.

Alberto preguntó por el baño a un vigilante. Diana se quedó sola, avanzó por varias obras hasta detenerse en una sugerente composición de mármol.

_ Psique reanimada por el beso del amor – fascinante alegoría de lo humano -. Al lado de Diana se había colocado el guía. Rondaría los treinta años, llevaba su melena rubia recogida en un estiloso moño. De cerca era más guapo todavía.

_ Es muy bonita sí.

_ El amor la hace bonita. El gesto es lo que la hace especial. Cualquier escultor que se precie tiene que conseguir transmitir mucho más que lo que la simple piedra le puede dar. Y la mejor forma de conseguirlo es representar el amor. La mirada de Eros, la entrega absoluta de Psique. La mano bajo el seno y el desnudado de ambos. Erotismo del bueno, del que carga las pilas del alma.

_Uauu. Con eso conseguirás ligarte a muchas chicas. Pero has topado con una mujer comprometida – sonrió Diana al guía, cada vez más cercano a ella.

_ Claro que sí. Esa es mi chica – replicó el guía en tono de broma al sentirse rechazado - Pero nunca se sabe. También Afrodita quería deshacer este amor de mármol entre Eros y Psique. Los caminos del amor son inescrutables.

El guía se alejó de Diana. Enseguida llegó Alberto.

_ Parecía que el guía te estaba comiendo la oreja.

_ Sí, se puede decir que estaba intentando ligar.

_ ¿Le explico un poco sobre estamparle la cara contra la pared rollo arte rupestre?

_ Claro, estoy deseando que montes un cuadro en el Louvre.

_ Bueno, esto va de cuadros ¿no?

Al final ambos continuaron con la visita entre risas sofocadas. Para su sorpresa y la de todo el grupo de españoles, el guía había desaparecido.

Diana se dio cuenta de algo muy extraño. Medio embaucada como estaba con las intensas explicaciones del guía sobre la obra de Eros y Psique, el joven guía la había llamado de alguna forma que le había resultado vagamente familiar…

El gurú del amor

El Director General de la Policía Nacional, Pedro Alcácer era fiel seguidor de Abraham Gascón, uno de los más reconocidos gurús espirituales de Internet. Entre viajes oficiales solía ponerse alguno de sus videos de orientación emocional y espiritual. Y por la noche se dormía con sus audios en multitud de ocasiones.

Si Djokovic tenía a su coach del amor, el riojano Pepe Imaz, Pedro Alcácer encontraba en Abraham Gascón al suyo. Cómo le gustaría conocerlo. Seguro que con él podía reconducir esos ataques de mala hostia que le entraban tanto en su despacho como en casa.

La voz de Abraham transmitía ese remanso de paz que él necesitaba. En sus estudiados videos para youtube, Abraham aparecía melena rubia al viento, susurrando con voz atronadora, alcanzando la piel sin tocar, llegando al alma con su cadencia lírica.

Pedro Alcácer tenía muy clara su sexualidad. Pero había que reconocer que Abraham era guapo de cojones. El típico tío que podría cerrar cada día con una amante, para fecundar el mundo por completo si se le antojara.

La verdad es que, entre sus pensamientos, aquella mañana estaba perdiendo bastante la pista de lo que su gurú decía. Apenas llegó al final del video para escucharle insistir:

_ Y no os olvidéis que el amor nos hace libres. Si no amamos no seremos capaces de nada que nos propongamos. Porque siempre debemos tener claro un horizonte, un proyecto futuro por si el presente se nos desmorona.

EPÍLOGO

Por si alguien quiere intentar hackear Google Maps, En esta url podéis encontrar el planing de Google para sus grabaciones. Solo es cuestión de salir de casa con el coche e ir grabando con el móvil por la ventana:

https://www.google.com/intl/es/streetview/how-it-works/

FIN